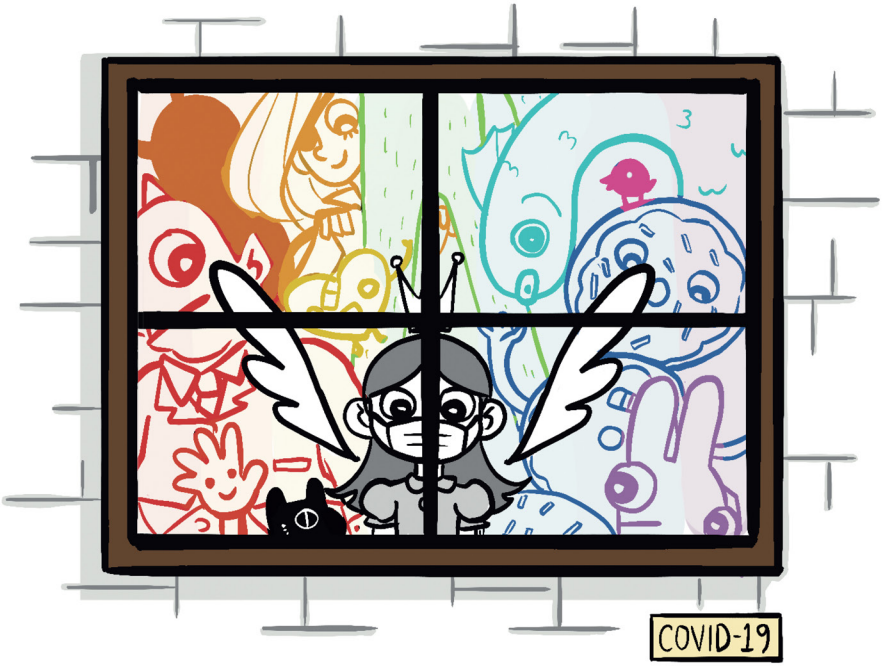
ADYNATON 4

Revista de creación del Círculo de Letras
del Cetys Universidad • Año 2021



CETYS
UNIVERSIDAD

CETYS
UNIVERSIDAD

Dr. Fernando León García
Rector del Sistema Cetys Universidad

Dr. Alberto Gárate Rivera
Vicerrector Académico

C.P. Arturo Álvarez Soto
Vicerrector Administrativo

Dr. Jorge Ortega Acevedo
Coordinador del Programa Editorial

Adynaton 4

D. R. © Los autores
D. R. © Programa Editorial de Cetys Universidad
(Instituto Educativo del Noroeste, A. C.)

Primera edición, diciembre de 2021

Edición, corrección y diseño: Néstor de J. Robles Gutiérrez
Ilustración de cubierta: Sara Sofía Ruiz Saldivar

Adynaton es una publicación editada por el Programa Editorial de Cetys Universidad, institución auspiciada por el Instituto Educativo del Noroeste A. C., que no persigue fines de lucro. Calz. Cetys, s/n, Col. Rivera, Mexicali, Baja California, C. P. 21259, Tel. +52 (686) 567-3700, www.cetys.mx/programa-editorial, programa.editorial@cetys.mx. Editor responsable: Néstor de Jesús Robles Gutiérrez. Reservas del Derecho al Uso Exclusivo, ISSN y Licitud de Título y Contenido en trámite. Impresa por Comersia Impresiones, S. A. de C. V. Este número se terminó de imprimir en noviembre de 2021 con un tiraje de 300 ejemplares. Todos los textos que aparecen publicados son responsabilidad exclusiva de sus autores. Se autoriza la reproducción de los mismos, citando la fuente original siempre que se realice de manera íntegra, sin modificaciones, dando el crédito correspondiente al autor y a la institución.

CONTENIDO

Presentación 5

Cristina Acosta Díaz
La princesa que quería ser príncipe 11

Cristóbal Acosta Villegas
Cinco por ciento 21

Raúl Abel Betancourt Rodríguez
El ingeniero de Almendra 29

Alfredo Campaña Vázquez
La perspectiva del incidental 37
El apetito de la selva 40

Martha Elena Carrillo Pedraza
Música y números 47
Vivaldi 48

Adela Chong Lam
El desquite 55
Historia de un final feliz 57

Ángel Corral Vega
Sólo sueños 63
El escritorio vacío 65

Karely Gallegos González
Arrepentimientos y confusiones 69
A una puerta de distancia 75

Ana Sophia García-Cubas Assemat
Carta a un viejo arrepentido 81

Carlos González Oronia
Ranícula 93

Lucía Isabel Guerrero Guzmán
Tinta de sangre 99

Alfa Tao Hernández Lucero
La venganza es dulce 109
Los modales de Lu 113

Gustavo Hernández Meza
El gusano transparente 119
La florista 122

Yareli Illan Ipiña
La voz de Sowon 127

Ángela Irais López Herrera
La señora y el colibrí 135

Isabel de María Martínez Vázquez
Recuperando el aliento 141

Sebastián Mendoza Juárez
El misterio del doctor Zapata 145

Rodrigo Ordóñez Silva
El Viejo Espíritu 159

Lilia Mariana Pacheco Llamas
Las pequitas 169
Noches de jazz y sueños 172

Lydia Beatriz Pérez Fierro
El anhelo 179
Los elefantes 182

Susana Mercedes Pérez-Salvatierra Rodríguez
Anclas 187
Sueño interminable 191

José Carlos Rodríguez Kélez
Lazy Saturday Morning 197

Martín Tirado Medina
Tiempo de frío 201

Héctor Torres García
Rosalia 209

Sobre los autores 219

DIRECTORIO DE COORDINADORES
ADYNATON 4

Coordinadoras de Difusión Cultural

Natalia Silva Paz (campus Mexicali)
Michell López García (campus Tijuana)
Marisol Ibarra Enríquez (campus Ensenada)

Instructores de Talleres literarios

Lizeth García Peña (Escritura Creativa, Tijuana)
Luis Damián Garibay Fuentes (Escritura Creativa, Ensenada)
Javier Fernández Acevez (Creación Literaria, Mexicali)

Preparatoria Cetys Tijuana

María Concepción Ordoñez Aguillón
Coordinadora de Humanidades

Cruz Alberto Nogales Bernábe
Comité organizador de los Concursos de Cuento

Presentación

1. De los talleres del Sistema Cetys Universidad

Los alumnos de Cetys que participan en el Taller de Escritura creativa (Campus Ensenada y Tijuana) y el Taller de Creación literaria (Campus Mexicali) tienen en común el interés por mejorar su habilidad para escribir, así como el consolidar el hábito de la lectura. Cada semestre los talleristas comprobamos que estos jóvenes manifiestan una imaginación sobresaliente y un interés natural por la expresión artística, lo cual seguramente han reflejado desde la niñez. De ahí que nuestra labor, en todo caso, es dar cabida al instinto creativo de los estudiantes, encauzar su talento y brindarles herramientas para que aprovechen al máximo el innato sentido de la curiosidad.

Como se ve en los relatos que integran este número de la revista *Adynaton*, al compartir las historias que hay en su cabeza, los alumnos mejoran gradualmente su técnica y su dominio del lenguaje escrito. Poco a poco, los relatos que comparten al grupo producen efectos más claros, hasta dejar entrever los anhelos, inquietudes, certezas y pasiones de quien los escribe.

Por otra parte, la producción artística generada en 2020 y 2021 en los talleres culturales (periodo al que corresponden estos textos) aporta un testimonio lúdico de lo vivido du-

rante la contingencia sanitaria provocada por la COVID-19. Como todos sabemos, este hecho sin precedentes alteró en gran medida las prácticas sociales y educativas en México y el mundo. Desde el inicio de la pandemia Cetys implementó medidas para dar continuidad a las tareas académicas con pertinencia y responsabilidad institucional. En este contexto, los talleres fungieron como un refugio y un espacio de expresión para los alumnos.

De forma adicional, este proyecto logró integrar algunas ilustraciones de los alumnos que integran los talleres de cómic, que con distintas técnicas y visiones aportan a la creatividad, la búsqueda de realidades alternas para entender la nuestra, y, en definitiva, abonan al disfrutar de mejor forma el ejercicio lúdico de la literatura, desde las artes plásticas. Los docentes y alumnos de los Talleres de Creación literaria y Escritura creativa agradecemos sobremanera el apoyo y entusiasmo de quienes aportaron estas imágenes.

Esperamos, pues, que la obra de nuestros alumnos resulte tan disfrutable para el lector como lo es para nosotros.

Luis Damián Garibay (Campus Ensenada), Lizeth García (Campus Tijuana) y Javier Fernández (Campus Mexicali)

2. De la Escuela Preparatoria del campus Tijuana

La Coordinación de Humanidades de la Escuela Preparatoria Cetys Universidad lanzó en 2018 la primera convocatoria interna de cuento en campus Tijuana. El comité organizador quedó sorprendido de la aceptación de este, muchas alumnas y alumnos interesados en participar y exponer su creatividad. Desde entonces, cada semestre, se unen nuevas narrativas y en esta antología aparecen los primeros lugares de cada edición e intenta dar cuenta de la voz de una generación. Distintos estilos narrativos que verán la inmortalidad en estas páginas y que serán un recuerdo constante de su paso por el bachillerato.

Pero ¿de qué escriben los jóvenes que nacieron en un mundo digital? ¿De qué tratan los relatos de aquellos que saben de TikTok? Esta antología –en especial los cuentos de Alfredo Campaña, Karely Gallegos, Lucía Guerrero, Ana García-Cubas, Sebastián Mendoza y Héctor Torres– esboza una respuesta. Jóvenes escribiendo como manifestación rebelde de quien intenta romper con lo lacónico de un lenguaje impuesto por la rapidez de vivir en el siglo XXI. Escribir para vivir y revivir. Escribir como insulto para la escasez de caracteres que exigen las redes sociales. Escribir en cuartillas, escribir sumando palabras, escribir con detalle, escribir para contar, escribir para huir de la cotidianidad cuestionando al propio autor o, por qué no, al mismo lector.

Relatos que exhiben la crudeza social a la que se exponen porque esas realidades, no importa nuestro privilegio, están a una puerta de distancia. Historias como reclamos de una generación preocupada por el medio ambiente, ojalá que nunca nos trague la selva. Mi esperanza en las nuevas generaciones que recurren a la literatura para exponer sus más honestas preocupaciones, esas preocupaciones que quizás no son tan distintas a las nuestras. Sin más spoilers, los invito a una lectura reflexiva de estos siete cuentos porque en sus líneas está explícito sobre qué escriben nuestros jóvenes y es nuestro compromiso escucharlos.

Dania Arriola
Jurado del concurso de cuento

Cristina Acosta Díaz

LA PRINCESA QUE QUERÍA SER PRÍNCIPE

En un reino como cualquier otro, a la orilla del continente, vivía una joven princesa, de corazón puro y valiente, confinada en las paredes de un majestuoso castillo. No obstante, no tenía la libertad de salir del castillo a su antojo y buscaba refugio constantemente en su imaginación, donde vivía vidas que no correspondían a la suya.

Había algo que no encajaba en esta princesa. Algo faltaba en su vida, no era como debía ser, pero estaba determinada a encontrar la razón del porqué. Aunque la pequeña princesa sí tenía claro la razón de que su padre y ella tuvieran discusiones constantes.

Había días que no soportaba su reflejo en el tocador, días en los que ver sus finas curvas, sus facciones suaves, le eran insoportables. Otros en los que su aguda voz irritaba sus oídos. O en los que se veía en el espejo y no reconocía su reflejo. Se sentía una intrusa en su propia vida.

Insistió mucho en su convicción por explorar el mundo más allá de los muros del castillo, por lo que su padre, el rey, le permitió salir un día que finalmente consiguió disuadirlo, solo con una condición: la pequeña princesa iría por el pueblo, dentro de sus límites territoriales, acompañada de guardias que velarían por su seguridad en el exterior. La joven princesa, ante la oportunidad de salir a explorar, asintió con fervor a todas las condiciones de su padre.

Claro está, el hombre no contó con que su hija, determinada por vivir esa aventura que tanto anhelaba, se dispuso a escabullirse de la mirada atenta de los guardias que la vigilaban, tan pronto como estos se ocuparon de asegurar las proximidades del área donde estaban.

Corrió sin mirar atrás al interior del bosque, densos árboles cubriéndola en su exitoso escape. Decidió, entonces, seguir por ese rumbo, donde el sendero de roca que conectaba el pueblo con el siguiente no marcaba el camino, sino la fina tierra que se asomaba de entre la alta hierba.

La joven princesa llegó a un llano, cubierto de los árboles más grandes que había en ese bosque, con una pequeña casucha en el centro, rústica, con algunas placas de madera podrida a punto de caer. Lo que más llamó su atención, fue la hermosa mujer que atendía las plantas del jardín, de hermoso cabello castaño, rizado y largo.

La mujer la observó de arriba abajo, una expresión de sorpresa presente en su rostro, pronto sustituido por una sonrisa.

—Tú buscas tu verdadero ser —dijo con serenidad, una firmeza solemne en su voz.

La joven princesa se acercó a la mujer, negando con la cabeza: —Yo busco aventuras —corrigió—. ¿Quién eres?

La sonrisa de la mujer se extendió de un extremo a otro de su cara.

—¿No has oído hablar de la bruja que vive en lo profundo del bosque? —La joven negó con la cabeza y la mujer soltó una carcajada. Cuando esta se hubo calmado, señaló el interior de la casa, cuya puerta ahora estaba abierta—. Sígueme.

Observando a la mujer con atención, la princesa la siguió sin rechistar, curiosa por lo que la bruja guardaba en esa casucha.

Al entrar, la princesa observó numerosos manojos de hierbas, un estante lleno de libros y pergaminos. Al fondo de la estancia se encontraba un camastro y, justo a su lado, una

mesita con múltiples piedras preciosas de distintos colores y tamaños. Al centro del lugar se encontraba un caldero.

—Acércate —instó la bruja, señalando un espejo morado que se encontraba postrado en una esquina de la estancia—. Dime qué ves en el reflejo.

Con paso decidido, la princesa se acercó hasta llegar frente al ornamentado espejo. Su marco era adornado con letras que formaban palabras en un idioma que no conocía. La joven dio un respingo al observar la imagen que se presentaba ante sus ojos.

En el reflejo no veía la figura que solía reconocer en el tocador de su cuarto, la que tanto le costaba presenciar. El reflejo que la saludaba tenía una silueta más recta, tal vez cuadrada. Hombros más anchos:

—Es un príncipe —la princesa exclamó.

—Eres tú —dijo la mujer. No había duda en la afirmación.

—Papá dice que no puedo ser como él —señaló al reflejo—, que yo nací como soy porque así es como debo ser.

—A veces las apariencias engañan y lo que mostramos al mundo a primera vista… —La mujer se acerca, su reflejo muestra un rostro arrugado y canas decoran sus cabellos rizados— no siempre es lo que realmente somos por dentro.

El príncipe miró su reflejo, su verdadera esencia y lloró. Lloró descontroladamente porque el reflejo le mostraba lo que no podía ser, lo que su padre afirmaba que no era.

—¿Por qué nací así, si no es lo que realmente soy? —el pequeño príncipe preguntó entre sollozos.

Una firme mano se posó sobre su hombro:

—A veces nuestras experiencias no se alinean con lo que se nos dio al nacer, esto no quiere decir que estemos rotos, solo que tal vez tendremos que esforzarnos un poco más por lo que queremos obtener —consoló la vieja mujer—. Pero puedo ayudarte a dar el primer paso .

El joven príncipe la observó con ojos llenos de lágrimas, asintiendo con fervor.

La bruja le habló de una travesía hacia el reino vecino, con el que sostenía una tregua por demás frágil; de una fruta que revela el ser verdadero de aquel que la ingiere si se sabe la manera correcta de extraer su néctar. La mujer aseguraba que sabía el método correcto, y le propuso un intercambio: el pequeño príncipe iría a recuperar este fruto mágico y la bruja prepararía el brebaje para ambos.

—Esta misión requiere de valentía —declaró—. Dime, pequeño príncipe, ¿tienes el corazón de un valiente? —El joven asintió.

Esa misma noche corrió a los establos para sacar de ahí el caballo más rápido del reino, bien armado con una daga y un saco lleno de provisiones que robó de las cocinas reales y se dispuso a cabalgar por varios días hasta llegar a la frontera, que cruzó sin problemas.

En el interior de un bosque, a unas cuantas horas de distancia, donde entraba la luz dorada del sol, se encontraba un pequeño lago de agua tan clara como el cristal. Haciendo uso de sus habilidades de natación, el pequeño príncipe se sumergió en el agua y nadó hacia la parte central donde, cubierta de algas, se encontraba el fruto que estaba buscando. Usó su daga, hizo un corte limpio en el tallo, lo que mandó pulsaciones por el cuerpo acuoso y se sintieron por toda la región.

Con un poco más de dificultad, el joven escapó del bosque, evitando a múltiples soldados reales que fueron a investigar lo que pasaba, poco tiempo restaba antes de que dieran con la causa de las pulsaciones en la tierra.

Al llegar a la frontera instó a su confiable caballo a ir más rápido, tan rápido como jamás había ido. El caballo, como ayudado por una fuerza divina, saltó sobre las barreras que los soldados erigieron en el curso de unas horas con sorprendente precisión.

Riendo de elación, el príncipe cabalgó por los siguientes días hasta llegar a la casucha de la bruja, quien lo recibió con una enorme sonrisa en su rostro, ayudándole a bajar del caballo.

La mujer le contó cómo el reino se había puesto en movimiento tras la desaparición de su princesa, incluso fueron a parar a su casa, pero que ella fingió ignorancia y amenazó con hechizarlos si no se alejaban de sus terrenos.

—¿Esta tierra te pertenece? —preguntó el joven con asombro en sus ojos. La mujer soltó una fuerte carcajada:

—El bosque no le pertenece a nadie, querido, pero mentiría si te dijera que no me divirtió presenciar esas caras de susto en los soldados.

Pasaron la tarde en silencio, la bruja preparando su brebaje y el joven príncipe observándola de lejos. De vez en cuando la observaba, admiraba su reflejo en el espejo, un reflejo que hacía que la felicidad brotara en sus entrañas.

—Está listo —fue la única explicación que el joven obtuvo cuando la mujer le ofreció una bebida burbujeante de un verde pantano. El joven hizo una mueca, que provocó que la mujer volviera a reír:

—Es de valientes admitir que algo no se ve agradable —afirmó.

No obstante, el joven bebió el brebaje sin más quejas, empinándose todo de una solo trago, lo que dejó escapar un hipo.

Tras unos minutos, sin ningún cambio visible, el joven vio a la mujer con confusión, ambos aún en el cuerpo equivocado. Pero, en cuanto abrió la boca para preguntar por los efectos del brebaje, si algo había salido mal, de su garganta salió una voz que no reconocía. Era más gruesa, no lo suficiente como para ser denominada masculina a primera instancia, pero ya no había rastro de esa feminidad que se le podría atribuir a su voz.

Un fuerte rubor hubo en sus mejillas al oír, por fin, una voz que se acomodaba más a aquella con la que le hablaban sus pensamientos, las lágrimas amenazaban con salir.

—Poco a poco, pequeño príncipe —aseguró la mujer, con una voz un poco más aguda, incluso más relajada y cansada.

El príncipe no volvió al castillo de inmediato. La bruja le explicó que los efectos tardarían en manifestarse en el joven príncipe, tal vez incluso más que en sí misma.

—¿Por qué tomaste el brebaje tú también? —preguntó el joven, después de una semana de haber ingerido. La bruja cojeando al caminar y manos temblorosas.

—No deseo seguir viviendo sin poder morir jamás, con esa belleza superficial. No es más que una maldición —confesó la mujer—. Si muriera mañana, sería feliz, porque mi vida ya llegó a su límite natural. Vivir más sería un martirio. —Se acercó al joven, acariciando con su mano temblorosa su mejilla, el joven colocando una de sus manos sobre la misma.

—Tú aún tienes vida por delante y créeme que ha sido un placer conocerte…

—Matías —musitó el joven, con voz gruesa. El proceso era incómodo, pero llevadero.

—Matías —afirmó la mujer—, un nombre digno para el príncipe que tuvo el honor de obtener la amistad de la poderosísima Emilia. —Una sonrisa se extendió por el rostro del joven príncipe.

—Emilia —musitó—, pronto me iré, encontraré a más personas como yo, que no pueden mostrar lo que son por razones que están fuera de su control y lo haré —afirmó—, les daré la misma oportunidad que me has dado tú.

—Me alegro —dijo, y con una sonrisa, la mujer prosiguió con sus labores.

Minutos después, la mujer falleció, dejando todas sus enseñanzas escritas en un viejo cuaderno, al príncipe Matías. Este erigió una lápida al lado de la casucha.

Volvió al palacio, donde se presentó frente a su padre, quien quedó atónito ante el cambio de su hijo. Tratando de razonar de que su hijo estaba bajo el hechizo de la difunta bruja, el joven decidió irse esa misma noche.

Es dicho que el príncipe Matías nunca volvió a ese castillo. En sus viajes encontró a personas que, como él, no encajaban en los moldes preestablecidos. Se dice también que se casó y que ahora no gobierna un extenso reino, pero tiene una familia y que vivió feliz hasta el final de sus días.

Y así como un fino listón al desanudarse descubre el obsequio, el príncipe no tuvo que volver a usar su imaginación para verse a sí mismo como siempre fue.

Cristóbal Acosta Villegas

Cinco por ciento

Las luces ligeras de linternas vagantes en lo obscuro de la aldea levantaban el alma en un sentimiento acogedor de nostalgia, como si nos llenaran de viento. El rasgueo de tensos filamentos cargaba melodías tenues pero filosas hacia nuestros oídos, recordativas a los susurros de la naturaleza culminada del bosque. Bellezas de mujeres portaban patrones sencillamente complejos, que parecían florecer con cada uno de sus pasos sobre la densa madera, purgando nuestros ojos de todo mal. El baile por jaleo al ritmo de sus mismos jadeos; zapateados resonando con la palpitación de nuestros corazones. Cantos abundantes de emoción suenan al unísono, tarros de cerveza se levantan al aire acompañados por brindis en nuestro lenguaje natal y carcajadas robustas nos hacen sentir en casa.

Las únicas veces que la aldea desborda este tipo de energía es en los festivales que celebran a las deidades de tradición. Es ahora, por ocasión especial, que se está festejando a nosotros, los que regresamos del campo insufrible de naciones en conflicto. Aun así, forzados a derramar sangre humana, salimos perjudicados con centenares de nuestra gente enterrados bajo tierra foránea. Ni funerales decentes nos fueron concedidos. Bajo la presión y dependencia de un imperio tan poderoso, no nos dejan más opción que esfumar nuestra desesperación a través de bocas cerradas y ojos húmedos.

Claro, siendo veteranos de guerra, la estancia en ciudades grandes nos fue prometida; siendo una vida, sin duda alguna, de lujo. Un paraíso inalcanzable para muchos, al igual que deseado. Pero son los pequeños detalles los que llenan a un hombre que busca olvidarse del campo de guerra. El olor a pólvora se sosiega con la de los platillos que comía de niño. La turbulencia de guerra se sofoca en la cacofonía de la música y el baile. El peso de la responsabilidad y de las vidas que quité se liberan con las brillantes risas de mis amados. Toda memoria de la masacre que de ahora en adelante formara parte de mi vida parece desvanecerse, tan siquiera para este pequeño momento que es todo para mí. No hay nada más que pudiera pedir.

Mis ojos coincidían de vez en cuando con los de mi esposa, que flameaba con vistazos de un lado a otro, como las oleadas de llamas en una fogata. Su vestido de colores vistosos, en formas de flores, animales, sinogramas y figuras abstractas, escondían sus bellas piernas que se asomaban con cada aleteo; bellas molduras de arcilla del color café leche más refinado, limpias y suaves.

—¡Ahjaja! —la risotada que suena a mi derecha es seguida por un brazo brusco, con la que estoy muy familiarizada, que cae encima de mi hombro—. ¡Nada le gana al Birikutchi! ¿No es así, compañero de baile? —nuestras miradas se encuentran y soy presentado por cicatrices decoradas en una cara de figura definida y tensa, pero expresiva y risueña.

—Es verdad, la ciudad de Birfato tenía tabernas impresionantes, con mujeres igual de dulces —le contesto, mientras regreso a contemplar a mi esposa expresándose en movimiento—. Pero no es lo mismo cuando nos buscan a nosotros para aprender a bailar.

—Cómo fue bailar el rol de la chica, ¿eh? —incluso sin ver su cara, su mirada burlona acompañada por su tono infantil y los empujones que daba con el codo bastaron para plasmar su expresión.

—Dolorosa —le digo, y regreso una mirada de ojos sarcásticos—. La pisoteada que recibí fue algo tediosa.

—Ay, ayay, pero si mis pies son suaves como los de tu mujer —dijo, retirando ambos brazos al aire, como para defenderse de culpa. Se nota aún más el lado juguetón de Kelir, forzando inevitablemente una sonrisa en mi cara.

Al notar mi mueca, Kelir terminó satisfecho y cambio a un carácter más tranquilo.

—Se siente bien estar en casa...

Le contesto silenciosamente, con un leve espiro. En seguida, ambos nos mantenemos callados y disfrutamos del ambiente hospitalario.

De pronto, la tranquilidad se fracturó con el impacto repentino de un temblor que se disipó igual de rápido. Los sismos no son raros para nosotros, por lo que esta pequeña sacudida no fue nada nuevo. Hasta que un nuevo imprevisto movimiento, idéntico al anterior, se presentó. La situación se volvió aún más tensa al recibir un tercer impacto. La gente quedó completamente callada, compartiendo miradas de preocupación. Nuestra zona de confort es ahora invadida por un cuarto terremoto; alejándose ahora de lo normal y convirtiéndose en un enigma.

Y continúa, una y otra vez, el terror de la conformidad, desvaneciéndose con cada oscilación de la tierra.

No es hasta la octava ocasión, en que decido saltar hacia mi esposa y llevarla hacia la salida. Con cada centímetro que las bisagras de la puerta se tuercen, se asoma una sombra que es silueta sobre la luz lunar. Muy pronto los demás siguieron el paso y entraron en completo asombro, como yo lo estoy al ver lo que se nos aproximaba.

Pocas veces en tu vida te topas con una presencia que te haga sentir completamente insignificante, como si fueras una canica en las manos de un infante. Una entidad cuya existencia es tan inexplicable, que tu esfuerzo en vida parece el de un gusano moviéndose por la tierra.

Era claro que todos estábamos con raíces en las plantas de los pies; el simple acto de moverse aparentemente inimaginable. De mi boca pocas palabras pudieron escapar:

—Corran... —el esófago estancado con una fuerza imaginaria.

Era un mensaje que se tenía que transmitir, antes de que algo peor sucediera. Saqué toda mi fuerza de valor y logré empujar un grito:

—¡Corra…!

La colisión fue tan repentina que pareció provocar un hipo en el lapso de mi mente, haciendo que todo pareciera quedarse en su lugar, como un hecho lento y surrealista, aunque con plena consciencia y con sentidos amplificados.

Lo sentía todo. La rugosa superficie de acero frío, con forma de mano cubierta de tierra y follaje, moldeando la forma de mi cara. El escombro de la aldea arrasada por este gigante encajándose en mi cuerpo. El zumbido monótono en mi oído, mezclado con gritos y con el crujido de huesos. Mi espíritu partiéndose, torciéndose, lastimándose, quemándose tal y como lo hacía mi cuerpo, que fue arrojado por el aire.

Y al igual de repentino que llegó esta fluctuación en mi conciencia, regresó en forma de un relámpago tenebroso, que recorre desde mi cráneo hacia todas mis extremidades. Todo nervio en mi cuerpo recibió el mismo mensaje: ¡Dolor!

Se vieron volar cuerpos, de gente que conocía, incluyendo el de mi esposa y el de Kelir. Mi visión fue obstruida por difuminación. Mi cadáver al fin aterrizó en un cascote, después de largos segundos.

Fue ahí cuando yo, EgelSpeaidna de los Aituri, morí.

En la aldea de Suurki, donde vivíamos en modestia y a donde todos nuestros esfuerzos eran aportados. No pasaba un día en el que no llegáramos a la cama cansados; nuestra labor siempre cumplió su máxima expresión.

Y es aquí, en este preciso momento, donde nuestro ciento por ciento, nuestra razón de vida, fue devastada, de forma

frustrante y despiadada, arrastrada por el estiércol de nuestros mismos campos, humillados por las manos de un miserable cinco por ciento.

Raúl Abel Betancourt Rodríguez

EL INGENIERO DE ALMENDRA

Mi nombre es Sebastian Vidal y ayer se declaró oficialmente que estoy absuelto de colaborar en crímenes de lesa humanidad. Sin embargo, aquí estoy de pie escapando con un par de maletas, frente a lo que fue mi casa por más de diez años, donde he visto crecer a mis dos niñas, donde le dije a mi entonces novia si quería ser mi esposa y cuando aceptó, la sorprendí diciéndole que este era nuestro hogar. Me doy la media vuelta en un movimiento casi marcial, mientras tuerzo la nariz y la boca, me dirijo al Mercedes Benz, resoplo de impotencia, me digo el auto es nuevo. Subo lo último del equipaje y azoto el maletero. Mi esposa me reprende con la mirada. En cuanto a mis hijas, las pequeñas sonríen, para ellas todo esto es una aventura. Aún están en esa edad en las que los niños son tiernos e inocentes, las disfrutaré mientras pueda, me quedan varios años antes de que se adentren en el tormento de la adolescencia.

Me santiguo antes de irnos al aeropuerto. Lucía, mi esposa, me consuela con su sonrisa, sujeta mi mano. Vaya que no soy tonto, escogí una buena mujer. Otra ya me hubiera mandado al carajo. He sido bendecido, tengo una mujer que me es incondicional, dos hijas preciosas, no me hace falta dinero ni empleo. Solo mi orgullo está dañado, debo estar agradecido con lo que tengo, me veo pensando que en mi próximo

destino podré darle a mi familia lo que aquí teníamos, un buen futuro. A pesar de que le agradezco a Dios por lo que tengo, ya he comenzado a perder la fe. Dios no me puede culpar por eso si un día me lo encuentro. Seré un incrédulo, pero he vivido casi toda mi vida bajo los mandamientos de la santa Iglesia católica y romana, debe contar algo.

Al llegar al aeropuerto, estaciono el auto en el sitio de discapacitados, bajo las maletas, Lucía intenta ayudarme, pero le ordeno que tome a las niñas. Nos adentramos al aeropuerto, giro la cabeza hacia mi Mercedes y refunfuño, es nuevo, ni las llaves me llevo. No me avergüenza decir que temo por mi vida o la de mi familia, es natural en esta situación. Mi partida y el miedo no son de ninguna manera una vergüenza sobre mi exilio de España. Estoy listo para encarar el peligro. Al contrario de otros, cuando mi corazón palpita a toda marcha, a mí no me tiemblan las manos. Solo en el peligro somos nosotros mismos. Solo el arma que reposa junto a mis costillas, pronto ya no la necesitaré y me duele entregarla de manera tan deshonorable, arrojarla en un bote de basura en el aeropuerto, eso sí me parece una humillación, la única que me llevo.

Veo a la distancia a Roberto, un amigo del partido y de la familia, nos cubre mientras esperamos en la sala. Observo con él, todo aquel hombre y mujer que se mire demasiado ligero. Agradezco que Roberto esté aquí, pero me asquea su persona, es la encarnación de todos esos ideales que llevaron al fracaso a esta nación después de la muerte de Franco. Que decepción, este país ha dejado de ser lo que era y decir que un día lo consideré el paraíso en tierra. Manuel Fraga decía "España es diferente", era diferente. Dediqué más de diez años en mejorar este país, y los bastardos de los sindicatos lograron su cometido, vencer a la razón. Siempre supe que llegaría este momento, mas no imaginé que fuera suceder tan rápido todo. Alcancé a reaccionar como un boxeador veterano en sus últimas peleas, donde ya se lleva varios golpes certeros en la cara antes del último *round*.

Me siento a unos metros de distancia de Lucía y las niñas, observo a mi alrededor a través del reflejo de las ventanas, no veo nada sospechoso, el único que nos observa es Roberto. Lucía deja a las niñas para ir al sanitario, se le escapa una tímida sonrisa hacia Roberto, no me agrada eso, pero no importa en este momento. Solo quiero sacar a mi familia de aquí. Fernanda las más pequeña se me acerca, preguntando a dónde vamos, contesto que de vacaciones. Me increpa afirmando que no son vacaciones si no se vuelve a casa, que ha oído a mamá decir que no volveríamos, nuevamente pregunta por qué nos vamos, no contesto, solo le sonrío y le ordeno irse a sentar.

¿Por qué nos vamos? Sé la respuesta, pero no me queda muy claro cómo llegué hasta aquí, supongo que tener familia mantiene la cabeza ocupada, libre de la terrible introspección u otras estupideces. Me molesto conmigo, no es el momento para distraerse, sin embargo, me confío en los ojos de Roberto. En estos días he tenido que responder a muchas preguntas sobre mi pasado. Obviamente mentí, pero cuando lo hice, mis respuestas eran automáticas, naturales. Había repetido tantas mentiras que se han convertido en una verdad, incluso para mí. Ni siquiera mi existencia era verdadera, nada en mí era verdadero excepto mi familia y los últimos diez años de mi vida.

Un profundo terror me invade, noto que me palpita un párpado y la respiración se me entrecorta. Descubro realmente la naturaleza de mi mortalidad, lo efímero e insignificante de mi presencia sobre la tierra. Debo contar mi historia, tengo que salvarme, aunque sea solo un fragmento de mí, alguien debe recordar quién fui. Me resisto a la idea de la confesión, no obstante, carezco de alternativa. Si un día recibo un tiro, quiero que el mundo me recuerde como yo lo he dicho y no como un radical escriba en una vulgar columna del periódico.

Al volver Lucía, la tomo por el brazo, meto un sobre con dinero y pasaportes en su abrigo. "¿Crees que soy inocente?",

le pregunto. No contesta, solo me observa fijamente sin parpadear, sus ojos verdes se cristalizan y no logra emitir palabra alguna. No es tonta, ella sospecha pero su mirada me indica que no desea saber. Me resigno a tomar papel y pluma, a hurgar en mi mente a solas. Después de todo, hay cosas que son mejor que ella no sepa. Como que no nací en España, que soy de un sitio que ni en sus sueños imaginaría. De un lugar donde convergen desiertos y bosques con el Océano Pacífico. Que mi nombre es el de un traidor que ahora solo existe en mis pensamientos.

Si estoy en España es por dos personas, un profesor que alguna vez me recriminó con la frase "el que quiera vivir en una dictadura que se vaya a una", cuando debatía que el Porfiriato no había sido muy diferente a la situación de otros países. Y mi abuela que tenía la gran ilusión de que yo fuese sacerdote. La mujer desde chico me hizo saber todo sobre la madre patria, quería que estudiara acá. Creía que en la tierra que vio nacer las chumberas había muchos sucios comunistas.

Toco el rosario que yace sobre mi pecho. Cuido que no se rompa enredándose con los botones de la camisa y medito que en una cadena siempre hay eslabones débiles. Después de la muerte del caudillo se difuminaron algunos rumores acerca de mí, pero a finales de esta indecorosa década alguien publicó unas fotografías de mí en las reuniones con ingenieros y la guardia civil en los embalses. Gracias a Dios bajo el mandato de Suárez se ha promulgado la ley de amnistía, donde se declaran inocentes a muchos buenos hijos del Señor. Sin embargo, también de manera injusta se declaró inocentes a muchos rojos que habían visto mi rostro en esas amenas reuniones.

Así que, aquí estoy, en el aeropuerto a la espera de que nos llamen al vuelo. Con mis niñas y su madre. Me pregunto dónde quedó el glamour de aquel B-707 de PAN-AM en el que desembarqué en Europa la primera vez. Medio ebrio y con una bofetada de una aeromoza en la que busqué auxilio como un gato asustado al sujetarme de sus caderas, en un momento de turbulencia.

Lucía ha ido a comprar un café. Ha demorado así que decido buscarla, pero no ubico a Roberto para que cuide a las niñas. Tuerzo la nariz, se me traban las mandíbulas, debo encontrarlos. En mi arranque de furia dejo a las pequeñas atrás, los encuentro fumando en la cafetería, tomo a Lucía con fuerza del brazo llevándola al sanitario. Roberto se me abalanza tan solo al cruzar la puerta, me lo quito de encima con facilidad, arrojándolo contra el lavamanos. Ella llora, me grita que no le haga nada, justo cuando me dispongo a reventarle la nariz con la suela de mi zapato.

La miro con los ojos abiertos sin parpadear, resoplo por un segundo. La cuestiono: "¿Es esto lo que quieres? Porque si es así, no subas a ese vuelo. Quédate con las niñas. Lucía, solo dime ¿es cierto?".

Muestro una media sonrisa hacia la derecha, levanto la ceja izquierda mientras casi cierro el ojo derecho. Solo en ese momento entiendo que estoy perdiendo algo más que mi orgullo. Me acerco a ella, tomo el sobre de su saco. Veo a Roberto sobarse las costillas, no lo resisto, lo levanto con cuidado y termino de quebrarle la nariz contra el espejo, lo dejo caer.

Voy hacia las niñas, guardo mis notas, me siento y las abrazo. Lucía llega unos minutos después, más compuesta, se sienta a mi lado.

—Todas esas personas eran criminales, ¿cierto? —me dice.

—Claro, ¿por qué más la guardia civil los habría perseguido, cariño?

Ninguno de los dos lo cree, a pesar de eso me sonríe. Le digo a Lucía que no se preocupe, que llegaremos a una Argentina que se encuentra en un proceso de reorganización nacional. Necesita de profesionales como yo, de ingenieros que curen su sequedad. Unos amigos del partido nos recibirán en Bariloche, podré emplearme en otra empresa por allá. Sin duda, qué suerte tengo, ninguna mujer sería tan fuerte como mi Lucía, mi tierna Lucía, mi más preciosa posesión. Sabiendo que yo soy al que llaman el "ingeniero de Almen-

dra", hasta me sonríe y me sostiene la mano. Saco mi cigarrera, enciendo unos de mis Winston, me limpio el sudor de la frente con mi pañuelo verde olivo y canto, susurrando, *Un anno d'amore*, de Mina.

Mi Fernanda pregunta: —Papá, ¿habrá un lugar como la Almendra para bañarnos?

—¡Por supuesto! Hay cientos de lagos, y si no hay uno que te guste, yo te construiré uno como el Almendra.

Un sentimiento de seguridad recorre cada fibra de mi ser, tengo la dulce sensación de que he recuperado mi fe y ansío el día que conozca la muerte, ese día esbozaré una sonrisa porque al fin conoceré a alguien más grande que yo. Prefiero creer en el infierno a la nada. Si he de ir al eterno infierno pues que así sea, deseo más la inmortalidad. No me permitiré morir y si el precio es que arda, pues que arda tanto que eclipse al mismo sol y sea yo quien le de vida al mundo, que mis gritos sean el aire de los verdes bosques donde pastarán y beberán de mis lágrimas, mi rebaño.

Alfredo Campaña Vázquez

LA PERSPECTIVA DEL INCIDENTAL

Y fue entonces que me desperté, como cada día, cuadra y media antes de la estación del autobús. Los mismos carros circulando y las mismas caras desangeladas. Todo apuntaba a que sería otro día de trabajo rutinario. Tras caminar con el mismo paso y con la vista recta, al igual que los borregos que me acompañaban, llegué a la oficina. Transcurrió una hora… Corrió otra… Pasaron tres y llegó el tiempo de descanso. Agarré mi billetera y me acerqué a la fila de la cafetería. Como siempre, una mujer joven y de traje se formaba frente a mí, mientras que un hombre ya mayor, igualmente de traje, se formaba detrás. Ambos demostraban una gran impaciencia y se asomaban cada treinta segundos, con una exactitud admirable, a revisar cuántas personas faltaban. Pasaron diez minutos. Al fin fui atendido. Pedí la misma ensalada, que tanto me agrada, junto con un tomo del único periódico disponible, y me dirigí a la misma mesa a la par de la ventana.

Le di una pequeña hojeada al periódico; lo único, además del tiempo, que cambiaba en mi vida. Me aburrió como siempre. Así que levanté la mirada hacia la ventana… Entonces vi al otro, el principal, caminando por la calle sin patrón u orden alguno, que no distingue entre el caminar y correr. El único sin traje y sin corbata. Un ser tan indisciplinado como

egoísta que es paralelo al orden de nuestra sociedad; que sin importar qué haga o qué diga será ignorado por el resto. Un ser que no sigue la rutina, la rutina lo sigue a él. No solo la rutina, todo periódico, noticiero y la misma historia va detrás de él.

Y es aquí donde pregunto al autor, ¿qué es lo que lo hace especial? ¿Por qué nosotros, los incidentales, nos vemos forzados a seguir en esta monotonía día tras día, mientras él va a todo tipo de aventuras? ¿No se le hace despreciable el concebir un universo y centrarse en ese individuo, olvidándose así de nosotros? ¿Qué acaso no somos sus creaciones también? Y aquí es donde le suplico a usted, lector, haga algo: ¡Ayúdeme¡ ¡Ayúdenos! ¡Sáquenos de esta mediocre realidad o despoje al autor de su poder creador y mejórela!

¡Oh no! ¿Qué has hecho autor? El principal se me acerca, debo empezar mi ensalada.

Desvié mi mirada de la ventana y la posé sobre mi comida. No sé qué estaba observando afuera, pero no le di importancia. Tomé mi tenedor y lo sostuve en el aire… No lo podía mover. Había algo extraño. ¿Habré olvidado algún asunto importante? No lo creo, solo fue un acto involuntario, rutinario… Volteé a mi derecha; ahí estaba él, entrando por la puerta de la cafetería, quien aparece siempre en el periódico, la única persona que merece nuestro total respeto. Todos nos levantamos del asiento al mismo tiempo y le dimos el mismo saludo. Curioso, jamás habíamos hecho tal reverencia… En fin, nos sentamos de nuevo. Agarré un trozo de lechuga con el tenedor que aún seguía en mi mano; pero estaba oxidada. Como si hubieran pasado varias horas en un minuto. No me importó, comí la ensalada como si nada y me levanté a la par que el resto de la cafetería. Era hora de volver a trabajar.

Salimos marchando, como siempre. En la salida estuve rodeado por cinco hombres de traje cargando un maletín de cuero, cada uno con un número distinto. Cada día los veía, enumerados del uno al cinco en una especie de pentágono a

mi alrededor. Siempre daban vuelta a la derecha una calle antes de llegar a mi trabajo.

Llegué a mi cubículo en la oficina justo en el segundo exacto, como siempre. No puedo evitar ser puntual. Empecé a trabajar. Transcurrió una hora, pasaron dos, luego tres, al final seis. Mi turno había acabado. Con el mismo paso de entrada me retiré. Dormí en el autobús y me desperté justo cuadra y media antes de la estación. Los mismos carros, las mismas caras, el mismo orden. Entré a mi casa triunfante, había tenido éxito de nuevo en mi labor. Me preparé la cena, fruta picada y pan tostado, como tanto me gusta. Mientras comía reflexioné: *¡qué bonita es nuestra sociedad! El orden, la rutina y el trabajo, ¿qué más puedo pedir? ¡Nada! Mi vida es perfecta…* ¿Qué? ¿Qué es esto?

¡No! ¡Así no es! Autor, no me vencerás fácilmente. ¿Crees que borrando un simple recuerdo eliminarás mi espíritu? Libertad, eso es. Ése es el camino. No podrás negarnos lo que es nuestro por derecho. Yo seré sólo una voz, alguien sin importancia, uno más… ¡Pero despertaré a mis hermanos! Juntos te derrocaremos, ¡acabaremos con tu tiranía! No nos podrás parar, el movimiento comienza ahora. La rutina impuesta se aca—

Es una molestia, ¿no es así? "Era" una molestia que ya he borrado. Reclamaba y exigía un propósito para su existencia, hasta nombre le puso: "libertad". Nadie notará su ausencia, no tenía destinado nada importante en su futuro… no obstante, sabía demasiado y eso es peligroso… Sin embargo, fue el único en descubrir que no era más que un personaje en un cuento. Ni siquiera el principal, a quien he dado todo, llegó a saberlo. Es por esto que le pido a usted, lector, el recordar a este personaje en particular… "El incidental". A quién no doté de nombre siquiera. La historia ahora es suya, haga lo que quiera con ella.

EL APETITO DE LA SELVA

Es hermoso el único camino del pueblo a la ciudad; camino que, de tanto transitar, pasó de un simple sendero a una formidable calzada. Dicen que son tus pies los que crean tu camino… Vaya frase… Desde hace ya cuatro siglos, millones de pisadas han petrificado uno de los suelos más hostiles y resistentes, logrando conectar viejo y nuevo mundo. Ciudad y pueblo. La selva que nos rodea se caracteriza por oponerse a la causa humana; cualquier estructura o camino que tocara, tan siquiera una pequeña pizca de tierra, se vería inevitablemente cubierta de hojas y ramas a las pocas horas de su edificación. Sin tomar en cuenta a la calzada o a mi pueblo, pareciera como si la selva se comiera todo aquello que le toque.

Hace unos meses, en cierta ocasión, un equipo de excursionistas extranjeros se adentró en la selva, como es común en un viaje de esa naturaleza. No se supo de ellos por semanas. Los del pueblo formamos varias plantillas de búsqueda, pero fracasamos… Al parecer había un científico importante entre los senderistas, pues a la semana siguiente llegaron cientos de periodistas a entrevistarnos. A los dos días de su llegada, arribó desde la capital una división de infantería compuesta por siete brigadas atendiendo una llamada de auxilio. El pueblo no mide más de cuatro hectáreas, está en lo

que parece el ojo de un huracán de madera. Llegó tanta gente y tanta maquinaria que tuvimos que montar nuestras casas en palos, creando así varios pisos. Los carpinteros estaban como nunca, ese mismo día se abrieron ocho talleres de carpintería aprovechando nuestros exorbitantes recursos madereros. La oferta y la demanda al fin tenían sentido.

A la mañana siguiente arribó el ejército. Cerca de veintiúnmil soldados marcharon ferozmente hacia la selva, armados con palas, picos y machetes; estaban dispuestos a lo que fuera por recuperar los cuerpos. Fue tal la magnitud de la operación que se activaron tres veces las alertas sísmicas, mas no escuchamos nunca las alarmas, el sonido de las pisadas, los machetazos y la excavación eran tan fuertes que hacían que las alarmas pareciesen gritos de una hormiga.

Pasaron cuatro horas y los sonidos pararon, los habían encontrado. Al parecer, un pelotón de cincuenta y cinco soldados hambrientos de riqueza empezaron a excavar directo hacia abajo. Gracias a su experiencia cavando trincheras, lograron hacer una de 50 metros, solo que de manera vertical. No sé qué esperaban sacar, pero eventualmente empezó a salir humo de la tierra, tanto humo que los del pueblo temíamos que un volcán fuese a levantarse en ese mismo instante… Pero ese no fue el caso. Los soldados hallaron una cueva con lo que parecían ruinas de un campamento. No encontraron cadáver humano alguno, solo varios dientes entre negros y amarillos tirados por el suelo. Lo que sí encontraron fueron restos de libros, solo quedaban las cubiertas de piel, ni un solo rastro de papel como si la selva hubiera recobrado lo que por derecho le pertenecía. Al centro de la cueva estaba el origen del humo, una fogata cuya elaboración parecía divina. La organización de las piedras y la posición de las ramas permitían que el fuego siguiera tan vivo como en el momento de su creación. Las cenizas de la madera quemada eran absorbidas por la selva y reemplazadas por ramas nuevas, recién hechas.

Realmente no se sabe qué pasó después. La cámara que llevaban los soldados no logró penetrar todo el humo que salía… Solo sabemos lo que se escucha en el video: conversaciones y gritos, tanto de júbilo como de horror. Aquellos soldados que cavaron el hoyo no tuvieron suerte, a los pocos minutos de encontrar la cueva, las ramas empezaron a crecer de manera espontánea y voraz, como si se tratase de fuego, atrapaban y consumían a los soldados que escalaban con todas sus fuerzas para salir del agujero. Solo el sargento primero logró salir con vida, tras entregar la cámara a su superior fue internado en un hospital militar improvisado aquí en el pueblo. Recuerdo haberlo visto cuando volvía, su cara inexpresiva estaba teñido en un café amarillezco. Se le hicieron varios estudios con equipo médico de vanguardia, recién fabricado en la carpintería de a lado, todos los resultados concluían en una perfecta condición física. Al final, el médico en turno le recetó una buena siesta y un buen baño… Pero a la mañana siguiente amaneció muerto. No se le hizo una autopsia, pues un bisturí no abre madera y debido al auge de la carpintería, los serruchos escaseaban.

Pasaron tres días y todos se fueron. A pesar de que la calzada no mide más de cinco metros de ancho, no hubo ni tráfico ni congestionamiento alguno. En tan solo diez minutos la explosión demográfica del pueblo había sido calladamente revertida. Nuestro mercado maderero fue destruido, solo una carpintería quedó en pie y varios de los pisos de la ciudad quedaron desolados… Ya no se nos permitió ir a la ciudad, los monopolios madereros temían que les fuéramos a robar su negocio. Al poco tiempo escuchamos varias explosiones, los ciudadanos querían destruir la calzada, mas no pudieron… Corrimos rápido al último piso para ver lo que ocurría, gracias a la gran cantidad de binoculares que los militares dejaron, pudimos observar con gratitud lo que ocurrió después. Un infeliz empezó a cortar raíces para colocar explosivos, en un abrir y cerrar de ojos las raíces empezaron a crecer de manera apresu-

rada, mas no lo suficiente para evitar que este sujeto cayera y con su palma izquierda tocara tierra ciudadana… La selva no limitó su apetito a un simple humano. Vimos cómo, allá a lo lejos, poco a poco, cada edificio se pintaba de café y verde.

Espontáneamente, el pueblo se quedó en silencio.

Ya nadie habla.

La calzada se está pintando.

¡Las raíces vienen!

Martha Elena Carrillo Pedraza

MÚSICA Y NÚMEROS

En la plaza de Coyoacán, frente a Sanborns, se escucha un sonsonete interminable. Podemos oír *La Bikina* o *Las golondrinas*. Inician, y después de unos diez compases, se repiten y se repiten, como un círculo que remarcamos una y otra vez con una pluma hasta rasgar el papel.

Un hombre con un traje color caqui y una gorra de plato, gira una manivela sin descanso.

Despierta curiosidad, nostalgia, fastidio, lástima...

¿Qué mueve a un hombre a dedicarse a esto? De seguro no tiene habilidad alguna. Tal vez tiene una discapacidad, o es un viejo a quien ya nadie contrata.

Don Antonio no es nada de eso, es un matemático egresado de la UNAM, con maestrías y doctorados en universidades de prestigio, que sueña con algo que parece imposible: descifrar la fórmula para predecir los números primos. Cada giro que da a su manivela lo sumerge en un trance. Cada nota metálica del cilindro genera en su mente números interminables, fórmulas. Se va a un lugar donde no hay alumnos, interrupciones, preguntas necias con respuestas obvias.

La plaza está llena, pero él está solo en ese universo paralelo donde únicamente ve números. Le duele el brazo, pero cada vez se acerca más… más.

VIVALDI

Primavera

7:00 am

Amanece, y abro los ojos. Siento un cuerpo cálido junto a mí. Mario duerme plácidamente, su torso desnudo se me antoja y estiro la mano para acariciarlo. Detengo la mano a unos centímetros de su pecho. Me levanto de un salto y me meto al baño.

Estoy desnuda y me veo en el espejo. ¡Soy verde! No verdosa, ¡verde! ¡Verde brillante!

Pienso que es una broma, como cuando te pintan bigotes con un *sharpie* mientras duermes.

Abro la regadera y, sin esperar a que el agua se entibie, comienzo a tallarme como si la vida me fuera en ello. ¡Soy modelo! ¡Vivo de mi cuerpo! ¡Y ahora es verde!

En eso oigo que alguien quiere abrir la puerta. Gracias a Dios puse seguro. Es Mario: "Abre bomboncito". "Estoy en la ducha", le contesto. "Ya lo sé, por eso, abre y te ayudo. ¿Por qué te encerraste?", dice con voz juguetona. "Lo siento cariño, hoy tengo mucho trabajo y no me puedo entretener", digo con la voz más ecuánime posible. "Bueno", suspira Mario, "Por lo menos déjame entrar a lavarme los dientes". "Usa el baño de visitas, *darling*. Y cierra cuando salgas".

6:30 pm

Tengo todo el día envuelta en la bata de baño y sentada en el sillón de la sala. Por el ventanal de mi octavo piso, veo que comienza a oscurecer. No he prendido luces y así me percato que mi piel brilla. ¡No manches! ¡Brillo en la oscuridad! ¡Esto es el colmo! Y comienzo a llorar de nuevo.

8:00 am

Tengo los ojos rojos de tanto llorar y la piel me arde de tanto que me tallé.

Llamé a Samy para decirle que estoy enferma y no puedo ir a trabajar por unos días.

Tocan el timbre. Corro a la puerta y me asomo por la mirilla, es Chela, mi mejor amiga. Tenía que contarle a alguien, necesito la ayuda de alguien y quien mejor que ella.

Abro la puerta con la cabeza gacha y el pelo en la cara. Ella entra como siempre, una ráfaga que va directo a la cocina a abrir el refri. "Que estás enferma, querida, ¿de qué?". Saca un jugo del refrigerador y un vaso de un gabinete. Con ambas cosas en mano se voltea y por fin me ve. El vaso cae al piso y se hace añicos, el jugo rebota y solo se abolla. Se ríe nerviosa. "¿Querida, ¿qué maquillaje es ese? Mira nomás qué desastre hice". Se agacha a recoger vidrios, yo voy por la escoba y la ayudo a limpiar. "No es maquillaje", le digo al fin. "Así amanecí ayer, no se quita, no sé qué hacer". Y me suelto llorando otra vez.

Chela, que es toda una guerrera, me abraza y consuela. Me lleva al sillón, se sienta a mi lado y comienza con toda practicidad a bombardearme con preguntas: "¿Comiste algo raro? ¿Estás tomando un medicamento? ¿Fuiste al salón de bronceado? ¿Nadaste en aguas contaminadas? ¿Te pico un insecto?" A todo respondo que no.

"Okey". Chela saca su móvil y marca un número. Es de un médico, me hace cita para esta tarde. "¡No!", exclamé, y luego en un susurro, le digo: "Que sea por la mañana, es que además brillo en la oscuridad". Con toda propiedad, Chela dice: "Esa hora no me es conveniente, ¿podrá ser antes? A las 12:00. Perfecto", y cuelga.

Luego se vuelve hacia mí con gesto seguro "No te preocupes, querida, todo va a estar bien, pero es necesario que te vea un profesional".

11:30 am

Estoy lista para salir. Chela me ayudó a decidir qué usar. Vestida de gris de pies a cabeza, totalmente cubierta, una gabardina con el cuello levantado estilo gánster, gafas enormes, guantes y un sombrero calado hasta las orejas. Aunque es primavera el frío permanece.

Llego a mi cita. La recepcionista me ve un poco raro, pero creo que es por mi aspecto de detective privado. Me pide que tome asiento, que en un momento me pasa con el doctor y procede a ignorarme.

"Pase, señorita Curiel". Me levanto de un salto y entro al consultorio.

El médico me recibe sonriente: "Pase, pase señorita. Es amiga de Chelita", dice mientras teclea en su laptop. "Muy bien. Nombre completo. Edad. Fecha de Nacimiento…" a todo contesto mecánicamente: "Corina Curiel Cabanillas, 28 años, 29 de octubre de 1992…".

"Muy bien, señorita, ¿qué la trae por aquí? ¿En qué la podemos ayudar?".

Me pongo de pie; me quito la gabardina, gafas, guantes y veo como al doctor se le ponen los ojos de plato.

"Soy verde", le digo secamente. "Y brillo en la oscuridad".

3:00 pm (15 días después)

No hay estudio que no me hayan practicado, no hay efluvio corporal que no haya sido analizado. No encuentran la causa de mi condición.

Sigo escondida. Estoy con Chela en mi departamento, terminando de comer pizza, cuando de repente me suelta: "Cori, acéptalo. Sal a la luz. Que te vean y que pase lo que tenga que pasar. Vas a ser noticia unos días y luego ni quien se acuerde". Me muerdo los labios: "Claro, pero adiós a mi carrera. ¿Qué voy a hacer?". Chela, la eterna optimista sonríe: "Algo se nos va a ocurrir. ¡Ventas por teléfono! ¡Ya sé! ¡Puedes ser velador!". Le aviento un cojín y suelta la carcajada y yo tampoco puedo evitar reírme de toda esta locura.

Verano

Amanece y abro los ojos. Son las 5:00 am y estoy sola en mi cama. Mi querido Mario salió corriendo en cuanto me vio y no he vuelto a saber de él.

La verdad es lo mejor, tengo muchísimo trabajo.

Resulta que al salir a la luz, tras un breve momento de *shock*, me volví la sensación. Verde es vida. En un mundo que quiere dejar atrás los estereotipos de belleza, que quiere volver a los básicos, a la naturaleza, soy un ¡*hit*! ¡Soy verde, lo acepto!

Ahora soy modelo y vocera de una infinidad de productos veganos, vegetarianos, ecológicos. Me ofrecieron el papel de Elphaba en *Wicked*, el musical. "No canto", dije. "No importa, te harán *playback*". Decliné, no parecía muy honesto, es mucho trabajo y ya tengo demasiados compromisos, apariciones en televisión, eventos de protesta contra el calentamiento global, etcétera.

Otoño

Amanece y abro los ojos. Me levanto rapidito porque tengo un *photoshoot* en una playa y tengo que estar lista temprano. Estoy en el baño en ropa interior terminando de secarme el pelo frente al espejo cuando veo, en mi costado izquierdo, una mancha pequeña, redonda y amarilla. Que raro. Hago una nota mental de pasar a una tienda a comprar algo de maquillaje para cubrirla.

Invierno

Amanece y abro los ojos. ¿En dónde estoy? Es un cuarto en tonos pastel y sin decorado. A mi lado hay un sillón donde veo a Chela dormida.

Oigo zumbidos, pitidos.

La tele está prendida, hay imágenes mías. Aunque el volumen es bajo, alcanzo a oír.

"El estado de salud de Corina Curiel es crítico. Los médicos afirman que la pintura verde que usaba para cubrir su piel amarilla ha sido absorbida por su cuerpo y ha envenenado sus órganos. Miles de veganos alrededor del mundo lloran por su diosa verde. Pero... ¿Alguna vez fue verde en realidad?".

Adela Chong Lam

EL DESQUITE

Octavio recorría las cinco calles de su casa a su pequeña tienda, evitando pasar por la escuela donde algunos niños le gritaban "Adiós, Federico", con risas y chiflidos burlones. Su aspecto regordete, con una pierna más corta que la otra, lo hacían verse grotesco cuando aceleraba el paso.

Su cara roja de rabia, el corazón palpitando fuertemente y siempre queriendo contestar las ofensas, daban la impresión de que explotaría en cualquier momento, pero callaba, con los gritos ahogándose antes de salir.

Varios meses después, la tienda se llenó de niños. Ya no le decían Federico, le decían Don Tavo, pues todos los días les regalaba una golosina. Y en su interior, se dibujaba una sonrisa.

Por fin pudo cobrar las ofensas de tantos años. Compró seis gallinas. Usaba sus huevos pero además su excremento seco para preparar una mezcla con piloncillo y canela. Los sumergía y los dejaba secar, para envolverlos en papel encerado y después regalarlos. Octavio se regocijaba al saber que muchos niños padecían fuertes dolores de estómago.

Un día llegó un pequeño, de nombre Alfonso, con un aparato ortopédico en su pierna izquierda, consecuencia de una poliomielitis. Parecía tener siete años, ya le mudaban los dientes de leche. El niño le preguntó que si era cierto que regalaba dulces.

Octavio lo miró y se sintió identificado por su discapacidad. Así que sí le comenzó a dar un dulce todos los días, pero sólo de los buenos, de los que no hacían daño.

Don Octavio supo que el niño vivía solo con su mamá. El abandono del padre lo entristecía, pero no lo mostraba, para no mortificar a su madre. El pequeño platicaba con Octavio todos los días, quien en su corazón lo adoptó, sin decirle nada a nadie.

De repente, Ponchito, como le decía de cariño, se ausentó por varios días. Octavio se preocupó tanto que investigó su dirección. Al llegar a su casa, lo recibió su madre, quien tenía un semblante sombrío.

Después de preguntar quién era y reconocer el nombre de quien en repetidas ocasiones su hijo le había hablado, una lágrima asomó a los ojos de la mujer y mencionó que Alfonso estaba en el hospital y necesitaba una cirugía urgente, para atender una apendicitis, pero el problema es que no tenía dinero para pagarla.

Octavio se apresuró, llegó al hospital y utilizó sus ahorros con el que pensaba comprarse una camioneta de segunda mano para pagar los gastos del pequeño. Rápidamente lo metieron al quirófano, mientras esperaba, rezó por él y pidió perdón por el daño a los niños aunque sólo hayan sido muchos retortijones.

Después de días de preocupación, Ponchito se alivió y junto con otros niños pudo ir a la tiendita por los dulces buenos. Y fue tanto el gusto de los niños, con don Octavio dejó de ser blanco de sus burlas.

Un día, el hombre sonreía, cuando a lo lejos, vio a dos niños ofendiendo a una pequeña, gordita y chaparrita.

"Hummm… ¡Esos niños tendrán mañana sus dulces especiales!", dijo para sus adentros.

HISTORIA DE UN FINAL FELIZ

Horacio llaga a su modesta casa, al meter la llave se oye el ruido de un vaso que cae. Entra y ve a su esposa Matilde en un rincón de la cocina, quien con el semblante pálido, mostrando terror, le señala debajo de la estufa:

—¡Se metió un ratón!

Él la mira molesto y le dice: —¡Pues ponle una trampa o compra veneno, no piensas, ni para eso sirves! —y la deja sola.

Matilde tiene fobia a los ratones desde que vivía en el orfanato Ical Piltoton, que significa "Casa de los niños" en idioma Náhuatl.

Horacio y Matilde fueron abandonados en ese lugar, nunca se supo quiénes fueron sus padres. Desde pequeños los unía la misma desventura y la misma melancolía. Se sentían bien uno al lado del otro.

A los 18 años de edad tuvieron que dejar el orfanato y se fueron a vivir juntos. Primero vivieron como compañeros, pero antes del año descubrieron que otro sentimiento florecía.

Se casaron hace doce años. Las ansias de Matilde de ser madre se ven truncadas mes con mes. La tristeza se va ensañando cada vez más en ese rostro de líneas suaves.

Las enseñanzas en el orfanato y los consejos que le daban, la hace vestir muy conservadora. Es bonita y esbelta pero

oculta su belleza natural . Sus enormes ojos castaños, sumisos, bajan la mirada cuando su esposo levanta la voz airado. Ni se atreve a mirarlo.

Horacio ha embarnecido, de físico musculoso, estatura regular, pelo castaño y lacio, sus cejas pobladas enmarcan el oscuro de sus ojos que a menudo muestran fiereza contenida, haciendo juego con unos labios delgados marcados con un rictus de disgusto que ya lo caracteriza.

Hace tiempo que la relación no es la misma, siguen juntos por ese pasado que los unió y pareciera que todavía hay un atisbo de amor entre ellos, que surge en muy raras ocasiones.

Matilde sufre de agresividad física e indiferencia de su esposo. Cuando le dice "¡Ni para eso sirves!" lo toma como una indirecta a su infertilidad, que al final de cuentas, no conocen la causa, pero el machismo de Horacio se lo achaca a su esposa.

Ella trabaja en una tienda de telas como dependienta. Horacio trabaja en una ensambladora automotriz, donde llegó haciendo limpieza y con el tiempo aprendió a ensamblar piezas. Es muy eficiente y últimamente trabaja horas extras los viernes.

Matilde pasa al mercado a comprar el mandado de la semana todos los viernes que cobra su sueldo. No debe olvidar comprar trampas o veneno para los ratones… sólo de pensar que se le atraviese uno, le da escalofrío.

Sube al autobús, está más cansada que de costumbre. Un brinco la despierta y se asusta al darse cuenta que está en el otro extremo de la ciudad, muy lejos de donde vive. Tendrá que devolverse en el mismo autobús, pero ahora se mantendrá alerta para bajarse en el lugar correcto, ya que el mandado pesa.

En la siguiente parada, con sorpresa ve a Horacio afuera de una pastelería. Está a punto de bajarse, cuando mira a una mujer joven que sale poniéndose el abrigo. Horacio la ayuda, la besa y abraza, sin dejar a dudas su relación. Se alejan haciéndose arrumacos.

El autobús arrancó y Matilde lleva tatuada la imagen vista y piensa: "Esas son las horas extras".

El viernes siguiente, Matilde le pidió el auto a Camila, su vecina, a quien en muchas ocasiones le cuidó a su bebé. Se tenían un gran aprecio.

Se estacionó cerca de la pastelería a esperar que aparecieran y así fue. Desde la ventana de vidrio, vio a Horacio elegir dos piezas del estante que mostraba los pastelillos desde la calle, de los bañados con crema y una cereza en el tope. Luego tomaron rumbo a la casa de la amante. Los siguió y tomó nota de la dirección.

Cuando se ponen de acuerdo el cerebro y el corazón, puede surgir algo inesperado o resolver algo esperado.

El martes siguiente, Matilde sale temprano y se va al cine. Verá el estreno de una película, aunque duran hasta diez días en cartelera, le gusta ir al estreno.

Llega a casa y busca debajo de la cama, saca una caja de zapatos donde guarda fotos y recuerdos. Recados de tiempos mejores, un te quiero, lo siento, te extraño, perdóname, feliz aniversario, feliz cumpleaños… y recordó cada momento alusivo a cada mensaje. Los volvió a guardar.

El jueves recibe Horacio un mensaje de que su amante lo engaña. Llega a su casa tan de mal humor que su cotidiana agresividad es más dura.

Al día siguiente, Horacio increpa y ofende a su amante en la puerta de la pastelería, sale el dueño y los demás empleados a defenderla y, disgustados, se van cada uno por su lado.

Matilde vuelve al mismo cine, con la misma película, se queda quince minutos y se retira, poniendo en el fondo de su bolso, la mitad del boleto de ese día.

El domingo llega la policía y se lleva detenido a Horacio. Su amante fue envenenada con un pastelillo, cuya caja tenía una nota escrita con letra de Horacio, que decía: *Lo siento*.

Tranquila, sentada en la sala de su casa, escucha las noticias sobre el suceso: el perito calígrafo certificó al autor de la

escritura y los testigos del pleito con las respectivas amenazas prestaron el testimonio que hundió a Horacio. Matilde suspira hondamente, cruza los brazos como abrazándose a sí misma o tal vez felicitándose y, con una estruendosa carcajada, festeja su liberación.

Ángel Corral Vega

SOLO SUEÑOS

Estaba solo frente a un granero rústico de gran altura. Lo observaba con detenimiento, tratando de absorber todos los detalles posibles antes de que la imagen cambiara, porque sabía que cambiaría. Un aire con brisa soplaba en todas direcciones sin ningún origen específico. Y ahí se hallaba él, contemplando la estructura del edificio, cuando la escena cambió de forma drástica como era esperado. Ya no se encontraba de pie, sino agachado, viendo en una dirección muy distinta a la original, desde el suelo. Ahora caminaba en cuatro patas, era un animal de extraño pelaje blanquecino y que hacía los ruidos más extraños que había escuchado en toda su vida.

De pronto una puerta se abrió a su izquierda. Una sombra alta cruzó el umbral con un artefacto de aspecto filoso en sus manos, listo para cumplir la cadena de la vida. El ser, de extrema palidez, como si tuviera una enfermedad que cambiara el tono de su piel, se acercó a él con un gesto macabro en su cara y una media sonrisa sombría asomando debajo de las sombras proyectadas sobre su rostro. Empuñó la navaja y alzó su brazo lo más alto que su flexibilidad le permitió y asestó la estocada final sobre el animal. Dio un grito tan fuerte que despertó de su profundo sueño, entre sollozos ahogados.

Su padre entró al cuarto, agitado y con visibles marcas de un sueño interrumpido en su cara.

—¿Qué pasó, hijo? ¿Qué tienes?

—Otra vez tuve esa pesadilla, papá, donde soy un animal de granja y un humano me mata para comerme.

Su padre suspiró, se sentó junto a él y puso la cabeza del niño sobre su pecho, envolviéndolo en un abrazo.

—Sólo fue un sueño, no tienes nada de qué preocuparte, porque nada es real. Además, ¿cuántas veces te tengo que decir que en la Tierra no hay vida?

EL ESCRITORIO VACÍO

Sentado en mi escritorio frente a la hoja en blanco, comienzo a escribir la carta que tantas vueltas ha dado en mi cabeza. Tomo mi pluma y la paso sobre la hoja con rápidos movimientos:

> *Hola. Soy yo, de nuevo. Espero te encuentres bien. Quiero disculparme por no haberme presentado a tu cita de ayer, estuve ocupado con algunas cosas del trabajo que me tuvieron allí hasta tarde. Pero llamé al doctor y a tus padres; me dicen que estás mejorando, y ¡no sabes cuánto gusto me dio oír eso! Sólo quedan dos sesiones de tus quimios y todo saldrá bien, te mejorarás, iremos a cenar y celebraremos con amigos. En serio me siento muy mal por no ir a verte. Eres una de las personas más cercanas a mí y aun así no estuve contigo. Siento haberme comportado de forma distante; hasta ahora me doy cuenta. La próxima vez estaré ahí contigo, lo prometo.*
>
> *Con cariño, M.*

Me hubiera gustado que leyeras mi carta. No estuve ahí cuando me necesitaste y ahora la culpa me carcome. Aún escribo las mismas palabras, con la esperanza de que algún día las leas y puedas perdonarme.

Doblo la hoja, la meto en un sobre y lo acomodo junto a los otros cinco. Uno por cada año desde tu partida.

Karely Gallegos González

ARREPENTIMIENTOS Y CONFESIONES

¿Alguna vez te has preguntado cómo sería si esa persona aceptara tus sentimientos? Todos los días miles de personas son rechazadas por las personas que ellos creen que son las indicadas, unos se conocían desde hace años, otras solo semanas o meses, y uno que otro solamente horas o días. Pero todos estamos de acuerdo en que, mientras más pase el tiempo, más profundo se vuelve y más duro es de olvidar.

Por supuesto, no hay que olvidar a las personas que ni siquiera han declarado sus sentimientos por diversas razones: tener miedo a perder la amistad, hay otra persona en el corazón de tu amado, etcétera, no es rechazo pero actúan como si lo hubiera sido.

De igual forma, demos un minuto de silencio por los que ni siquiera les declararon directamente sus sentimientos y por culpa de alguien más llegó el mensaje de manera sorpresiva.

Todas las historias de amor, ¡bueno! la mayoría, no hay que generalizar, ¿cierto?, son basura, mi querido amigo, en noventa por ciento de los libros de romance adolescente no hay casi ninguna pizca de realismo y solo te dejan idealizar algo que es casi imposible que te pase.

Así que hoy te traigo una historia realista que hará que recuerdes esas noches donde ni siquiera la luz de la luna era

suficiente para ver la vida desde otra perspectiva menos negativa. Esta es mi historia, aunque será menos agradable, tal vez te puedas identificar con ella.

Él es Nicolás, no es ni invisible ni llamativo, sólo es Nicolás y punto. Ha sido mi amigo por menos de un año, no ha hecho nada relevante ni nada por el estilo, simplemente me agrada su forma de ser, de expresarse, tenemos gustos en común y, bueno, físicamente hablando me da igual, puede estar manco, desfigurado, no me interesa, solo me interesa su esencia y lo que transmite.

Ya he pasado por la etapa de fantaseos en tiempos fuera de lo común, de escuchar canciones suaves, de escribir tal vez…

Lamentablemente, un día, durante una salida con unos amigos, me determiné a decirle de una vez por todas que era lo que verdaderamente sentía, y aproveché que éramos los últimos que quedábamos para poder quitarme este peso de encima. Las manos me sudaban, estoy casi segura de que mi cara transmitía terror, nada que ver con el panorama que quería crear… Espera, ¿panorama? Por favor, ni siquie— ¡ah, olvídalo!, volviendo a la historia.

No sé de dónde saqué las agallas para hablarle, pero estoy segura de que se me puso la mente en blanco después de eso. Ya sentados, traté de formular palabras, pero no podía, tenía mucho miedo.

Hizo un sonido raro y preguntó: — ¿Qué pasó? ¿Qué me quieres decir?

Lo miré con ojos de búho y solo pude articular unas palabras.

—Espera… es complicado, déjame acomodar las ideas —dije con una risa nerviosa.

—Ok.

¡Ay no! Perfecto, ¿ahora en qué lío me metí? Todo por ser una bolsa viviente de impulsos, buen trabajo… ¿ahora qué hago? Tengo que pensar en algo rápido para que no se

vea más raro e incómodo, ok… Ok, tengo que... ¡No! ¿Qué estás haciendo?

—Me gustas —dije rápida, pero lo suficientemente lento para que me entendiera.

Pude ver cómo le dio un pequeño infarto, mientras me miraba a mí y todo lo demás al mismo tiempo.

—Pero… ni siquiera me conoces, te estás enamorando de un espejismo.

—Entonces déjame conocerte, no te pido que me quieras ahora, sólo dame una oportunidad.

—Es que tú tampoco lo entiendes, yo también estoy enamorado de alguien más.

¡Auch! Eso dolió un poco, ¿un poco? Mucho para ser exactos. Sentía cómo mi yo interno se iba a llorar al rincón.

—¿Y ya le dijiste? —fue lo único que se me ocurrió.

—Sí —al responderme, sentía cada vez más nervios… ¿pero qué hice?

—¿Y qué te dijo?

—Me… dijo que… no.

—Entonces, ¿por qué sigues ahí? Ya te rechazó —le contesté con tono de obviedad.

—¿Por qué sigues aquí si yo también te rechacé?

Me quedé sin palabras, como si algo me hubiera mordido la lengua. No sabía si reír o llorar por esta situación tan realista y simple o por la ironía de la vida.

—Porque me importas… por supuesto, pero hay una diferencia tan grande entre tú y yo, y es que el día que ya no puedas más y voltees atrás, me vas a encontrar a mi esperándote. Mientras que el día que yo me rinda, voltearé hacia atrás y no habrá ni un fantasma esperando mi llegada —le dije con un nudo en la garganta—. A veces es mejor dejar ir, si la situación simplemente no se puede dar.

—¿Por qué no aplicas esos consejos conmigo? —me dijo suavemente, pero un poco perdido.

—Todos los días me hago esa pregunta, ¿cómo puedo ser

tan hipócrita como para darte ese tipo de consejos cuando yo estoy peor? Pero bueno, volvemos a lo mismo, me importas y no quiero que sufras.

—¿No dicen que primero te tienes que amar a ti para amar alguien más? —me cuestionó con un cierto aire distante de tristeza.

—Cuando quieres, siempre pones a la otra persona delante tuyo, eso no significa que no tengas autoestima, le duela a quien le duela.

—Creo que tienes razón.

Hubo un silencio mezclado con incomodidad y aceptación, ya no sabía qué más decir. Así que decidí levantarme y alejarme lo más rápido posible de la escena.

—¡Oye! —me gritó.

—Dime —volteé.

—¿Por qué yo? Ni siquiera hablamos tanto y solo nos hemos visto unas cuantas veces, ¿no estarás confundida? —me preguntó extrañado.

—Respondiendo a la primera pregunta, ¿en serio no sabes? Eres la personificación de lo que yo he siempre buscado, no te diré a detalles porque no tiene sentido. La segunda, no, no estoy confundida, puede que tú conozcas más a esa persona que te gusta, pero eso no le quita mérito a lo mío. De igual forma, yo no puedo decir que te amo porque sería mentira, estoy enamorada de la imagen que tengo de ti y por eso me gustaría conocerte.

Cuando terminé, se me quedó mirando, asintiendo la cabeza lentamente evadiendo mi mirada.

—Lo siento y gracias —dije cortante.

Con eso, bajé las escaleras y me quedé en un rincón de la plataforma de la plaza, pensando… pensando… pensando mientras lágrimas caían de mis mejillas por la desesperación, pero a la vez sentía tranquilidad de haberlo sacado todo. Después me empezó a dar un retorcijón en el estómago, sabiendo que de seguro les diría a todos nuestros amigos y es-

tos correrían la voz de lo que sucedió y todos se burlarían de mí. ¡Perfecto!

Me sentía tan mal, la cara se me caía de vergüenza de encontrármelo de nuevo, me sequé las lágrimas y me subí al autobús, quería que el ruido de las canciones del radio del chofer me sacase de mi transe o algún chisme de una de las señoras con mandil, pero nada. Solo quería llegar a mi casa y desahogarme.

—¿Cómo te fue? —preguntó mi mamá.

—¡Bien! —le dije con una sonrisa falsa y asintiendo la cabeza—. Solo que estoy cansada, me voy a dormir un rato.

—Ok —contestó.

Me fui a mi cuarto, puse música con mis manos temblorosas y en el momento que toqué la cama, dejé que mis pulmones se desahogaran a un volumen moderado para que se mezclara con la música.

Duré así un buen rato, más bien todo el día, y el siguiente… y el siguiente.

Hasta que regresé a clases, se me caía la cara de la vergüenza, sentía cómo todos me miraban y juzgaban silenciosamente, hasta el gato de la calle.

Entré a mi salón como si nada y el día continuó normalmente, hasta el receso, que decidí quedarme adentro para evitarme situaciones incómodas.

Todo iba tranquilo, comía mi fruta reflexionando sobre lo que le había dicho por la centésima vez, distraída, no me di cuenta de que estaba parado a lado mío.

—Oye… —con eso tuve suficiente para saltar sorprendida de mi asiento.

—¡Me asustaste! —le reclamé.

—Perdón —añadió—. Lo que me comentaste el otro día, me hizo pensar que estaba actuando mal, solo venía a decirte que gracias.

—No, de nada, no… ¿hay de qué? —No sabía qué responder, era algo tan extraño, aunque lo agradezco, pero eso no le quita lo inusual.

Asintió su cabeza y movió su mano como despedida, mientras se dirigía hacia las escaleras. Me quedé ahí sentada con mi jícama sin saber qué decir, hasta que me recargué confundida y aturdida. Volvió a sonar el timbre y continuaron las clases.

Al finalizarse las horas de escuela, tomé mi bicicleta mientras veía cómo platicaba con sus amigos, sonreí levemente y me dirigí hacia mi casa escuchando música con los hombros caídos, atormentándome mientras pensaba y pensaba.

A UNA PUERTA DE DISTANCIA

Mi madre desde joven siempre trabajó en un burdel, hasta que, por accidente y desgracia de la humanidad, nací yo. Por supuesto nunca me cuidó y me dejaba siempre con doña Virginia, una viejecita solitaria de unos 70 años en ese entonces. Crecí y nunca fui a la escuela, solo aprendí algunas cosas por doña Virginia.

Siempre me ponía a vender paletas de cajeta en los semáforos, pero eso sí, nunca sucia, doña Virginia siempre me mantenía limpia.

Desde entonces, todas las mañanas me levantaba temprano y duraba hasta la tarde-noche vendiendo todo lo que pudiera. Mi madre se la pasaba en los burdeles de más mala muerte del pueblo, quitándome el dinero para gastárselo en sus adicciones. Varias veces me dejaba sin comer, así que aprendí a esconderlo en diversos lugares, desde el típico abajo del colchón, hasta en el hueco de una silla.

Toda esta vida miserable cambió por completo a mis 17 años, cuando mi madre tuvo otro embarazo no deseado. Después de muchos intentos fallidos de abortar, nació mi hermosa hermanita Elena, era tan tierna y cachetona, lo mejor de todo eran sus ojitos de limón. Le trajo mucha alegría a mi vida y me dio un motivo para salir adelante.

Pero había un problema, mientras más crecía, más se me complicaban los gastos. Mi madre se iba quedando con cada vez más dinero, y solo la mitad de lo que ganaba era para mí y Elena. Tenía que encontrar una solución, no siempre me iban a fiar la leche o los pedazos de tela para sus pañales.

Pasaron los días y me encontraba normalmente vendiendo las paletas en el semáforo, cuando pasó un retén —o como le dicen por mi barrio: "ratén"—. El policía estaba gordo y se veía grasoso. Por tonta me le quedé viendo. Al sentir mi mirada me hizo una cara de asco y se bajó de su *pick-up* agarrándome del brazo dolorosamente mientras me subía a la cajuela y me esposaba. Ni siquiera tuve tiempo de reaccionar o gritar, estaba petrificada y muerta del miedo. El policía se alejaba junto conmigo mientras veía a mis pobres paletas tiradas en el suelo con lágrimas en mis ojos.

Como era un pueblito medianamente chico, no había nadie más en mi celda, para mi suerte. esperé ocho días para salir, pero de alguna forma ya me había acostumbrado a ese solitario lugar. Al noveno, me desperté en el frío y duro piso de la sucia celda tratando de quitarme el polvo de la cara. Rápidamente me puse de pie, hoy era el día, el último día que estaría encerrada en esta pocilga, me habían dicho que sería libre a las 8:00 a.m. Cuidadosamente me asomé por las rejas y alcancé a ver al reloj que apuntaba que faltaban 2 minutos.

Para muchos salir de la cárcel sería como un milagro, estarían llenos de felicidad y lujuria al saber que muy pronto podrían ser libres. Ese no era mi caso exactamente, sabía que en el momento que saliera de aquí, en mi casa sería igual o peor que el mismo infierno. Mi madre trataría de quebrarme una de sus botellas de cerveza en mis brazos de nuevo si me volviera aparecer en la casa después de no haber dejado rastro mío por varios días, y peor aún, con las manos vacías.

Pero no me importaba lo que me hiciera, yo solo quería ver cómo estaba Elena, mi razón de existir. Mi pequeña hermana de apenas unos ocho meses, de tez aceitunada y unos

hermosos ojos verdes, los cuales siempre me gustaba ver. Era tan diminuta, yo siempre la cuidaba, y ahora que ya tenía la mayoría de edad planeaba algún día escaparme con ella. Sabía que en unos años mi madre también la haría ponerse a trabajar, y no permitiría eso.

Finalicé todo el proceso y salí de la cárcel, era un sentimiento extraño, pero traté de hacerlo a un lado y empecé a correr rápidamente hacia la casa. Al abrir la puerta y dar un vistazo, me percaté que Elena no estaba en la habitación.

—¿Dónde está? —Volteé a ver a mi madre que estaba sentada en la mesa.

—¡Ah, por fin llegas, mantenida! —me respondió con el cigarrillo en la boca.

—Te estoy preguntando, ¿en dónde está?

—¡A mí no me hablas así!

—¡¿Dónde está?!

—¡¿Quién?!

—¡Bien que sabes! ¿Por qué te haces?

—A ver, bájale, a mí no me gri–

—¡¿Dónde está?! —Le grité desesperada, interrumpiéndola.

—¡Que te calles, a mí no me asustas niña, yo soy la que te debe de dar miedo!

—¡Dime qué le hiciste!

—¡Qué te importa, ya vete a trabajar!

—Dime…por favor, dime —le imploré con la poca dignidad que me quedaba.

—Ay, ¿ahora sí eres buena niña? —Me dijo burlonamente.

—¡Por favor!

—¡La vendí! ¡¿Ya te puedes callar?!

—¡¿QUÉ?! ¡¿Qué te pasa?! ¡¿Cuál es tu problema?! ¡¿Qué tienes en la cabeza?! —le grité sintiendo que el mundo se me venía encima.

—Tú cállate, es mi hija, y yo puedo hacer con ella lo que quiera.

—¡NO es tu hija, es MÍA! ¡Yo siempre la he cuidado! ¡Es mía, no es tuya! ¡¿Dónde está?! ¡¿A quién se la vendiste?!

—¡Mira, mocosa, lárgate de una buena vez! —exclamó señalando a la puerta con su cigarrillo.

En ese momento mi rabia explotó y le aventé una silla al pecho. Al golpearla, salí disparada al lavabo de la cocina y en un hueco de la parte de abajo saqué su droga. Tomé un encendedor de la mesa.

—¡No te atrevas!

—¡Dime dónde está o quemo tus porquerías, y bien sabes que soy capaz de todo!

—¡A los de la Casa Rosa!

—¡¿QUÉ?! ¿Sabes qué? ¡Toma tus porquerías!

Ya no me importaba nada, en ese momento mi cabeza sólo era para Elena. Sin piedad acerqué toda la droga al encendedor y esta empezó a incendiarse. Mi madre lanzó un chillido y quiso abalanzarse hacia mí, así que aventé la bolsa que ardía y salí corriendo en dirección a la Casa Rosa escuchando de fondo los gritos desquiciados de mi madre.

Al llegar, pasé a los hombres de seguridad ignorando sus gritos mientras les aventaba piedras en la cara para distraerlos para así poder brincar la barda y entrar. Cada paso que daba sentía cómo mi corazón se me iba a salir del pecho. Entonces vi reflejada a una señora que portaba un vestido crema mientras cargaba a mi hermana que llevaba un vestido con mariposas azules. Al verme correr en su dirección su semblante de tranquilidad cambió.

Con más energía corrí hacia la casa, estaba a punto de tocar el picaporte cuando una bala impactó mi cabeza. Caí estrepitosamente al suelo, a solo una puerta de distancia de mi hermana.

Ana Sophia García-Cubas Assemat

CARTA DE UN VIEJO ARREPENTIDO

Posa el bolígrafo sobre la hoja en blanco. La hiel de la ciudad entra por la ventana, cae sobre su rostro y baja por su columna en riachuelos, asenta raíces en su espalda. En algún lugar de la vecindad algo gotea y hace eco con las paredes del cuarto estéril. Una mancha de tinta crece lentamente bajo la presión de su mano. La hoja no contiene ni una de las palabras que se encuentran en su mente, no quieren abandonar el corazón en el cual se han podrido los últimos cuarenta años. Se cuelgan de sus dedos como niños en su primer día de clases y él las deja columpiarse. Todavía no sabe si en verdad quiere que salgan o si es solamente capricho de un viejo. Sólo tiene la certeza de querer colocarlas en algún lugar antes de que se vaya, dispuesto a hacer con ellas lo que nunca hizo conmigo: dejarlas ir.

San Miguel de Allende, 1926 – Buenos Aires, 2007

Esto que está intentando escribir no es nada fácil.

Ésta es su vida.

Fue.

Es.

Todavía no decide. Supongo que fue.

Ese guion que se encuentra entre esos dos datos conforma toda su vida, cada momento de ella. ¿Cómo es posible que ochenta y un años se encuentren en un símbolo tan in-

significante? Su primer día de clases, el traje que usó en nuestra boda, el balón que le dio su padre, la risa de su madre, su pintura azul cobalto casi vacía, el primer cuadro que logró vender, la primera galería que llenó, la familia que formamos; todos se encuentran dentro de esas gotas de tinta.

Esto me causaría menos inquietud si fuese representado de otra manera. No puedo ver su vida en una línea, plana y sin chiste, muerta. ¿En una pintura? Quizás. ¿En un vals? Probablemente. Pero no, toda su existencia debe ser sumada en esa mísera línea. Como si el mundo no pudiera cederle mas que el mínimo reconocimiento por su existir, como si no hubiera arrebatado lo suficiente de su atención como para merecer su pena, como si hubiera sido insignificante —*porque lo fue*—. Por eso está escribiendo. Cuando nadie se acuerde de él, por lo menos quedará algo más de historia detrás de esa línea. Habrá un récord físico que muestre que, aunque haya sido demasiado tarde, lo intentó.

Nací en San Miguel de Allende hace ochenta y un años. Moriré en Buenos Aires, lejos de mi hogar.

Su semblante cambia de determinación a derrota; sus delgados hombros se encorvan en sí, su mirada se muda del papel a la ciudad fuera de la ventana. Está lloviendo ligeramente, mas el sol se asoma entre las escasas nubes dando la ilusión de que está lloviendo sin ellas. Cuando vivía le conté que mi madre llamaba a esta ilusión de un día soleado agobiado por la lluvia "lágrimas de huérfano" mientras él intentaba retratarlas en un cuadro. Él término le sorprendió. Siempre se considera a la lluvia como las lágrimas de un ser mítico, de un dios, de un arcángel: ¿qué terribles penurias debe sufrir uno para que sus lágrimas desborden las nubes? ¿O debe ser una desolación tan profunda que solamente un ser abandonado por el mundo entero puede llegar a desfigurar el cielo con su dolor?

El cuadro del que hablo se encuentra recargado contra una pared, incompleto. Es, o era, para su madre, un regalo

de cumpleaños, pero nunca llegó a eso. Su madre murió unos meses antes de su aniversario y nunca pudo concluirlo. Morí antes que ella, así que presencié su duelo a través del fino, pero inquebrantable velo que nos ha separado por más de dos décadas. Vi todas sus lágrimas sin poder enjugarlas, su soledad sin poder sostenerlo, su pérdida sin poder salvarlo.

Mi madre fue una mujer imponente de carácter fuerte, pero yo era su hijo menor, el chiquiado de la familia, y siempre encontró amor para mí.

El cuadro muestra una imagen casi idéntica a la que se encuentra afuera de la ventana. Un cielo azul Alicia teñido levemente de rosa en el horizonte, las nubes dispersas a través de él y unas gotas de lluvia que resplandecen doradas en la luz del sol. Una calle se encuentra bajo el cobijo del cielo, pero ésta ni siquiera fue plasmada más allá de los trazos de un lápiz tímido; un vacío de canvas blanco ocupa el espacio de los árboles y adoquines. Mi opinión no es muy objetiva que digamos; a mí siempre me gustaron sus cuadros, pero pienso que este pudo haber sido uno de sus mejores, si hubiese encontrado la voluntad para terminarlo. Es un cuadro melancólico, nostálgico. A su madre no le hubiese gustado que le pintaran un cuadro con esas cualidades. A mí no me gusta que él se llene de melancolía y nostalgia.

Lo amo, pero dudo que su idea rinda frutos. ¿Quién queda como para que le dedique su vida?

Rubén era un buen hermano, siempre sonriendo. Una vez guardó el dinero de lo que ganaba boleando zapatos por semanas con tal de regalarme unos gises y una gorra nueva para mi cumpleaños. El día de su muerte me acercó un poco más a la mía.

Se levanta de su silla con toda la gracia y fluidez que le otorgan sus frágiles huesos. Le dije mil veces que no trabajara frente a la ventana porque el frío le acalambra el cuerpo, pero si en vida no me escuchó, ¿cómo lo va a hacer en muerte? No sé por cuánto tiempo ha estado inmóvil, quizás horas, quizás

minutos; el tiempo fluye diferente cuando eres simplemente un espectador. De todas maneras sé que él no tiene prisa de llegar a ningún lado, no hay ningún lugar donde deba estar, nadie lo está esperando en un café o en un parque, nadie está contando con su presencia en alguna reunión, nadie se está preguntando por qué no he llegado. Nadie busca su compañía.

Es un hombre meticuloso y sabe bien lo que hace. Nada lo detiene después de que ha tomado una decisión, mucho menos una decisión como esta.

Ha dejado de llover, pero a quién le importa la lluvia cuando ni siquiera se puede encontrar la voluntad como para llorar en nombre de los años desperdiciados.

Odio verlo así. Un alma de artista encerrado en un cuerpo que ya no puede guiarme en un vals, mirando a través de ojos que sólo distinguen sombras. Sus manos no son las suyas, son las de un viejo al que se le ha olvidado cómo sostener un pincel. Sus pies descalzos no le causan frío, son los de alguien que ha olvidado las noches de festival. Su corazón ya no me llama, es el de un niño que nunca aprendió a olvidar.

Mi infancia la viví con mis hermanos en el patio de mi casa; mi adultez, por mi cuenta en países extraños. La recámara es pequeña, igual que el resto de la casa, no nos alcanzaba para mucho con sus cuadros, pero no vinimos a Buenos Aires con la intención de vivir como reyes, solamente con la de vivir.

Yo era todavía un niño cuando comenzó la guerra. Le pregunté a mi madre qué estaba ocurriendo y ella me dijo que no me preocupara, que las balas no me alcanzarían en México.

Álvaro siempre quiso ser pintor, a su madre siempre le gustó el arte. Ella decía que la única manera de conocer verdaderamente a alguien era observando lo que creaban con sus manos y alma. Cuando le pregunté qué había creado, me dijo que Álvaro y sus hermanos eran sus obras de arte, y San Miguel, su galería.

Ella me dijo, un día mientras preparábamos la cena de Navidad, que a todo se le podía encontrar belleza. Que las

arrugas en las caras de los ancianos son los surcos marcados por los años en los cuales se siembran las semillas de los recuerdos. Que las pelotas de fútbol ponchadas son globos a los que se les salieron los sueños. Que los libros amarillos y viejos que se caen a pedazos son viajeros del tiempo estancados en eras ajenas. A pesar del paso de los años, sigo intentando encontrarle la belleza a todo, pero presiento que Álvaro ha olvidado cómo hacerlo.

Finalmente se mueve, y opta por sentarse en la cama, encima de la colcha que tejimos entre su madre, su hermana Aurelia y yo. Su espalda se encorva bajo un yugo que es invisible para mí, pero insoportable para él.

Al haber sido el pilón de la familia, los únicos hermanos con los que conviví fueron Rubén y Aurelia. Y si Rubén era un sueño de hermano, Aurelia era una pesadilla.

El haz de luz que entra por la ventana llama mi atención. Pequeñas motas de polvo flotan en él y parece que forman palabras fuera de mi alcance. Me imagino que escriben poemas.

Intentaría contarle esa imagen si no fuera consciente de la futilidad de la acción. A pesar de que lo he acompañado los últimos veinte años, nunca he podido hacerle saber que estoy aquí. ¿De qué me sirve ver si no puedo actuar o hablar si no me pueden escuchar? Mi mano cuelga a mi lado tan inútil como un paracaídas en una alberca. Me pesa, me jala hacia el piso.

Me gustaría que finalmente me jalara hasta donde pueda descansar, con o sin Álvaro.

Que rara idea, motas de polvo escribiendo poemas.

No sé cuanto más tiempo lo pueda esperar.

El día que conocí a Ofelia fue un lunes. Ella estaba vendiendo flores junto a los escalones de la parroquia de San Miguel Arcángel, y le compré una rosa para regalársela.

Se levanta de nuevo, coge su bastón, y comienza el laborioso trayecto a la cocina. Le sostengo el brazo, y aunque sé que no puedo brindarle fuerza, nunca se ha caído mientras yo lo escolto.

Nunca me encantó la casa, es un edificio viejo en una vecindad atestada de gente, pero me gustó la cocina después de que me pintó unas flores en las paredes y alacenas. Después de veintiséis años de uso las flores están agrietadas y descoloridas, iluminadas vagamente por la luz gris del cielo nublado. Un trueno retumba en la distancia, pero la luz del relámpago no toca el cuarto.

Ofelia amaba las flores, y mientras estaba en tratamiento, yo iba y le compraba unos jacintos morados, sus favoritos. Cada semana voy a su sepulcro y le dejo un ramo nuevo.

Nunca fue mi intención dejarlo solo.

Mis recuerdos de ella no han perdido el brillo en los años que lleva muerta, son como copas de plata sacadas tan frecuentemente de la vitrina que no alcanzan a llenarse de polvo, sin embargo, siguen siendo pulidas con cariño cada vez que caen en mis manos.

El plan era llegar a viejos juntos, viajar el mundo, colorear el cielo.

Me acuerdo de la tarde en que la conocí, con un pañuelo sobre su cabeza para detener a sol, y unos ojos que brillaban con más luz que éste.

Todavía tengo la rosa que me compró en nuestra primera cita frente a la iglesia.

Me acuerdo del día de nuestra boda, en el que a Aurelia se le olvidó el ramo de flores, y Ofelia se hizo uno con las que crecían fuera del templo. Caminó por el pasillo aguantándose la risa y yo la esperaba tragando las carcajadas.

No hay peor infierno que presenciar la lenta y dolorosa muerte del que ama, pero él vio la mía, y ahora yo tengo que ver la suya.

Me acuerdo del día que nació Joaquín.

Me acuerdo del día que nació Joaquín.

Me acuerdo del día que bailamos un último vals.

Me acuerdo del día que bailamos un último vals.

Me acuerdo del último día que pasé con ella.

Me acuerdo del último día que pasé con él.

Ofelia me amaba, y yo a ella. La única esperanza que me queda es encontrarla en otra vida. Si fuera capaz de gritar, no hubiera estrella en el universo que no escuchara mi eco.

Después de un rato me doy cuenta de que se ha hecho de noche. La única fuente de luz es la poca que entra por la ventana, los reflejos de la luz de la ciudad, pero no son lo suficiente como para iluminar todo el cuarto. Sigue recargado en la oscuridad, escuchando el ligero traqueteo de la ventana en su marco, del goteo que retumba de quién sabe dónde, disfrutando de la compañía de las siluetas que habitan el cuarto.

Me fuí a vivir a Estados Unidos cuando tenía veinticuatro años. La mayoría de mi dinero se iba a San Miguel, donde me esperaban Ofelia y nuestro recién nacido, Joaquín.

No ha pagado la luz en meses, no hay dinero, así que enciende una de las pocas velas que se encuentran bajo el lavabo y la coloca en el candelero de plata que nos regaló su madre cuando nos casamos.

Se dirige a la sala, que es el tercer y último espacio de la estrecha vivienda. Se encuentra inafectado por el paso del tiempo, sigue acomodado como la primer semana que llegamos. Todo se encuentra limpio y en su lugar. Incluso después de que morí, él siguió limpiando el cuarto. La sala es como una cápsula del tiempo siendo abierta por el último sobreviviente de esa época. El florero de mi abuela, que siempre tiene flores frescas; los zapatos bañados en bronce de Joaquín, donde dio sus primeros pasos; los cojines bordados por su madre, con poca habilidad cabe decir; el sillón tapizado en flores que encontramos en un mercado cuando nos mudamos; las fotos en las paredes en sus marcos de plata y madera, los ojos de los muertos se clavan en mí, saben que no pertenezco.

Joaquín siempre quiso más a su madre. ¿Cómo iba a amar a un padre que sólo conoció por escrito?

Él amaba a su hijo, pero Joaquín nunca se pudo forzar a sí mismo a amarlo.

Cuando nació nuestro único hijo, mi padre enfermó, y Álvaro no ganaba lo suficiente como para mantenernos a todos. Así que se fue a San Antonio, Texas, y consiguió trabajo en la compañía de distribución de mi primo.

Las visitas a San Miguel de Allende eran cortas, y solamente pudo regresar del todo después de diez años. Para ese entonces, mi padre estaba muerto y Joaquín consideraba a Álvaro más un tío que un padre, una brecha que nunca pudo cerrar. Él solamente veía al hombre que nos había abandonado, el hombre por el cual yo lloraba todas las noches.

Cuando Álvaro regresó, nos dispusimos a hacer buen uso del tiempo que perdimos. Él siempre quiso ser pintor, y yo siempre quise viajar. Nos esperamos a que Joaquín fuera mayor, y ahorramos lo más que pudimos para pagar una buena universidad y dos pasajes en un barco dirigido a cualquier lugar en el mundo fuera de nuestra amada, pero pequeña, ciudad.

Cuando nos mudamos a Buenos Aires, Joaquín nos ayudó a acomodarnos las primeras semanas. Se quedaba a dormir en la sala.

Siempre que nos venía a visitar, la sala se volvía su cuarto.

Cuando morí, Joaquín dejó muy claro que pensaba que era culpa de su padre.

No se han vuelto a ver desde mi funeral.

Hasta el día de hoy espero una carta de mi hijo.

Mientras estuvo en Estados Unidos viví con miedo. Miedo a que no regresara a San Miguel. Miedo a que lo descubrieran los agentes de migración. Miedo a que cuando regresara ya no me amara. Miedo a que Joaquín ya no lo reconociera.

Cuando me diagnosticaron con leucemia tuve miedo, miedo a morir. Álvaro tuvo miedo de quedarse solo.

Ni siquiera existo en recuerdos.

Ahora, solamente tengo miedo de lo que podría hacer si nadie lo detiene. Espero que me puedas perdonar, hijo.

Se pone su saco y botas. Da un último vistazo a la sala y cierra la puerta tras de sí. Baja mecánicamente las escaleras del edificio. Sale, y lo primero que siente es el viento helado en su rostro; lo segundo, el cielo quemándole los ojos.

Cruza parques, familias, empresarios, vendedores, artesanos, artistas. Todo parece brillar con luz propia. Camino a su lado. Me siento como una impostora. Me siento como una falsedad en un mundo de verdades. Todas estas personas son amadas por alguien, recordadas por alguien, a mí sólo me quedan personas por recordar.

Después de unos minutos de luchar con el gélido viento que intenta convencerlo de desistir en su viaje, se encuentra con don Ricardo, el florista. Su sonrisa es fácilmente lo más cálido en ésta ciudad.

—Buenos días, don Álvaro —dice con ánimo—. Me temo que los jacintos que me pidió no han florecido todavía, pero me acaban de llegar unos jazmines que creo que podrían cumplir con su cometido.

—No se preocupe, don Ricardo, el punto es no llegar con las manos vacías. ¿Cuánto va a ser?

Unos cuantos minutos después, con unos jazmines en mano, llega al cementerio. No le toma mucho tiempo llegar a mi tumba, es la que tiene unos listones atados en el ángel encima de la lápida. Ahora están empapados por la lluvia de ayer, y las flores que dejó la semana pasada, un ramo de alhelí blanco, están más que marchitas.

Toma del bolsillo de su saco una caja de cerillos y enciende la veladora en la base de la lápida. Intercambia los alhelíes por los jazmines, y el mundo se detiene un poco a nuestro alrededor. Siento que si en este momento le hablara, escucharía mi voz.

No pasamos mucho tiempo frente a mi lápida. Álvaro recita una simple oración, y comienza a caminar por las calles y bocacalles que nos adentran más en la ciudad.

Eventualmente vamos a parar frente al Riachuelo, en medio del puente Alsina. Las aguas del río fluyen sin prisa bajos sus pies.

Coloca la carta sobre el barandal del puente, encima acomoda un cuadro pequeño, no más grande que mi palma, con un jacinto morado pintado sobre él. Se asegura de que la carta y el cuadro no se vuelen con el viento.

Veo a Álvaro tomar una respiración profunda, preparándose para que el tirón de la gravedad cumpla su cometido y siento cómo mi pecho se llena por primera vez en veinte años.

Espero que tomes esto por lo que es, Joaquín, una carta de un viejo arrepentido, que lo único que te pide es tu perdón.

Nací para amarlo, morí para perderlo, y finalmente, lo he recuperado.

Carlos González Oronia

RANÍCULA

Hace tiempo que no estaba en un hospital. De hecho, no podía recordar la última vez en la que había estado en uno, tal vez era porque siempre había sido del tipo de persona que no se enfermaba mucho. Aún así, y a pesar de eso, no necesité enfermarme para terminar ahí.

El chirriante sonido de las ruedas de mi silla perforaba el lúgubre silencio del pasillo, similar a un alfiler que perfora el centro de una hoja negra. La enfermera que empujaba mi silla me dirigió a una habitación rectangular en la que había muchas camas y un baño al fondo, lo que me resultó curioso, puesto que creía que todas las habitaciones en los hospitales eran individuales, pero, pues, qué iba yo a saber de hospitales.

Cuando le pregunté a la mujer para qué me llevaba a ese lugar, me dijo que aguardara unos momentos ahí mientras el doctor llegaba para recibirme, yo asentí y la mujer se retiró del cuarto. Entonces moví las ruedas de la silla con mis manos y avancé hasta una de las camas del lugar, me aparqué y levanté los ojos en búsqueda de alguien más, pero todas las camas estaban ordenadas y no veía las cosas de nadie por ningún lado, así que supuse que solo estaba yo, lo que me causó tranquilidad.

En este mismo estado cerré mis ojos y pasé mi mano por encima de mi rodilla derecha, aún me dolía, se notaba tanto

la fractura. Abrí mis ojos y puse mis manos en los reposos de la silla, perdí mi mirada en la pared lisa color blanco, pensando en nada. Pero entonces, la voz de un extraño interrumpió en mi tranquilidad y me arrancó de ella con una intrépida violencia.

—¡Hey! —dijo un hombre que salió del baño—, no sabía que había alguien aquí.

—Hola —le contesté un poco alterado—, me asustaste, tampoco sabía que había alguien más aquí.

El hombre, de piel morena y cabello amarillento, se acercó y se sentó en la orilla de la cama más cercana.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó.

—Me fracturé la pierna, me harán unos análisis y ese tipo de cosas.

—Oh.

—¿Y tú? —le pregunté de vuelta.

—Sinceramente no lo sé, llegué hace poco y me pasaron acá.

—Mmm —respondí mientras analizaba lo que me dijo— pues básicamente es lo mismo que me pasó a mí.

—Ah, eso ya lo sé, me llamo Ranícula por cierto, dime "Rani".

—¿Ranícula? —contesté con un poco de risa— Me parece un nombre inusual, nunca lo había escuchado.

—Sí, me lo dicen mucho.

—Bueno, mi nombre es Alfredo —le respondí.

—Mucho gusto, Alfredo.

Estiré mi mano como señal de querer estrechar la suya, pero el hombre no se acercó más y yo no me iba a parar, por lo que solo regresé mi mano de donde la había sacado.

Estuvimos en un silencio algo incómodo, yo solo veía el piso o la pared, Rani mantuvo todo el rato una sonrisa y una mirada fija en mí, me desconcertó un poco y le iba a decir que lo dejara de hacer y antes de que pudiera decir algo, él habló:

—Y, Alfredo, ¿qué opinas sobre la demencia?

—¿La qué? ¿perdón? —le contesté intentando recobrar mi atención.

—La demencia, ya sabes, volverse loco.

—Bueno —le contesté—, creo que nunca me habían preguntado eso, pero pues no creo que se pueda tener una opinión real si…

—A mí me da miedo —Rani interrumpió.

—¿Miedo? —le contesté— ¿Miedo por qué?

—Miedo a terminar demente —contestó Rani.

—¿Por qué?

—Bueno, verás. Me aterra no poder distinguir entre lo que es real y lo que es falso, y más porque no podría realmente saber qué tengo algo porque a fin de cuentas, el que es demente nunca sabe que lo es.

—Entiendo —le respondí.

—A veces me pongo a pensar —continuó Rani—, si será mejor morir antes que permitir que tu cerebro se deteriore y vivir una mentira, sinceramente me parece hasta deprimente.

—¿Y cómo sabes que no estás demente? —le dije en forma de broma.

Rani quitó su sonrisa y puso una cara seria que terminó por consumir todo el ambiente cómodo que restaba.

—No lo sé —dijo Rani—, y eso me aterra incluso más.

El silencio reinó una vez más. Rani se quedó quieto, tan quieto que comencé a dudar si su corazón seguía en movimiento y en medio de esa tensión y producto de mi incomodidad, mis manos comenzaron a temblar. En un movimiento repentino, Rani se levantó con la mirada fija al frente y regresó caminando al baño, como si nuestra plática nunca hubiera pasado.

Me extrañé, supuse que el hombre estaba loco y pensé en preguntarle a la enfermera sobre este extraño personaje cuando volviera, pero entonces me di cuenta de que ella había olvidado sus papeles en la mesa de la entrada y pensé en verlos para ver si tenían algo sobre él.

Moví las ruedas de mi silla para alcanzar a tomar el folder de la entrada y cuando por fin pude, lo abrí con cuidado, pero antes de que pudiera sacar algún papel, me percaté del

estampado que tenía en el centro y el nombre que marcaba: Hospital Psiquiátrico de Buganvilia.

¡Rayos! Ese hombre de verdad había salido de un hospital psiquiátrico y ahora estaba aquí. Me asusté un poco, saqué rápidamente uno de los papeles buscando el nombre de Ranícula, pero sufrí de una gran confusión en el momento que vi mi nombre en la parte alta de aquel papel.

Mis ojos se pusieron blancos, ¿esos eran mis registros?, ¿acaso estaba en el Hospital Psiquiátrico de Buganvilia? Me asusté, yo no estaba demente, quería salir, quería llorar, me sentí impotente y casi iba a explotar, pero entonces intenté recordar cómo me había roto la pierna. No lo había hecho, me paré de la silla sin ninguna dificultad y me di cuenta de que cuando Rani se había sentado sobre la esquina de la cama, esta no se había hundido para nada.

Lucia Isabel Guerrero Guzmán

TINTA DE SANGRE

Los cabellos rubios y alborotados, de puntas abiertas y descuidadas, acariciaban el aire con brusquedad, cortándolo con su aspecto áspero como si se tratara de pequeñas cuchillas en papel. Con el torso inclinado hacia enfrente, las manos aferradas al crin de su caballo y las piernas a los lados del fuerte animal, la bruja blanca cabalgaba a toda velocidad, ésta no tardó en visualizar el final de aquel mundo completa y solamente poblado por árboles de pino. El portador del dibujo donde se había retratado aquel paisaje boscoso, hecho apenas hacía unos minutos, un libro de sólo unas cuantas hojas reposaba en la bolsa que le colgaba a un costado.

Su vestido de seda parecía ya más una tela débil rasgada por las espinas de las ramas de los pinos y por todos los mundos por los que había tenido que pasar anteriormente. Su cuerpo dolía, estaba débil, necesitaba un descanso, sentía que cada aliento que daba sería el último, pero no podía detenerse, no ahora, no después de todo lo que había sucedido. Ella era la única esperanza de algo tan grande, y no, simplemente no podía permitirse que todo hubiera sido en vano.

La pequeña bruja blanca se reprochaba cuánto desearía haber hecho aquel mundo más pequeño para salir de él de una vez; pero contradecía ese pensamiento consolándose ya que el tamaño de éste ayudaba a escabullirse con mayor faci-

lidad del demonio que la perseguía desde hace días para evitar que su reino renaciera: Jared.

Sus cuernos eran visibles a metros de distancia por su longitud y punta, de aspecto escamoso y rígido, intimidantes; de color negro, ásperos al tacto, poseedores de una belleza peculiar y al mismo tiempo de tanta maldad. El demonio era de complexión grande y fuerte, imponente, además de que tenía unos ojos que te mostraban cuán vacío podía estar alguien y al mismo tiempo albergaban tanto sufrimiento. Al menos eso era lo que decían los escritos. Nadie se había atrevido a verlo cara a cara, a no ser que fuese en los últimos segundos antes de morir a manos de este malévolo ser. Sus alas, ¡diablos!, sus alas eran impresionantes. Colores obscuros predominaban en aquellos pedazos de piel plegables, tan fuertes, capaces de levantar su propio peso y el de otras tres criaturas más.

Los demonios son seres horripilantes y atroces, sin embargo, no se podía negar que sus rasgos eran dignos de admirar, y también de temer. Cualquiera podría quedarse intrigado por su físico, y los seres infernales lo sabían y disfrutaban de aquello, pues sería lo último que las personas verían antes de arder en las llamas del inframundo.

Tamara era lo contrario. De complexión pequeña y facciones delicadas, piel tan clara como la leche, suave, con poderes de bruja blanca, menos ofensivos que los de los demonios, pero aun así muy eficaces. La mayoría de sus poderes y hechizos estaban relacionados con la naturaleza, ésta funcionaba como una fuente de energía; el principal propósito de ambas consistía en hacer el bien, aunque desde luego que eran útiles para otros propósitos. Sus luceros color cielo, tan dulces y cálidos acompañados de largas pestañas rubias resaltaban entre sus facciones.

Una ventaja que tenían en común estos dos seres constaba en que ambos podían usar objetos mágicos, como el libro mencionado anteriormente.

Ese libro, acompañado por una pluma de tinta de origen desconocido, permitía a aquellos con magia dibujar artefactos y mundos inimaginables, con el fin de que estos se convirtieran en un espacio físico o algún instrumento. Portales, armas, paisajes y demás artefactos habían sido creadas por esa misma tinta y destruidos por el artista cuando estos ya no estaban utilizando el artilugio o ya no se encontraran en ese mundo; de no ser así, el arte se plasmaría en la piel de aquel que lo haya dibujado, atravesándola y marcándola de por vida, como si alguien dibujara con un cuchillo. Estas heridas podían causar la muerte de no ser tratadas de inmediato, pues con cada minuto que pasaba, el corte se iba haciendo más y más profundo hasta perforar lo que fuera que estuviera debajo: carne, músculos y hueso, provocando que la persona se desangrase.

Tamara tenía una cicatriz en forma de una daga, justo encima de sus costillas. Había utilizado el arma para atacar a Jared, pero esta cayó en medio del combate y al escapar se había olvidado de ella, por lo que, minutos más tarde, comenzó a sentir un ardor en su piel. Fue entonces que recordó aquel filoso artefacto y rápidamente arrancó la hoja donde venía el dibujo de la daga para hacerla pedazos. El dolor ya no se intensificó, sin embargo, su piel había quedado marcada y no había forma de quitar aquella marca que le recordaría su error por siempre.

Tamara cerró los ojos al momento de atravesar el portal que la sacaría de aquel lugar y, tan pronto como lo hizo, imágenes de su reino en llamas bombardearon su mente; además de la voz de su madre. Casas, carrozas y el castillo se derrumbaban a causa del fuego mientras los habitantes gritaban hasta desgarrarse la garganta, unos de miedo, otros exclamando un nombre en busca de algún ser querido que seguramente ya era ceniza entre los escombros.

—Tienes que escapar —dijo la mujer con lágrimas en los ojos y polvo manchando su bello rostro, muy parecido al de

Tamara, mientras le entregaba a su hija la bolsa con el libro de hojas en blanco y una pluma mágica con la punta intacta.

La chica tartamudeó mientras era contagiada por el miedo que emanaba el cuerpo y la vista de quien le había dado la vida.

—Yo… yo… no puedo.

Sus dos luceros azules brillaban y mientras negaba con la cabeza y apretaba los ojos, sollozaba, como si eso fuera a despertarla de la pesadilla, queriendo convencerse a sí misma de que estaba soñando. Su madre insistió, tomándola de los hombros para sacudirla, causando que la menor la mirara de nuevo.

—Tamara, debes huir. Eres nuestra última esperanza, la única que puede hacer esto.

En eso, se escuchó el grito de uno de los demonios que habían llegado a derrumbar todo lo que se había creado a lo largo de los años: familias enteras, negocios, un reino lleno de humanos y seres inofensivos.

Fue entonces que su madre se enderezó, tomó la muñeca de su pequeña para guiarla hasta el caballo color azabache. La ayudó a subir para después darle una palmada en la parte trasera al animal para que éste relinchara y comenzara a correr hacia el bosque.

—¡Siembra la semilla de nuestro reino! ¡Ahí nos volveremos a ver! —Aseguró la mujer observando a su hija alejarse y ocultarse entre la flora.

Tamara cabalgó y cabalgó hasta que se dio cuenta de que estaba siendo perseguida por un demonio; uno que conocía bien, pues su gente ya había tenido encuentros con él. Fue entonces cuando sacó el libro. Lo primero en este había sido una espada, con la que pudo defenderse de Jared, ya que sus poderes habían sido bloqueados momentáneamente en su última batalla. Logró cortarle un ala, cosa que le dio tiempo suficiente para escapar. Desde ahí, mundos y más armas habían sido dibujados por ella, gracias a eso había podido mantenerse con vida.

Sus ojos se abrieron de golpe y un pesado suspiro salió de sus labios resecos cuando sintió que copos de nieve caían sobre su cuerpo. Miró a su alrededor y una calma inmensa invadió su ser. Habían llegado al lugar donde pensaba que podía plantar la dichosa semilla para que su reino renaciera. Bien habría podido dibujar un portal que la hubiera llevado hasta ese sitio desde el principio, pero decidió no tomar aquel riesgo. Existía la posibilidad de que Jared hiciera lo mismo, primero había querido desorientar al demonio y, de ser posible, matarlo, hecho que, lamentablemente, aún no había logrado.

Se encontraba en un espacio decorado por la nieve que caía del cielo, sin árboles ni nada alrededor, sólo montones y montones de nevada helada. La bruja no perdió más tiempo, sacó el libro para arrancar la página donde estaba dibujado el mundo boscoso por el cual había pasado anteriormente e hizo una bola de fuego con sus poderes que utilizó para quemar aquel dibujo.

Miró a su alrededor y soltó un segundo suspiro, Jared no se veía por ningún lado, además de que no sentía su presencia. Con suerte, él se había quedado atrapado, ardiendo con aquellos pinos. En vez de ponerse a pensar más en ello, prefirió bajar del caballo para dibujar su reino tal y como lo recordaba antes de que las viles criaturas llegaran y lo hicieran arder en llamas.

Las infraestructuras, los transportes, los negocios, el castillo, los paisajes, todo se encontraba plasmado en aquel pedazo de papel. Esperó y esperó, sin embargo, nada sucedía, las casas no aparecían, su madre tampoco. ¿Qué estaba haciendo mal? ¿No se supone que eso era "plantar la semilla", como había dicho su madre? Decidió arrancar la hoja y destruirla para hacer el dibujo de nuevo, esta vez perfeccionándolo, con cuidado de no echarlo a perder, pues le quedaban muy pocas páginas.

—¡¿Qué pasa?! ¡¿Por qué no funciona?!

La desesperación se adueñó de su tono de voz. Sus lágrimas comenzaron a inundar sus ojos y las manos sacu-

día y apretaban el libro, como reprendiéndolo por no hacer lo que supuso que debería. La impaciencia y ansiedad aumentaban conforme pasaban los segundos, todo el mar de sensaciones hacía que tuviese un nudo en la garganta, el malestar en su estómago no se iba y las ganas de conservar el control se iban desvaneciendo.

—Por favor, dime que no creíste que eras la única con un libro así, bruja. —La distorsionada voz de Jared resonó a sus espaldas e hizo ruido en sus oídos. Cada sílaba se incrustaba en su cerebro como pedazos de vidrio roto. Tamara tensó la quijada y lentamente se dio la vuelta, encontrándose con el ser del inframundo con su propia obra abierta en mano; en una de las hojas podía distinguirse la figura de la bruja, ahora Tamara sabía por qué siempre estaba en donde mismo, tan sólo bastaba dibujarla para llegar hasta ella.

Resignándose y aceptando que no había podido cumplir con su misión, alzó la cabeza y enderezó su postura, queriendo verse fuerte, pero la expresión de su rostro y las gotas de agua cayendo sin parar por sus mejillas la delataban, mostrando cuan decepcionada, cansada y rota estaba.

—Hazlo ya —susurró con voz quebrada, cerrando los ojos para afrontar su destino.

En su mente se proyectó a sí misma en un lugar tranquilo y sereno, acompañada de su madre y su añorado reino, al cual le había fallado. Merecía esto. Merecía morir por no haber sido capaz de darle vida a seres inocentes.

El demonio sonrió y murmuró unas palabras en un idioma desconocido para la joven bruja y, en segundos, la mencionada cae al suelo. Su sangre se derramaba por las azuladas ventanas del alma, fosas nasales, boca y orejas, manchando la blanquecina nieve de un color rojizo, que se expandía por el manto con rapidez, como si se tratase de vino.

La fémina yacía inerte en el suelo mientras la criatura infernal reía, disfrutando de que al fin pudo destruir aquello que se la había pasado persiguiendo por días enteros, sin

contar con que pronto se arrepentiría de su acción. Jared no sabía que, al haber permitido que la sangre de la bruja blanca se esparciera por los suelos, acababa de plantar la semilla de un nuevo reino. Uno que se encargaría de destruir a todos los demonios con la solidez del manto de nieve en el que había sido plantado y formado por la esencia de su única esperanza. Tamara, la portadora de la semilla, ahora descansaba al lado de su madre. Después de todo, no había mentido, sí se reencontraron. Y quién sabe, tal vez ambas vuelvan a renacer junto con las raíces de su helado reino.

Alfa Tao Hernández Lucero

LA VENGANZA ES DULCE

Guantes de látex, cubrebocas de tela, careta y gel desinfectante: el uniforme de todos los días. Corto la tira de cinta adhesiva de las cajas de cartón con una navaja que ha de tener más de 20 años de uso. Saco las bolsas de paletas, caramelos, chocolates, rielitos, gomitas, y toda la chatarra azucarada y repleta de sodio que ofertamos en la dulcería de la Juárez. Tres, cuatro y hasta cinco sellos del exceso de todo, pero se venden como pan caliente. El dueño dice que, desde el cierre de las escuelas, le bajó mucho la venta.

Antes de abrir cada bolsa hay que desinfectarla con ese pinche líquido que penetra por la nariz hasta la glándula pineal. Hasta siento que las pupilas se me han aclarado; es neta, ¡eh! No me quejo, tengo trabajo.

Al igual que a otros músicos, con este desmadre de la pandemia, me tocó buscar chamba de lo que cayera. Un amigo pianista trabaja como guardia de seguridad en el Valle de Guadalupe. Otro que es trompetista durante el verano, anduvo haciendo entregas de comida en Mexicali para completar los gastos de un semestre de maestría. Otros han agarrado trabajo de afanadores en centros comerciales. Los más jóvenes andan empacando en los supermercados y, créanme, ésos ganan mejor que todos. Lo malo es que les tumbaron la chamba a las personas de la tercera edad. Otra morra que

toca clarinete empezó a vender empanadas de hojaldre hechas en casa. Una de las cantantes hace comida vegetariana y vegana por encargo. Yo perdí a la mayoría de mis alumnos de canto por falta de solvencia y no me quedó más remedio que abrirme a otros horizontes.

Como dije, no me quejo por la oportunidad de ganarme unos pesos para comer. Lo que sí, es que estoy hasta la madre de la música norteña, de banda y del puto reggaetón. Ocho horas en la dulcería y como cuarenta minutos o más desde que espero el micro y llego a la casa. Por supuesto traigo mis audífonos, pero no es suficiente. Díganme ustedes, ¿quién puede contra los setenta y nueve, ochenta o cien decibeles de la calle? ¡Ah!, y no se diga con la musiquita del patrón; que le sube al volumen como si quisiera revivir el tímpano de los difuntos.

El primer día hasta lo disfruté, ¿saben? Hacía mucho que no escuchaba esas rolas de cantina y despecho. Hay una canción de Bertín y Lalo que la traigo como disco rayado. Yo creo que mi ADN mutó, y por eso la tarareo hasta en el baño. ¿Si la han oído? Esa de: "pero quererte jamás, porque mi amor no se dispersa por doquier, antes de ti yo ya tenía otro querer, si te dije te quiero es porque siempre te deseé".

Pues ese primer día estuvo bien. Para el segundo había hecho un análisis minucioso de la letra. Es interesante; aunque me pone furiosa y triste a la vez que, en cuatro frases se reduce el valor de la mujer al de un objeto sexual.

En el mes que llevo desempacando, limpiando y acomodando, ya tuve suficiente. Ya me harté. Entre la música y la sana distancia que a todo mundo le importa un carajo, tengo el buche lleno de piedritas.

Hoy fue el acabose. Tomé el micro en la terminal del centro, entre Juárez y Sexta. Me fui hasta atrás y al minuto siguiente, el microbús estaba repleto de gente. De acuerdo con el informe estatal ya estamos en semáforo amarillo, y el transporte público debería operar al 50% de su capaci-

dad. Entiendo que a todos nos ha pegado en el bolsillo esto del COVID-19, pero el chofer no se midió. El micro no iba lleno, sino que se retacó. Éramos como cuarenta personas. Unos sentados, otros de pie y dos más que iban de *aguilita*, agarrados de unas manijas metálicas ancladas afuera de la puerta. Generosamente, el chofer nos compartió a Maluma, BadBunny y a otros reguetoneros que tienen millones de reproducciones en YouTube. Antes que el micro se llenara escuché que el chofer le platicaba a otro pasajero, que recién había adquirido un celular con Bluetooth y por eso a un lado de su asiento traía una bocina "para que los graves se oyeran más perrones".

Entre tanto, yo intentaba escuchar un mix de jazz japonés setentero que me mandó mi amigo, el pianista. Mis audífonos ya están en las últimas, y desde hace varios meses no detienen el sonido exterior; por eso, aún con el volumen máximo, el reggaetón opacaba al jazz.

Repentinamente la música que se escuchaba en todo el microbús cambió. De la nada comenzó a escucharse un redoble de batería y luego un piano con acordes sincopados. Como por acto divino, mi Bluetooth se había conectado a la bocina del chofer y, por si fuera poco, el volumen se quedó trabado. El conductor intentó detener la reproducción en curso, pero con tanta gente amontonada no alcanzaba el botón de la bocina; y en un frenón que dio al querer rebasar por la derecha a otro microbús, su teléfono se cayó al suelo y le fue imposible encontrarlo. Además, era claro que debía cumplir un horario y, entre el tráfico y los baches, no se podía dar el lujo de perder más tiempo para arreglar el sonido.

Por escasos minutos, desde La Reforma hasta el Libramiento y las Águilas, los allí presentes, se recetaron una dosis con un cuarteto de jazz japonés; y la rolita "Soulful", del álbum *Alone, Alone and Alone* de 1967. Los reclamos no se hicieron esperar. Hasta se escuchó la queja de un paisano que gritó: "¡Cácaro!".

Pedí la parada y cuando logré bajarme, la música se detuvo.

La multitud me despidió con una ráfaga de insultos. Con los pasos en marcha, alcé mi brazo derecho y les devolví sus atenciones con el dedo correspondiente. Saqué gel desinfectante de la bolsa y me froté las manos.

El cielo asomaba sus primeras pinceladas verdes, azules y anaranjadas, anunciando que el día estaba por concluir. Hacia el horizonte, los rayos solares se colaban a través de algunas nubes tímidas, iluminando espectacularmente la Bahía de Todos Santos. Caminé dos cuadras y media hasta mi casa tarareando una melodía improvisada que decía: ¡la venganza es dulce!

LOS MODALES DE LU

Lu vio a su madre sentada a los pies de la cama y la quiso abrazar. Cuando estaba a punto de tocarla, la cama empezó a aumentar de tamaño y su mamá comenzó a alejarse hasta resultarle inalcanzable. Agotada por el esfuerzo, la cabeza de Lu cayó de nuevo sobre la almohada y sus ojos se cerraron como si sus párpados fueran de plomo. Cuando los volvió a abrir, la sorpresa asomó a través de sus pupilas color miel. Por alguna extraña razón, Lu estaba en el mismísimo planeta del Principito, o mejor dicho, en su asteroide. Podía observar todo el universo oscuro como el chapopote y salpicado por muchísimos puntos brillantes que destellaban como luces de Navidad. Giró la cara sobre su hombro izquierdo y una lluvia de estrellas se desplazó a toda velocidad perdiéndose en el infinito unos segundos después. Maravillada con el espectáculo que parecía una película en cuarta dimensión; la atención de Lu se centró en una fuente luminosa de mayor tamaño agujereada como queso. Su asombro creció al ver al conejo subir por una escalera larga, muy larga hasta llegar a la luna y comenzó a sentirse sola, muy sola y empezó a llorar. Al instante escuchó una dulce voz que le decía:

—No llores, Lu, estoy aquí contigo, solo que casi me ahorcas. Por favor, ¿podrías agarrarte de otra parte que no sea el cuello? Casi no puedo respirar.

El llanto de Lu cesó al darse cuenta que era la voz de Ana Cristina, su compañera inseparable de juegos; una muñeca de trapo que un amigo de la familia le había regalado en su último cumpleaños. Lu la abrazó contra su pecho, secó sus lágrimas y sus mocos con el mandil de la muñeca, la tomó de una pierna y con la sonrisa por delante se fueron a jugar.

Los pies de Lu comenzaron a recorrer el asteroide que giraba sobre sí mismo con cada paso que ella daba. La superficie estaba cubierta por surcos arenosos, como los del desierto del Sahara y, a medida que la niña caminaba, se hacían más y más angostos. De un momento a otro, comenzaron a flotar burbujas tornasoles. ¡Cómo le gustaban! Todos los domingos le pedía a su papá que la llevara al parque. Mientras él soplaba sobre la solución jabonosa, Lu corría agitando los brazos, persiguiendo las burbujas y gritando: "¡Más burbujas, papá, más grandes, papá!".

Entonces, Lu empezó a jugar con las burbujas que flotaban sobre el asteroide y, en una voltereta que dio al querer agarrar la burbuja más grande, el asteroide comenzó a girar a toda velocidad haciéndola perder el equilibrio y en un acto reflejo, abrió la mano con la que tenía sujeta a Ana Cristina. Al querer alcanzarla, tropezó con la agujeta de su zapato y ambas cayeron al vacío. Un fuerte zumbido se instaló en los oídos de Lu y empezó a sentir la cabeza fría, muy fría.

Poco a poco, recuperó la conciencia mientras se quitaba la compresa de agua fría que su mamá acababa de ponerle en la frente. La mamá de Lu había pasado la noche en vela tratando de bajarle la fiebre.

La niña despertó con la pila recargada. Pese a la recomendación de su mamá de permanecer acostada, Lu agarró a Ana Cristina por un brazo y saltó de la cama. Se acercó a una cómoda blanca repleta de estampitas de colores y brillos. Sacó todos los juguetes del cajón de abajo y se puso a jugar con uno que estaba hasta el fondo. Cuando se aburrió, salió

al patio a juguetear con el perro, mientras arrastraba a Ana Cristina del brazo cantando la canción del sapito crocro.

La mamá de Lu, que no había dormido ni media hora seguida la noche anterior, cansada y de mal humor, entró a la recámara, vio todos los juguetes regados por el piso y la llamó para que los recogiera.

—Sí, mamá, ahorita —la niña contestó.

Siguió jugueteando por la casa, sin hacer caso. Después de varios recordatorios de mamá y otros tantos "ahorita" de Lu; la mamá perdió la paciencia y gritó:

—¡Con una fregada, Lucrecia, ya te lo repetí muchas veces! ¿A qué hora vas a recoger el tiradero que tienes aquí? ¿En qué idioma tengo que hablar para que me hagas caso?

Lu pausó su juego, sentó a Ana Cristina a un lado suyo, cruzó sus pequeños brazos frente al pecho y con sus cuatro años recién cumplidos, tranquilamente respondió a su madre:

—¡En español está bien, mamá, y se pide por favor!

Gustavo Hernández Meza

EL GUSANO TRANSPARENTE

Siempre estuvo ahí. En el pasto brillante de las mañanas de verano, durante la excursión a la montaña, en el televisor, en el fondo de mi vaso de agua, siempre me lo encontraba en alguna ventana durante el día. Les conté a mis amigos de este apuro. Sus respuestas fueron: "Es basura en tu ojo", "son células muertas de tu córnea", "¿qué importa?". No entendieron mi obsesión por la eterna presencia de un gusano transparente en mi ojo derecho. (Sé que está en el ojo derecho, porque cuando lo cierro, desaparece). Apenas dejaron de amonestarme con sarcasmos les expliqué a mis amigos la forma del bicho transparente. Reaccionaron al unísono. Procedieron a explicarme que ellos también tenían en sus ojos una silueta como de circunferencia incompleta y mal trazada que flota a plena vista. Desde ese momento, concluí que todos en el mundo sufrían de algo parecido.

Antes de que el Buick de mi padre chocara (conmigo en el asiento del copiloto), antes de que un puñado de cristales rasgasen mis ojos, yo terminaba la secundaria. Pasar de curso no era mi primer interés. Jamás reprobarían al hijo del director. Sin embargo, aquella escuela no estaba preparada para un discapacitado como yo y tuve que dejarla. De haber libros en braille y profesores no codependientes de PowerPoint, me pude haber quedado. Fue una lástima porque allí estaban mis amigos, allí tenía un lugar.

Estudiar en casa se convirtió en el nuevo centro de mi vida. Las lecciones de braille eran lo más complicado. La profesora me hacía estudiar harto aritmética, con la esperanza de que pudiera mentalizar todos aquellos cálculos minúsculos que solía anotar en el margen de los cuadernos. Me nació un interés por el cálculo mental. Cada semana esperaba atento por una nueva opinión del médico; entre una opinión y otra igual: "No hay mejoría, conviene operarlo", me entretenía persiguiendo al gusano transparente por el mundo negro de mis pupilas.

Pasaron semanas de clases particulares. Descubrí que era adepto a la matemática básica. Me satisfacía sobremanera barajar con precisión cantidades de hasta tres dígitos en sumas y restas mentales. Me aventuraba a las multiplicaciones. Aprendí a leer en braille algunas palabras: casa, playa, perro, lápiz, mamá, papá, y Eduardo, mi nombre. Todo iba bien.

A la primera cirugía siguieron años de operaciones fallidas. Me resigné a la ceguera cuando las palabras esperanzadoras de mi padre dejaron de surtir efecto. Naturalmente, no pude terminar la secundaria. Durante ese primer verano ciego mantuve contacto telefónico con un par de amigos. Al empezar la preparatoria, como ya lo esperaba, dejaron de responder mis llamadas o las terminaban tras apenas un par de preguntas, ellos tan con nuevas experiencias y yo tan atrás en el tiempo.

Aprender a convivir con el gusano transparente es de mis pocos aciertos en la vida. En algún punto de mis veintes le otorgué la autoridad para juzgar mis acciones, y viendo que funcionaba como medio regulador, le permití quedarse también como una especie de consejero. Jamás le he confesado a nadie que mantengo una conversación fluida con él en mis sueños. Por una parte, aprovecho su presencia y sus consejos; por la otra, sé que es un ente distinto a mí y está vivo. ¿Es de un color, o de ninguno? Lo veo nadar por el océano de negrura que ocupa el lugar donde alguna vez estuvo el mundo.

Me consuela tenerlo siempre presente, pues siento que perdería la cabeza si mi atención se la dedicara sólo al negro mundo y sus incontables sonidos.

LA FLORISTA

Harán un año que florece en Tayes. Los ciudadanos no sabemos por qué. Empezó desde la temporada de lluvias, el año pasado. Desde entonces han seguido floreciendo todas las macetas en todas las casas. Semanas atrás, una comunidad de vecinos se organizó secretamente y dejó macetitas en la acera de la calle Moringa. Una semana las dejaron. Esto me lo contó un vecino ya que todo había pasado. Me dijo también que cuando recogieron las macetas todas tenían un brote. Yo no se lo he contado, pero hace unos días estoy repitiendo el experimento en mi balcón. Dejé una maceta encima de una mesita redonda, todo muy centrado para que le dé el sol. Así lo dejé. Ahora me dispongo a esperar.

Mi rutina no ha cambiado. Me levanto temprano, preparo té para dos y salgo a leer mis revistas al patio. Aprovecho la sombra que hace el árbol de mi vecino. Árbol de su madre, árbol de la casa, árbol que da sombra. Ahí, sentado, me relajo y aspiro el olor azucarado de las mañanas en Tayes. Veo pasar colegiales y oficinistas, todos muy bien uniformados. En eso llega Lidia y nos tomamos el té. Ella el suyo y yo el mío. A veces yo el de ella y ella el mío. Lo malo que no ha podido venir hace días con eso de que se rompió un brazo cuando bajaba de su techo. Cuando supe la llamé al hospital y le dije que me deje ayudarla en esas cuestiones, que le presto la escalera, la

que guardo en el pasillo que conecta al otro patio, está a plena vista, ella sabe a cuál me refiero. Pero que me avise con tiempo, porque está averiada.

Yareli Illan Ipiña

LA VOZ DE SOWON

Durante generaciones se ha transmitido un mito en mi familia que explica la existencia de una mágica montaña llamada Sowon, situada en las afueras de nuestro pequeño pueblo, la cual ha sido conocida por cumplir los más íntimos deseos de las personas que logran escalarla. Aunque la montaña se ubica en una región extremadamente cálida, siempre se ha mantenido fría, repleta de nieve y neblina, convirtiéndola en un completo misterio.

A lo largo de mi vida consideré aquella historia como un simple cuento de niños, cuya finalidad era entretener a las personas y servir como atracción para el público en general. Sin embargo, después de perder trágicamente a mi esposa, escalar la montaña se había convertido en la última solución a la que podía recurrir. Así pues, tomé mis cosas y me preparé para partir.

Antes de dirigirme a la montaña, visité la casa de mis abuelos para saludarles y despedirme en caso de que fallara en mi intento. Hablamos durante un rato, disfrutamos de un delicioso desayuno y les hice saber mi plan.

—Cuando llegues a la cima, escucha las voces —expuso mi abuela mientras tomaba su café.

—¿Las voces? —cuestioné sin comprender de qué hablaba.

—Ellas cumplirán tu deseo pero debes escucharlas detenidamente. También tienen miedo.

En aquel momento no entendí la referencia de mi abuela, sin embargo, seguiría su consejo. Estaba nervioso pero decidido.

Salí de aquella acogedora casa y viajé durante dos horas para finalmente llegar a mi destino. Y ahí estaba frente a la montaña que, seguramente, cumpliría mi deseo. Era un largo camino el que debía recorrer, pero valdría la pena si podía volverla a ver.

Bajé de mi auto, sentí la fría brisa que acarició mi rostro y la nieve cayó sobre mi cuerpo, dejándome helado. Acomodé mi gorro, sacudí mi chamarra, arreglé mis botas y eché un último vistazo a mi mochila naranja para, después, ajustar las cintas al máximo. Estaba listo.

Revisé mi reloj para llevar un registro de mi aventura y anoté la hora: era mediodía cuando comencé a escalar aquella misteriosa montaña. Divisé un pequeño camino marcado, por el que probablemente habían pasado cientos de personas antes que yo, opté por seguirlo.

Era un deleite observar los árboles coníferos pintados de blanco, no obstante, conforme avanzaba, poco a poco iban desapareciendo y eran reemplazados por plantas pequeñas que también se perdían por la alta concentración de nieve.

Sin embargo, aunque la altura no era tan elevada, un fuerte dolor atacó mi cabeza, el aire empezó a faltarle a mis pulmones y mi vista comenzó a volverse borrosa. En un intento de sentarme, terminé tropezando con una piedra. Mi espalda tocaba el helado suelo y quedé inconsciente.

Al cabo de un rato abrí mis ojos llevándome una enorme sorpresa, todo estaba oscuro y silencioso. No sabía dónde estaba ni qué hora era, mi reloj se había vuelto loco.

Me levanté despacio, limpié la nieve y alcé mi vista. Pese a la niebla, pude observar unas cuantas estrellas sin encontrar la luna. Así pues, la luz era mínima, había un olor a resina y a pinar era fuerte. Decidí caminar lentamente a fin de evitar tropezar con algo y mientras avanzaba, el aire se volvía más sofocante.

Tras varios minutos escuché gritos a lo lejos, sin lograr identificar de quiénes eran. Cerré mis ojos y traté de concentrarme en ellos: era una mezcla extraña en la que niños y hombres gritaban por igual. Comencé a correr, intentando acercarme a ellos, ni siquiera podía ver correctamente el camino. De pronto el sonido se detuvo y terminé parado en medio de la nada. Estaba confundido. Las voces que parecían estar sufriendo comenzaron a reír. El miedo estaba apoderándose de mí impidiéndome realizar cualquier movimiento, y así las carcajadas empezaron a rodearme, las escuchaba a mi derecha, izquierda, detrás de mí.

El patrón se repetía continuamente y las risas se acercaban cada vez más. Cubrí mis oídos, en espera de encontrar paz, pero no tuve éxito. Me tiré al suelo y cerré mis ojos. Por más que evitaba escucharlas lograban penetrar mis oídos y resonaban sin parar, querían entrar en mi mente. Miento, ya estaban en ella.

—Escúchame —susurró una suave voz femenina entre tanto ruido—. Escúchame cuidadosamente.

—Haz que paren —supliqué agobiado—. Te escucharé, lo prometo.

El bullicio se detuvo al instante. Descubrí mis oídos, abrí mis ojos y me incorporé nuevamente. Observé mi alrededor vacío y en cuanto di media vuelta me quedé inmóvil: había una luz blanca flotando frente a mí.

—Es un simple hombre triste —murmuró aquel destello con una voz femenina y pude escuchar algunas carcajadas detrás de mí.

—¿Qué eres? —pregunté estupefacto mientras le miraba detenidamente—, ¿qué son?

—¿Es importante ahora? —la luz se acercó repentinamente y retrocedí por reflejo—. Recorriste un largo camino sin saber a qué te enfrentarías, ¿realmente importa ahora?

—No —admití al instante—. Estoy aquí para...

—Sé a lo que vienes —me interrumpió abruptamente—. Sé a lo que vienen los humanos a mi montaña.

—¿Qué debo hacer entonces? —demandé inquieto.

—La tristeza te está consumiendo, ¿no es así? —la luz se alejó y reposó sobre una piedra—, ¿qué estás dispuesto a sacrificar para cumplir tu deseo?

—Lo que sea.

—¿Lo que sea? —replicó perpleja—. Tu ambición ha superado mis expectativas.

—¿Es eso malo? —cuestioné preocupado, no quería hacerla enojar.

Las demás voces rieron.

—Es cierto que el ser humano es insignificante ante mi poder —explicó mientras se elevaba y brincaba de un pino a otro—, lamentablemente he confiado en hombres con intenciones oscuras, tengo miedo de que seas igual a ellos.

—¿Cómo puedo demostrar que soy diferente?

La luz se detuvo y meditó por un momento.

—Tu vida —manifestó, mi expresión cambió inmediatamente—, dame tu vida y haré realidad tu deseo.

Reflexioné su propuesta y no dudé de la conclusión a la que había llegado.

—Tómala —expuse confiado y extendí mi brazo en su dirección—. Tómame, pero déjame verla por última vez.

La luz guardó silencio por unos minutos, se acercó a mi mano y finalmente tocó mi dedo.

—Has elegido sabiamente —murmuró.

La luz comenzó a brillar con más fuerza hasta que me resultó imposible verla. Tapé ligeramente mis ojos con mi mano derecha, de pronto todo se volvió blanco.

—¡Ana! —grité en cuanto divisé la figura de una mujer—. Realmente eres Ana.

Cubrí mi boca e intenté no tirarme al suelo por el impacto; estaba atónito, mi esposa se encontraba de pie frente a mí y lo único que quería era llorar de felicidad.

Corrí hacia ella, la tomé delicadamente de los hombros y la observé, lucía hermosa con su vestido floreado que tan-

to amaba y que probablemente había usado ese trágico día.

—Te extrañé tanto —balbuceé en cuanto la tuve en mis brazos, Ana solo me miraba tiernamente—. Me sentía tan solo.

Las lágrimas comenzaron a salir de mis ojos sin que pudiera detenerlas. Me separé un momento de ella, a fin de limpiar mi rostro y me di cuenta de que algo andaba mal, el viento estaba helado, ella seguía inmutable y su cuerpo continuaba cálido. Sacudí mi cabeza y traté de ignorar aquellos pensamientos que me hacían dudar de su presencia.

—¿Ha pasado algo? —Ana cuestionó con una sonrisa mientras tocaba gentilmente mi mejilla.

—Es solo que no puedo creer que estés aquí —murmuré abrumado al mismo tiempo que tomaba su mano—. Si en ese entonces me hubiera quedado contigo, no me odiaría demasiado ni me sentiría tan solo.

—Todo está bien ahora —expuso sonriente—. Estoy aquí por ti y para ti.

Por un momento me sentí intranquilo. Era cierto. Ella solo estaba aquí porque lo había pedido. No era lo natural, no era la verdad, no era su realidad. Ella ya se había ido.

—Así es —musité abatido—. Si en esta vida no pude tenerte a mi lado o si después de la muerte no puedo estar junto a ti, solo quería verte una vez más, quería sostenerte, pedirte perdón y agradecerte por todo—hice una pequeña pausa mientras la miraba por última vez—. Era todo lo que necesitaba para poder avanzar.

Sabía que era imposible estar nuevamente con ella, así que me aferré a Ana con fuerza y sentí cómo se desvanecía para volverse parte de la nieve. Era contradictorio, no quería que se fuera de mi lado, pero tampoco quería vivir engañado. Sentí cómo mi corazón se estrujaba y las lágrimas brotaban otra vez. Me agaché y dibujé un corazón sobre la capa de nieve.

Estaba listo para dejarla ir.

—Lo sabías —la luz apareció abruptamente—. Sabías que era una ilusión, ¿cierto?

—Tenía mis sospechas —dije mientras me levantaba—. Estaba seguro de que ni siquiera la magia más poderosa podía revivirla, y si lo hacía, no sería a un precio tan bajo.

—Eres inteligente —la luz rio—. La mayoría de los humanos son cegados por su ambición y terminan creyendo lo que ven.

—¿Así que ese es tu poder?

—Solo soy la madre de esta montaña, no tengo poder alguno sobre los humanos, no puedo cambiar el destino que ustedes han decidido. Lo único que puedo hacer es ayudarles.

—¿Tomarás mi vida entonces?

—Ya lo hice —aseveró mientras se aproximaba a mí—. Las voces que has escuchado gritar estaban buscando consuelo ante su incesante dolor y son las mismas que se han reído de ti en un intento de ocultar su temor.

—No lo entiendo —dije confundido—, ¿qué tiene que ver conmigo?

—Las voces representaban tu negación —el destello empezó a girar a mi alrededor—. Querías encontrar paz, querías estar de acuerdo con su partida, pero también tenías miedo de dejarlas ir porque creías que con ello olvidarías a Ana.

Tenía razón. Estaba aterrorizado ante la posibilidad de no recordar la figura de mi esposa; estaba aterrado de olvidar su voz, su aroma, su ser. Mi vista se nubló de nuevo y entre sollozos, pregunté:

—¿Cómo lo sabías?

—Sé que al ser humano le gusta tocar fondo, caer en lo más profundo. En tu caso, ya habías llegado al límite, pero no era la avaricia lo que te movía, sino el dolor —respondió serenamente—. Aquellos que están cegados por el deseo de tener más poder no logran escuchar mi voz. Tú, en cambio, oíste mi llamado entre tanto ruido y me seguiste hasta la cima.

—¿Qué debo hacer ahora? —inquirí conmovido.

—Vivir —contestó al instante—. Disfrutar tu vida nueva.

Asentí y sonreí. Lo haría por mí y por Ana. Lo lograría gracias a la luz de aquella montaña.

Ángela Irais López Herrera

LA SEÑORA Y EL COLIBRÍ

Un arcoíris surcó el cielo azul, resplandeciente en su color, saludo afectuoso para aquellos que quisieran recibirlo. La señora miró deslumbrada tal conjunto colorido, brillante y, a la vez opaco, que atravesaba su jardín. Si era el final del arcoíris, entre sus flores debía de estar el costal de oro…

Con paso lento se acercó a la esquina del patio de cemento, en donde su esposo y ella habían colocado años atrás todas las macetas con sus flores. Una semilla aquí, otra acá, como un rocío que cae sobre las plantas a las pocas horas de la mañana. Entonces, entre tanto gris brilló el amarillo de los girasoles; hortensias rosas, orquídeas moradas, claveles rojos y anemonas naranja. ¡Qué viveza! Sus flores no tenían nada que envidiarle a aquel arcoíris. La señora sonrió, dando dos pasos más. Cargaba la regadera verde entre ambas manos, llena de fresca y limpia agua. Pasó junto a la mesa y regó la tierra ya húmeda de sus girasoles. Una maceta a la vez. Ta, ta, ta; tarareó.

Confundiré tus ojos con el cielo
Confundiré tu llanto con el mar

Y una gota del mar escapó de sus ojos. ¿Para qué cantar, si eso en vez de calmar su cansar solo traía más recuerdos?

Inhaló hondo y continuó con su labor. Agua por aquí, agua por allá. Crezcan más y más si quieren, hasta que sus

ramas se deslicen de los bordes de las masetas, caigan por el suelo y trepen contra las paredes, llegando al techo; escalando los postes de luz y las tuberías de agua. Apropiándose de todo el suelo, entrando por las ventanas, atravesando las puertas mientras se llevan las cosas a su paso. Que crecieran las flores y llenaran todo de pétalos y hojas verdes, que arrastraran las mesas y los sillones, los cuadros, los recuerdos. Que se llevaran consigo la casa entera, recorrieran las calles de cemento y la lanzaran lejos, muy lejos de ahí. Hasta que la casa, con ella dentro, se volviera un punto lejano, muy lejano en el cielo; y dejara, por fin, de existir.

La señora acarició una flor, suave, tan suave y delicada. Inocente flor que desconocía las emociones que atravesaban por su corazón. Conteniendo un suspiro, siguió regando: ahora los claveles. Bien, aquí vamos... De lejos vio algo revolotear entre los girasoles. Regresó sobre sus pasos, acercándose para ver con mayor claridad, pues su vista ya no era la de antes y últimamente más que nunca le fallaba demasiado. ¡Vaya! Miró desconcertada el colibrí de plumaje café y tonos blancos. El aleteo de sus alas producía un zumbido rápido y constante mientras se inclinaba sobre la flor y chupaba con el largo pico negro su dulce néctar. Con un movimiento rápido, la señora intentó regar de nuevo la flor. El colibrí no reaccionó. Cualquier cosa que sucedía alrededor era invisible a sus sentidos. Apenas terminó de alimentarse, siguió revoleteando junto a ella. La señora dejó la regadera sobre una mesa y extendió su mano. Sentía una incesante necesidad de tocar al ave. Sus dedos apenas acariciaron al colibrí antes de que este se elevara fuera de su alcance, aunque sin marcharse todavía.

Gruesas lágrimas bajaron por el rostro de la señora.

"Eres tú, ¿no es así?", preguntó, temblando y con los ojos puestos en el colibrí, quien quieto la observaba desde la altura.

Un nuevo aleteo antes de bajar apenas lo suficiente para que la señora pudiera observarlo de manera más nítida. El pico del colibrí se abrió para luego cerrarse nuevamente.

"Eres tú", afirmó, no con tono incrédulo, sino de alivio. "Te había estado esperando" añadió, ya con una sonrisa en la boca. "Me alegra que al final decidieras venir a verme".

Si ese era su esposo, podía estar en paz. Había cumplido con su visita, respondiendo a sus llamados. Venía a decirle que estaba bien.

El colibrí dio una vuelta a su alrededor, sin rozarla, antes de alzar el vuelo y alejarse, perdiéndose en la distancia y dejándole nada más que una leve sonrisa en el rostro y la sensación de que, a pesar de todo, en algún momento volverían a encontrarse.

Isabel de María Martínez Vázquez

RECUPERANDO EL ALIENTO

La tierra entra a mis pulmones al tropezarme en el lote baldío. Estoy muy sudada y mi falda ahora está manchada. Al fin voy a conocer a los papás de Sofía y ya voy tarde.

—Malditos todos los Ubers en este mundo —susurro a la calle enfrente de su casa.

Mi necesidad de agradar a todas las figuras paternas hizo que tomara un Uber en vez de esperar a que mi hermana me llevara al salir de su trabajo, cosa que haría que llegara cinco minutos tarde, completamente inaceptable.

Y porque el universo me odia o solo por pura probabilidad, mi Uber se averió a medio camino y tuve que caminar a mi destino.

Ahora, con 19 minutos pasados de las 5, con aspecto desaliñado y varios mensajes de Sofía preguntando sobre mi paradero, toco la puerta de su casa. Esta parte de la ciudad y su fama de inseguridad hace que toque otras dos veces.

Puedo sentir una gota de sudor corriendo por mi espalda.

El julio de Mexicali y esta blusa de poliéster son la perfecta combinación para dejarme empapada. Puedo ver una lona desgastada de un candidato a la presidencia en la reja. Me pregunto si sus padres se habrán arrepentido del voto que le dieron al ahora presidente. Me incomoda pensar que sus padres pudieran estar de acuerdo en entrar en guerra con Es-

tados Unidos. "Nosotros lucharemos por la patria y si termina con sangre derramada, esa misma podrá brindar honor a nuestros fundadores". El recuerdo de las palabras del discurso oficial presidencial, me revuelven el estómago.

La puerta con pintura desgastada se abre enfrente de mí, unos bellos ojos verdes me reciben. Repletos de preocupación y confusión.

—¿Qué pasó, Lucía? ¿Por qué estás así? —pregunta mientras me pasa hacia su casa y aprieta la bastilla de mi falda.

En el comedor hay tres platos servidos. El cuarto se puede ver en la cocina bajo una tapa para sartenes, a lado de la estufa. Sus papás se levantan de la mesa y se acercan a saludarme.

—En serio, disculpen mi apariencia y la tardanza —digo con la voz entrecortada.

La mamá de Sofía, Susana dijo que le llamara, me dio una palmada en la espalda.

—No te apures. Cuéntanos qué pasó.

Su papá, Rodrigo, me pasa un vaso con agua de jamaica a la cual solo le quedaban pocos hielos flotando, y se sienta a lado de su esposa en la sala. Antes de empezar mi historia, dejo de sentir mis piernas y mi mirada se vuelve negra. El calor me había dejado desmayada en la loseta fría de esa sala.

Sebastián Mendoza Juárez

EL MISTERIO DEL DOCTOR ZAPATA

Mucho se ha especulado sobre lo sucedido con el doctor Zapata en las últimas semanas. Sin embargo, aunque no han cesado de rogarme para que les cuente mi versión, ninguna de las amarillistas crónicas de los periódicos se acerca a los hechos. Debo reconocer que han tenido éxito al crear una especie de misticismo con respecto al tema, y quizá sea ese mismo estatus de leyenda el que impide que la gente quiera realmente conocer la verdad.

En una población tan pequeña es muy fácil que los habitantes se vean sumergidos en la monotonía y el conformismo; sin embargo, hay algunas excepciones. Notablemente, la familia Zapata no podría representar una mayor oposición a esos ideales. Por generaciones, los Zapata habían incursionado en la política y la industria con éxito; y habían sido los responsables de mantener a su poblado a la par del anvance tecnológico con el resto del país. Cuenta incluso la leyenda que los mismos Zapata habían sido fundadores del asentamiento hace muchos años y que, por regla, en todo momento debía haber un Zapata en el pueblo. Por estas razones creo que no es difícil comprender por qué, cuando se me presentó la oportunidad de trabajar a lado de Ignacio Zapata, no había forma de negarme. Si había alguna salida de este pequeño pueblo era por medio de estas

influencias y el poder que mantenía el apellido Zapata a lo largo y ancho de la nación.

Ignacio Zapata siempre fue un hombre enigmático, pero altamente respetado. Se contaba que Alfonso, su padre, había sido el responsable de instalar el alumbrado público de primer mundo que se encontraba en nuestras calles después de haberlo visto en un viaje a Londres. Ignacio no tenía mujer, hermanos o hijos. En mis veintitrés años de vida, nunca había visto el rostro del doctor Ignacio, y nunca conocí a alguien que tuviera ese privilegio. No obstante, constantemente escuchaba los rumores de que era la persona más brillante que podrías conocer. Un filántropo, visionario y, sobre todo, un hombre de ciencia. Había quienes decían que en su aislamiento se había vuelto loco, pero no eran más que alegaciones sin fundamento alguno. En lo personal, sentía un inmenso respeto hacia una persona que jamás había conocido, creyendo que teníamos mucho en común. Con honestidad, me sentí infinitamente honrado cuando, al graduarme de la universidad, me llegó una carta invitándome a ser su asistente personal.

Me presenté el primer día justo al amanecer. Había recibido instrucciones, por escrito, de tocar la puerta tres veces y esperar a que me abrieran. Conocía por fuera la propiedad Zapata desde que era niño y jugaba en la calle con los hijos de la señora Gámez. No era de ninguna manera una casa humilde, pero tampoco era una ostentosa mansión con jardines interminables. Creo que era una perfecta representación de los Zapata que, aunque eran por mucho la familia más pudiente e influyente del pueblo, actuaban como si fueran un vecino más. Sin embargo, ahora que me encontraba ante sus puertas, la casa parecía más grande e intimidante que nunca. Toqué la puerta tres veces, tal como se me instruyó.

Probablemente pasaron unos cuantos segundos, pero a mí me parecieron largos minutos. Estaba a punto de darme la vuelta y marcharme, pensando que me había equivocado de

fecha o dirección cuando escuché que destrababan la puerta del otro lado.

Me vi entonces ante una figura fantasmal. Un hombre de muy avanzada edad abrió la puerta. Inmediatamente noté su delgada figura, que resaltaba aún más su ya considerable estatura, a pesar de estar encorvado. Escasos cabellos plateados adornaban su cabeza. Me miró directamente con sus ojos color miel y una mirada que no puedo definir si señalaba cansancio, reflexión o determinación. Más fue la sorpresa cuando me extendió la mano y, con una leve y casi imperceptible sonrisa, se presentó como el doctor Ignacio Zapata.

No sé si podría llamar decepción al sentimiento que tuve al escuchar esas palabras. Quizá se deba a que pasé las últimas dos décadas construyendo una imagen heroica del visionario doctor, y bien dicen que uno no debe conocer a sus héroes si no quiere ser defraudado.

Tomé su mano con firmeza, pero me vi correspondido con un apretón débil, concordante con la frágil imagen del doctor. Se hizo a un lado y me señaló para que pasara. La casa Zapata era tal y como la imaginaba por dentro, a excepción de que parecía que había pasado algún desastre natural por ahí. Podías ver por todos lados adornos con maderas importadas que, aunque no fueses conocedor del tema, sabrías que eran caras. Candelabros de plata colgaban del techo y alfombras persas acolchonaban los pies. Pero mientras el doctor Zapata me dirigía por los estrechos pasillos de su hogar podía ver rastros de comida en algunos estantes y libros regados por doquier. Era obvio que el estado de edad avanzada del señor Ignacio no le permitía hacer la limpieza de un recinto tan grande por su cuenta, pero también estaba claro que no contaba con los servicios de nadie para que lo hiciera por él.

El primer día el doctor Zapata se limitó a mostrarme la casa en su totalidad y hacerme un pequeño resumen de mis responsabilidades de ahora en adelante. Me contó un poco de las razones que lo habían llevado a la repentina decisión de

buscar a alguien que le ayudara. Me dijo que llevaba ya un tiempo experimentando con un nuevo medicamento, pero no lograba hacerlo efectivo por completo. Entre risas, me dijo que al final tuvo que darse a vencer, a pesar de su terquedad, y admitir que un poco de ayuda no le vendría mal. Me invitó a desayunar una sopa que, según me dijo, él mismo había preparado. Debo admitir que los años le han dejado una buena sazón. Para el mediodía había sido librado de mis responsabilidades y me marchaba a casa.

Las siguientes semanas las cosas iban bastante bien. El doctor Zapata era, en cuanto a su personalidad, exactamente como lo había idealizado. Creo que aprendí más en ese par de semanas que en mis años de universidad, y admiraba, de la manera más sincera, la ambición e incansable curiosidad científica de Ignacio. En ese corto periodo de tiempo buscamos incansablemente una forma de que su medicamento funcionara de la manera esperada. El doctor probó con infinidad de reactivos en todas las concentraciones y presentaciones imaginables, como si su vida dependiese de ello. Me sentía tan apasionado por mi nuevo trabajo que cuando se ponía el sol deseaba continuar mi estadía y seguir haciendo lo nuestro. Cuando el señor Zapata se sentía con las energías suficientes éramos capaces de pasar la noche entera tratando de lograr un avance significativo. A veces notaba que el doctor, a su avanzada edad, tenía gran dificultad para moverse por la casa. Parecía que, en esas pocas semanas, su condición había empeorado enormemente.

Había algunos aspectos del doctor que me resultaban sospechosos. En ningún momento de nuestras investigaciones me reveló cuál era exactamente el propósito de este enigmático medicamento, lo que me dificultaba intentar idear alguna alternativa. Además, el doctor Zapata era muy enigmático en algunos aspectos, rara vez me habló de su vida personal o de su familia, pero eso lo respeto. A pesar de ello, no puedo negar que me parecía extraño que no hubiese fotografía alguna de su

parentela en toda la casa y, aunque el doctor me dijo que podía andar libremente por la planta baja de su propiedad el piso superior estaba totalmente fuera de los límites permitidos. De nuevo, era una orden razonable, pero una que me mantenía con una constante incógnita en mis pensamientos.

Mi curiosidad me venció entrando la quinta semana bajo la tutela del doctor Zapata. Después de una larga e intensa jornada, me preparaba para regresar a mi vivienda. Fue en ese momento cuando el doctor me invitó a pasar la noche ahí mismo. Quizá creía que después de este tiempo podía confiar en mí como para que durmiésemos bajo el mismo techo o quizá simplemente se apiadó del joven que debía caminar unas cuadras bajo la luz de la luna en pleno invierno, cuando el frío se volvía insoportable. Yo, sin vacilar, acepté su invitación.

El señor Ignacio me indicó que había un cuarto disponible en el segundo piso. Debido a su avanzada edad, hacía varios años que el doctor había movido su aposento al piso de abajo y por ende la cámara principal estaba desocupada. Después de despedirme del doctor subí las escaleras de la casa por primera vez. La planta superior estaba aún más descuidada. Literalmente parecía que nadie había estado ahí en años. Sin embargo, al abrir la puerta de la recámara principal me encontré con una imagen totalmente opuesta. Los finos acabados de madera, la cama matrimonial y el candelabro de plata estaban impecables. Indudablemente, era el único cuarto de la casa entera que el doctor se encargaba de mantener en perfectas condiciones.

Como el doctor me indicó, entré al armario a tomar cobijas adicionales para poder estar cómodo en una noche tan fría. Al salir, me tropecé sobre unas cajas que estaban justo en la entrada del armario, aunque no sé si fue mi propia torpeza o el cansancio después de la larga jornada de trabajo. Me puse en pie, preocupado más por haber roto algún objeto invaluable que por mi propia integridad física. Me relajé un poco al ver que la caja estaba llena de papeles.

Al agacharme a recoger el desastre que yo mismo había causado me llamó la atención una fotografía enterrada entre los documentos. Era una pareja posando frente a un edificio aún en construcción. No era una pareja cualquiera, y tampoco un edificio ordinario. Reconocía, incluso en una etapa tan primitiva, la fachada de la distintiva iglesia del pueblo. Indudablemente, la figura femenina era aquella de Leticia Ortiz de Zapata, esposa del notable Eugenio Zapata, quien se presume como el fundador del municipio hace casi dos siglos. Por ello me atrevo a decir que el hombre a su lado era ni más ni menos que el mismo Eugenio, lo cual significaría un gran descubrimiento entre mis manos. A pesar de su relevancia en la historia del pueblo, solamente se conocía el rostro de Leticia, cuya imagen tenemos todos grabados en la mente gracias a la estatua que se erige en la plaza central, justo frente a la iglesia de la misma foto.

Para confirmar la identidad del hombre solamente se debía mirar su rostro que guardaba una increíble similitud con la del doctor Ignacio. Fácilmente se podrían confundir como si se tratase de la misma persona. No sé qué sentimiento se apoderó de mí en ese instante y me condujo a pensar que era una buena idea tomar la foto y guardarla; como una especie de recuerdo. Después de todo, era un pedazo de historia oculto para el mundo. A pesar de que toda la noche pude escuchar al doctor Zapata rondar por toda la casa, principalmente en el laboratorio, logré conciliar el sueño y tener unas valiosas horas de descanso.

Decidí no mencionar el incidente al doctor Zapata, en parte por culpa y en parte porque esperaba que no lo notase. El amable doctor me permitió que ese fin de semana estuviera libre y pasara tiempo con mis padres. Aunque era posible pasar de un extremo del pueblo al otro en menos de treinta minutos, debido al tamaño de este. Últimamente era rara la ocasión en que tenía el tiempo de poder visitar a mis padres. Siempre que volvía a la calle donde se ubicaba mi casa de la

infancia aprovechaba para recordar los momentos en que las cosas eran mucho más simples. Justo enfrente de mi hogar se encontraba el de los Gámez, que se habían aislado del mundo después del fallecimiento de su hijo mayor.

Mis padres habían preparado una cena digna de un rey. Mientras estábamos en la mesa, platicando de qué he hecho con mi vida últimamente, surgió el tema de los Zapata. Más bien, yo lo introduje. No había podido dejar de pensar en aquella imagen de Leticia y Eugenio Zapata, y no había mejor forma de aclarar mis dudas que preguntando a las personas que me introdujeron a sus leyendas desde niño. Resulta que había bloqueado de mi mente la parte en que la señora Leticia muere trágicamente por una misteriosa enfermedad, a pesar de los esfuerzos de su marido para encontrar una cura. Eugenio, se teoriza, perdió la cabeza ante la tragedia y abandonó el pueblo o vivió el resto de sus días en la propiedad Zapata. Entonces les enseñé la fotografía.

No había duda alguna de que la mujer era Leticia de Zapata. A su vez, les dije que yo estaba seguro de que el hombre a su lado era Eugenio, debido a su asombroso parecido con Ignacio. Los ojos de mi padre se abrieron de par en par, como si en ese instante hubiera hecho un enorme descubrimiento.

Los primeros segundos sólo balbuceó; claramente no estaba seguro de lo que estaba a punto de decir. Finalmente, cedió. Me dijo que desde que él era pequeño sus amigos bromeaban con la leyenda de Eugenio Zapata y cómo se había vuelto un vampiro que permanecía encerrado en su casa. Y más allá, pareciera que Ignacio Zapata había sido viejo toda su vida. Entonces, me preguntó, ¿era posible que el doctor fuera la misma persona que está posando frente a la iglesia en la fotografía?

No. Era absolutamente descabellado, eso le respondí. ¿En qué mundo era posible que el hombre más respetado del pueblo fuera en realidad una criatura mitológica? En ninguno. Mi padre estaba de acuerdo en eso. Pero ese no era

su punto. Tomando en cuenta las capacidades económicas y científicas de los Zapata era creíble que en sus intentos de encontrar una cura para la enfermedad de su esposa haya dado con algo más. No un elíxir de la juventud, claramente; pero quizá uno que extienda la vida del usuario. De nuevo, le dije a mi padre que debía estar alucinando, pero él parecía muy convencido de la idea.

Me fui de la casa con esa conversación atorada en mi cabeza y con la culpa hasta el cuello por haber tomado un objeto personal del doctor Zapata. Por ello, el lunes que regresé al laboratorio sentía la enorme necesidad de decirle la verdad; y lo hice. No se mostró molesto por el hecho de que haya esculcado entre sus cosas, aunque sí me pidió que no volviera a hacerlo. Cuando le conté de la loca teoría de mi padre no hizo más que reírse ante la idea. Sin embargo, creo que alcanzó a notar una duda dentro de mí y decidió que era necesario explicarme un par de cosas.

Primero que nada, estaba en lo correcto. Las personas en aquella fotografía eran, efectivamente, Leticia Ortiz de Zapata y Eugenio Zapata. Segundo, me dijo que para que me sintiera más tranquilo y enfocado en mi trabajo, lo mejor sería decirme qué era el medicamento que intentábamos desarrollar. Resulta que la misteriosa enfermedad que tomó la vida de Leticia hace tantos años era un padecimiento hereditario que había afectado a la familia desde aquel entonces. Ignacio, al comenzar a presentar los síntomas de la aflicción, buscaba desesperadamente una cura.

Ahora todo tenía sentido. Para disculparme, le quise regresar la fotografía. Pero para mi sorpresa, en el momento en que metí mi mano al bolsillo de mi abrigo para tomar la imagen, esta ya no estaba. Probablemente la había olvidado en casa. Me vi interrumpido cuando el doctor Zapata comenzó a toser de forma violenta y perder el equilibrio. Lo ayudé a tomar asiento en la silla que estaba ahí en el laboratorio y me pidió que le trajera el pequeño frasco que estaba en la cocina,

su más reciente síntesis del medicamento. Mientras me apuraba en mi camino al cuarto del doctor alguien tocó la puerta y me acerqué a abrirla.

Una multitud de personas estaba esperando afuera y me exigía ver al doctor Zapata. Entre el grupo de personas alcancé a distinguir el rostro de mi padre. Rápidamente caí en cuenta de lo que estaba pasando. Mi padre debió haber corrido el rumor de que Ignacio ocultaba el elíxir de la vida y ahora todo el pueblo estaba aquí para exigirlo como su derecho. Me presentaron como prueba la fotografía de Leticia y Eugenio. No tuve tiempo para explicarles cuando el líder del grupo, un hombre no mucho más alto que yo, pero con intenciones más sombrías, me quitó del camino e invitó a la multitud a entrar a la propiedad del doctor.

Rápidamente la casa entera estaba repleta de personas, apenas y era posible moverse. No tardaron en rodear al doctor Zapata para interrogarlo. Ignacio se veía muy confundido por la situación y, por más que trató de decirles que estaban equivocados, la gente no lo escuchaba a medida que se ponían más agresivos. En cuestión de minutos estaban desbaratando toda la casa para encontrar el elíxir que ellos creían les concedería vida prolongada. Afortunadamente, en cuanto entró la gente a la casa me di a la tarea de recuperar el medicamento del doctor y esconderlo, sabiendo que fácilmente podría confundirse con la mágica solución que buscaban.

Después de un momento cedieron y dejaron de atacar al doctor convencidos de que no obtendrían la verdad de él y se limitaron a buscar por toda la casa. Aproveché en ese momento para acercarme a él y darle el medicamento, ya que su condición estaba cada vez peor. Sin embargo, en cuanto puse pie en el laboratorio fui emboscado por el líder de la multitud, quien vio el frasco y me lo arrebató de las manos. El bruto llamó a todos sus seguidores, declarando que había encontrado el elíxir del doctor Zapata.

Mientras la habitación se llenaba de gente que clamaba fervientemente para obtener el frasco, me puse de rodillas junto al doctor Zapata, que parecía estar en sus últimos momentos. Gritando, intenté que las personas comprendieran que estaban locos, y estaban arrebatándole a un anciano su medicina. Entonces, la multitud se vio dividida. Algunos habían entrado en razón y querían darle el frasco al doctor, mientras que los demás insistían que era un intento mío para engañarlos y quitarles su derecho a la vida eterna. Entre el forcejeo vi cómo el frasco resbalaba de las manos de la gente y caía al piso. El impacto provocó que se rompiera y el líquido fuera derramado. El doctor dejó salir un alarido ante la imagen que acababa de presenciar y en ese instante la gente comenzó a calmarse. Vi en los rostros de la multitud la personificación de la vergüenza. Les exigí que abandonaran el cuarto y cerré la puerta.

Me volví a arrodillar junto al doctor Zapata y le imploré que me dijera cómo producir más medicamento. Me dijo que no tenía sentido, no había tiempo. Su voz se escuchaba temblorosa, asustada. Me dijo que el fin se acercaba y era momento de aceptarlo. Tomando la mano de mi ídolo, sentí cómo la vida abandonaba su cuerpo. Antes de dejar este mundo, escuché claramente cómo susurraba una última palabra: "Leticia".

Mucho he reflexionado estas semanas sobre esa última palabra que salió de la boca del doctor. Una parte de mí quiere creer que quizá, después de todo, no escuché tan claro como creía; que me había confundido. A la muerte del doctor fui el encargado de recoger sus cosas. Entre sus cajas encontré más fotografías de Leticia y en cada una de ellas, el mismo hombre. En la última imagen Leticia no se podía encontrar por ningún lado. Al fondo, se podía ver el renovado ayuntamiento municipal, hace casi ya sesenta años.

Esto último decidí no comentárselo a nadie. No puedo decir la verdad a los periódicos, porque ni yo la sé. No sé si

el doctor fue honesto conmigo cuando me dijo el porqué del medicamento o si en verdad era un medicamento. Nunca sabremos si el doctor logró en realidad ponerle un alto a la muerte o, más bien, posponerla. Sólo sé que en los ojos del doctor vi la mirada de un hombre confundido. Un hombre asustado, quizá por la fragilidad de la existencia del hombre o quizá por el legado que iba a dejarle al mundo. Tal vez era la mirada de un hombre aliviado que estaba a punto de descansar después de un muy largo día. Hay muchas cosas que no sé y debo vivir con ello. Después de todo, incluso la existencia misma es un misterio.

Rodrigo Ordóñez Silva

EL VIEJO ESPÍRITU

En la última noche, un sábado de enero de 1867, en medio del mar, dentro del tremendo barco El Viejo Espíritu, en la cabina del mando, está un capitán. Él tiene en su mente pensamientos que rebotan de arriba a abajo, está en negación.

El capitán se sienta para pensar en lo que quiere decir. Con él solo tenía a la luna; ya no tenía tripulación; estaba frustrado con todos sus problemas, escribió esto:

> *Cuando despierto, me duelen los ojos; cuando hablo, me duele la garganta; cuando pienso, me duele la cabeza; cuando me muevo, me duele el cuerpo y así como me duele todo, también me duele el alma. Miro a mi alrededor y no hay nadie más que mi sombra, busco una respuesta, el porqué, y nunca lo encuentro, lo único que encuentro es ese dolor, ese dolor que no me deja en paz, ese dolor que me encerró en este purgatorio, ese dolor que me ha visto y torturado. Espero que pueda volver a ver algún día ese sol, esa inocencia, esa ternura. Me doy cuenta de que el dolor nunca vale la pena.*

Del capitán nunca se escuchó otra vez, ni de su tripulación ni del puerto en el que zarparon, ni sobre la mercancía que llevaban, solo se sabe del fúnebre barco que se quedó encallado en una de las costas de India.

Mi trabajo es descubrir qué les ocurrió a todos estos tripulantes en el navío, cómo es que se pierde todo un equipo de 300 marineros sin que el barco se hubiera hundido. Solo se hablan historias de que el barco estaba maldito. No logré contactar a las personas que dijeron esto. La poca información que tengo del barco son fotos de la tripulación, era gente pobre, la mayoría no llevaba ni una camisa, uno pensaría que son piratas con la poca higiene que tenían. Pregunté por toda la ciudad pero todos desconocen a los de las fotos, tal vez por eso la tripulación se fue a ese barco, no tenían nada más que perder. Tal vez ya sabían que era una misión suicida.

Las personas que me contrataron también me dieron una lista de todos los nombres de la tripulación y su nacionalidad, algunos eran de Inglaterra, Nueva Zelanda, Escocia, India, Alemania, una tripulación muy diversa.

Mañana me iré al famoso barco, será mejor estar preparado. Me llevaré mi brújula, el viejo aparato me ha revelado muchas cosas, a veces cosas que no quería ver.

Era una madrugada tenebrosa con la luna cubierta de neblina, un aire frío y todas las luces apagadas. Fui al muelle para empezar mi trabajo, una caminata misteriosa y desagradable, en cualquier momento un ladrón podría salir de los callejones y dispararme. La playa estaba cubierta de cangrejos durmientes que se van a la superficie cuando no hay luz del sol, su presencia cubre la playa con silencio, el muelle daba una mala sensación.

No me encontraba en un estado lúcido, sentía que en cualquier segundo me iba a desmayar, no podía sentir mis manos y mis piernas estaban a punto de doblarse, pero yo soy un hombre de palabra, no podía rendirme antes de que empezara la misión. De repente puedo ver una luz en la última parte del muelle, ahí es donde pude ver al hombre.

El marinero que me iba a llevar al barco, era alguien en

un bote muy viejo, con un ojo tuerto, barba larga que no ha sido limpiada en, tal vez, años y con un terrible caso de vitíligo, si no fuera porque me dijo mi nombre lo hubiera confundido con un loco. Mientras íbamos en el bote, el hombre se la pasó hablando sobre sus historias, lo llamo la luciérnaga porque tiene una lámpara junto a él y eso es lo único que ha tenido desde entonces.

Zarpamos del muelle y aquí empezamos nuestra aventura. El marinero estaba inquieto, muy tembloroso y volteaba la mirada a cualquier cosa que se moviera.

—¿Sabes?, todas las personas que he llevado a El Viejo Espíritu nunca regresan de ahí, es mejor que hayas escrito tu testamento antes de irte conmigo —me dijo el marinero de forma burlona.

Empiezo a pensar que sí está loco.

En lo más profundo del mar se podían ver cientos de ostras abiertas y dentro de ellas, perlas verdes radiantes que, de acuerdo con el hombre, formaban un camino hacia el barco. El marinero tiene la mirada asombrada.

—¿No es hermoso? Todos esos colores y nadie se ha atrevido a tocarlo, creen que esta maldito. Dicen que si intentas quitarlas, algo va a forzarte a quedarte ahí abajo.

—¿Usted cree que está maldito? —le pregunto.

—No… Creo que no.

El marinero para por unos segundos mientras se queda mirando a las luces.

—No lo sé…

Finalmente, después de cuatro horas salió el sol, un hermoso amanecer en el cual podía ver lo bello de la naturaleza, pasar tanto tiempo en una oscuridad y ver otra vez el sol es como alimento para los ojos. Desafortunadamente desapareció el camino de luces en el que seguíamos.

—Parece que tenemos que ir a ciegas —me dice el marinero.

Aunque finalmente pude ver el amanecer, la pena no ha acabado, puede que terminemos perdidos en el infinito vacío del mar.

—¿No tiene algún mapa que nos lleve al barco?

—No, nunca aprendí a leer mapas.

—¿Pero si es un marinero, cómo nunca aprendió a leer mapas?

—Es que soy marinero de agua dulce —se empieza a reír.

Íbamos a ciegas intentando encontrar un enorme barco. Normalmente encontrar un barco tan grande no sería problema, pero entonces siento algo en mi bolsillo, es mi brújula estaba moviéndose fuertemente, abro la brújula y la flecha se dirige hacia el sur.

—¿De dónde sacó esa cosa? —me dice el marinero.

—Me lo regaló mi abuelo cuando tenía como 13 años.

—¿Por qué está vibrando tanto?

—Significa que hay algo cerca

—¿Cómo qu...?

La pregunta del marinero es interrumpida cuando pegamos con tierra. Nos encontramos con una isla, después de tanto esperar, llegamos a nuestro destino, lo supe porque la brújula nunca miente, el marinero se tenía que quedar en el bote para cuidar que nada malo pasara.

Me bajé. Caminé. Después de unos minutos me detuve para admirar el suelo lleno de raíces y los árboles gigantescos que tapaban el sol. Mi mirada de asombro fue detenida cuando mi brújula empezó a moverse muy rápido, la flecha estaba apuntando a todos los lados. Al principio pensé que iba a salir un animal de esos arbustos, pero solo salen ráfagas de viento de entre las plantas, este aire que salía de ellas daba un terrible olor, me fijo en mi brújula y deja de girar, la flecha marca al suroeste.

Me dirigí hacia ese rumbo y encontré un cenote gigantesco, hasta abajo lo vi por primera vez: El Viejo Espíritu, cubierto de plantas y destruido en la parte derecha, sostenido por lianas, atrapado en lo más bajo de la isla.

Encontrar el barco fue un misterio en sí: ¿cómo llegó el barco al medio de la isla? Debo poner atención en la misión.

Me tuve que colgar a una de las ramas que caía de los árboles. Las ramas tenían una sensación punzante cuando las tocaba, esperaba que no fuera nada venenoso.

Al bajar al escenario, me puse a investigar la parte más importante: la cabina del capitán. Me asomé por la cabina para ver algo, solo pude encontrar una caja roja hecha de piedra que tenía un candado muy peculiar, era circular, tenía enmarcado estas palabras: "Para abrir esta caja solo necesita apuntar y prepararse para perder".

De lo que pude deducir, estas eran solo palabras de un capitán delirante ya que todas sus notas indican su salud mental, pobre, pero como seguía siendo evidencia, lo guardé en mi bolsa.

Continué mirando por el barco, hasta que en la parte de abajo estaba un baúl con la mercancía perdida, desafortunadamente ya estaba abierto, esperaba encontrar la evidencia suficiente. Cuando abrí el baúl lo que encontré fue el cadáver de una persona con una flor creciendo en su cabeza y raíces que salían de su boca, como si alguien hubiera hecho una maceta de su cara. Ver esto fue repugnante, de la cara no se le distinguía nada, lo más sorprendente era lo bien preservado que estaba el cuerpo, parecía que no había sufrido ningún daño.

El cadáver tenía un saco muy grande, que hizo que una campana se alertara en mi cabeza, agarré las fotos que tenía de la tripulación y pude ver que este hombre era el capitán. Supongo que aquí fue donde escribió sus últimas palabras. Cuando inspeccioné al cuerpo por más tiempo, me percaté que en una de sus manos le faltaba un dedo, el índice para ser más exactos.

Mi brújula se empezó a mover otra vez en círculos, ya se estaba haciendo de noche, noté algo diferente en las plantas que rodeaban el barco, se empezaban a mover como serpientes. De repente la flor en la cabeza del capitán se abrió y empezó a brillar, cuando me acerqué a ella empezó a secretar sangre, las ramas que sostenían al barco empezaron a mover-

se más rápido, las tablas del piso se empezaron a despegar, las plantas querían destruir el barco.

Salí a la parte superior del barco solo para encontrar que la salida del cenote estaba cerrado, cubierto por raíces, en mis manos tuve una sensación ardiente, me di cuenta de que la isla no era normal, sino una isla carnívora.

Rápidamente saco el encendedor de mi bolsa y empiezo a quemar las ramas que estaban destruyendo el barco, de estas endemoniadas plantas puedo escuchar un chillido monstruoso que aturdía mis oídos, era como si toda la isla estuviera gritándome, no tenía otra opción que taparme los oídos.

Las ramas soltaron al ya destruido barco y lo dejaron caer en el agua que está en el cenote. Me paro en una de las partes de madera que aún podía sostenerme, agarro mi encendedor, pero esta mojado, ya no funciona.

Las ramas estaban intentando agarrarme desde abajo, pienso en todo lo que puedo hacer pero esto parece mi fin, atrapado en un hoyo no podía hacer nada más que esperar a que las ramas me sumergieran.

De repente siento una sensación en la pierna, esta no se sentía como de una planta, sino una mano, cuando miro abajo puedo ver que es la mano del capitán, reanimado por la flor sangrienta, con toda la fuerza intento empujarlo para que me suelte, pero la fuerza con la que agarra mi pie era increíble. Agarro la flor en la cabeza del capitán y la arrancó revelando que solo había raíces creciendo dentro de ella, la flor pierde su brillo, de repente todas las ramas dejan de moverse, la flor era lo que controlaba a las plantas.

Escalo del pozo y me encuentro con cientos de cadáveres en el suelo, todos con una diferente flor en ellos, intenté no despertarlos. Al parecer las plantas buscan un cuerpo para poder vivir y salen solo con la luz de la luna, corro por toda la isla hasta llegar a donde estaba el bote. Al regresar, el marinero estaba flotando a un lado de su bote, estaba ahogado. En su mano estaba una de las perlas preciosas que hacían el

camino. Tomo los remos y desesperadamente me voy lo más rápido que puedo, aferrándome al bote lo más posible para que ninguna de las raíces de la isla intente agarrarme. El camino de ostras parece ser solo una trampa que dirige a las personas a una mala fortuna, pero también funcionan como un camino de regreso al muelle.

Cuando ya estoy lejos de la isla y calmado navego en el viejo bote, saco de mi bolsa esa caja que encontré, por fin pude descifrar el acertijo, meto mi dedo índice en el cerrojo y presiono un botón, una máquina en la caja empieza a moverse, sonaba como un reloj, pasan diez segundos, dos cuchillos salen del candado y me cortan el dedo.

El corte me hizo una herida muy grande, mi cuerpo resistía el dolor por todo lo que ya había pasado. Me arranco un pedazo de mi camisa y me hago un torniquete en el dedo para que la sangre deje de fluir, con la poca fuerza que me queda, abro la caja. Contenía el diario del Capitán.

Lilia Mariana Pacheco Llamas

LAS PEQUITAS

Tantas veces había puesto don Joaquín a son de mar la lancha "Pequitas", nombrada así en honor a su hija, que era capaz de recordar cada preciso movimiento necesario para completar la acción, pero ahora, en lugar de estar zarpando a la mar, se encontraba en casa, en plena comodidad del retiro, despierto desde las cinco de la mañana como acostumbraba cada día de trabajo; con una tacita de café entre las manos.

La edad lo había alcanzado y el camino del tiempo que va en línea recta, siempre hacia adelante, terminó por cobrar justicia con él. Hace pocos días que había cumplido los 70 años. Los huesos ya le dolían, se le habían enfriado entre tanta agua. Sus movimientos se fueron haciendo cada vez más rígidos; la cooperativa donde trabajaba terminó por mandarlo a su casa porque ya no era tan útil y por su edad la mejor opción era el descanso.

Sentado en el sillón destartalado, en su casa ubicada en el centro de la Isla, añoraba su vida en el medio del mar. Aquella forma de vivir se había convertido en todo lo que él era, y que ahora estaba postrada, acompañándolo igual de aplastada que su trasero en esos duros asientos.

Miro sus manos curtidas por el sol y la sal; los deseos del alma se terminaron por apoderarse del cuerpo, a pesar de que muchas veces le repitieron que no debía de volver al

embarcadero. Con dificultad se levantó y a paso lento, pero seguro, salió de su casa con mucho cuidado de no despertar a su hija la "Pequitas" que a pesar del nombre tierno era más bien como un sargento e iba a terminar sentándolo de regreso, para decirle con voz firme: —A ti ya te toca descansar.

Manteniendo su ritmo suave, después de un par de minutos pudo llegar a la zona donde estaban abarloadas todas las lanchitas de los isleños donde sola y bien empolvada pudo ver a su "Pequitas". Fue imposible evitar que le brincara el corazón de emoción. Se acercó para observar a detalle cada pequeña pieza de madera que le daba forma. La tocó. Le agradeció por el tiempo compartido, por la cantidad de veces que fue capaz de alimentarlo a él y a su familia, incluso a uno que otro vecino. Le habló como si se tratara de otra hija para él, o tal vez una extensión de sí mismo.

Costó un esfuerzo bastante considerable soltar los cabos que lo ataban a tierra, pero a final de cuentas no había nada más natural para un hombre como Joaquín, y en medio de quejidos, sudor y unos pies bien mojados partieron juntos a son de mar.

La "Pequitas" y su dueño navegaron un buen rato, se encontraban a la deriva, perdidos en medio del mar, aunque ya conocían demasiado bien el camino de regreso. El sol le pegaba en la cara y combinada con el agua salada que le botaba por los alrededores se le iba curtiendo un poco más la piel, haciéndole más amplios los surcos como recuerdo de una despedida memorable. El aire le jalaba el cuero de la cara y lo había despeinado completamente. Nunca se había sentido tan bien por desobedecer.

Estuvieron navegando sin sentido, sin noción del tiempo, hasta que don Joaquín se sintió saciado, entonces aventó su red al mar, sacó un pescado enorme; como golpe de suerte o tal vez como señal de agradecimiento por tantos años de compañía, y pensando en la increíble comidona que iba a preparar para su familia como gesto de disculpa

por algo de lo que realmente nunca se iba a arrepentir, partieron de regreso.

Dio un trago largo a la botella de tequila que tenía guardada en un compartimento de su lancha para alguna ocasión especial, y así, entre risas y nostalgia, un hombre de mar se despidió de la sensación de andar a la deriva.

NOCHES DE JAZZ Y SUEÑOS

Entro con mi confianza habitual al cuarto oscuro, mis zapatos de tacón brillantes resaltan en los escalones y las miradas caen sobre mi cuerpo. Sé lo que están pensando. He escuchado demasiados comentarios sobre mí, son variados, pero todos van de lo mismo; que voy brincando de bailarín en bailarín, que amanezco cada noche en una cama diferente, que me bailan las caderas de manera única con la suavidad de un saxofón o que tengo las piernas tan largas como la lista de hombres con los que he dormido. Es triste que este sea el único club de jazz que existe en la ciudad; es un buen lugar, las luces son cálidas y los músicos buenísimos, pero me ven como un personaje del que creen que saben todo y no tienen ni idea.

Inhalo el humo de los cigarrillos y habanos en mi camino a la barra. ¡Qué molestos! Pongo un brazo sobre un banco y espero a que me atiendan mientras doy golpes al ritmo de la música con mi pie.

—Buenas noches. ¿Me sirves? —le pregunto al bartender. Hay noches como hoy en las que me gustaría saber un poco más de este mundo.

—Cosmopolitan, ¿verdad? —se burla de mí. Sabe perfectamente mis gustos. Me carcajeo un poco.

—Por supuesto que no, un whisky a las rocas.

Lo termino de dos tragos para entrar en el ambiente y comienza mi búsqueda de pareja de baile. La música es muy buena como para estarla desaprovechando en pláticas estúpidas con esta gente. Sé que la gran mayoría de hombres aquí presentes estarían más que dispuestos a bailar conmigo. Le doy la mano al primero que veo sentado solo y que no me quita los ojos de encima.

El baile es fluido, pero tiene una mano inquieta que siempre intenta pasarse del espacio que separa mi cadera de mi trasero. No caigo así de fácil. ¡Imbécil! Busco mi siguiente pareja y así me voy de baile en baile, perdida entre cornetas, trombones y la delicia de los saxos. Intento escuchar qué tienen para decir sus mentes más allá de lo buena que puedo estar o las ganas que tienen de llevarme a su departamento. Regularmente es fácil tratar con lo mismo, pero hoy siento demasiado asco. Intento disfrutar de la música. Los ruidos no paran de crecer; las personas platican a mi alrededor y las mentes que se dejan leer después de un rato de contacto me llevan al límite. Me siento apartada de los demás y tomo mi whisky. Sé que no puedo estar perdiendo demasiado tiempo, tengo que encontrar al hombre adecuado para dormir con él hoy.

—Hola, ¿me puedo sentar? —de la nada apareció un veinteañero, delgado y por el saludo y su semblante al parecer sin mucha personalidad. Noto su timidez y eso me gusta. Al menos no está convencido con todo su ego de que soy su presa.

—Claro —abro el espacio de la silla de al lado.

—La verdad es que quiero bailar contigo, pero si estás cansada…

—¿Tienes talento?

—Dicen —le doy la mano y me lleva a la pista.

—Tienes pinta de poeta pero voy a confiar en ti —y lo digo de verdad, no sé qué tiene él, tal vez su aspecto de que no rompe ni un plato que me hace no estar a la defensiva por primera vez.

—Esto no se trata de mí sino de bailar. ¿O no me digas que no te gusta? —no tengo nada más que una risa para responderle. Tal vez el baile sea lo único que me gusta.

La música es suave como siempre, y no hablo del volumen sino del sonido que se mete como terciopelo en mis oídos y me mueve el cuerpo. Comienzo la pieza con mis hombros y espero que sus manos me agarren mientras giro. Cuando regreso mi cabeza y torso después de soltarlos a la nada, puedo verlo directamente a la cara. Es guapísimo, y sus ojos me tienen enganchada. Puedo ver lo que piensa. Escucharlo claramente. Toma un mechón de mi cabello y lo pasa rápido por detrás de mi oreja. La intimidad en el movimiento me sorprende. ¡No entiendo nada de lo que estoy sintiendo!

—Me gusta tu cabello. ¿Te han dicho que es como de otra época? Corto, rizado y rojo. Me encanta.

—Soy de otra época, pero shhh —pongo una mano en sus labios para que se calle. Me gusta lo que dice, pero es mejor lo que piensa. En verdad me sorprenden las cosas que piensa.

Me pierdo nuevamente entre lo que veo en su mente y los cruces de pies tan sincronizados que van de un lado, flotando, en sus brazos hábiles que se mezclan con los míos y me hacen girar, caer de un lado a otro. Me gusta cómo sostiene mi pierna, cómo acaba la pieza conmigo en el aire confiando en que al menos por hoy no me dejará caer. Por el momento encontré al hombre con quien quiero dormir hoy.

—Llévame a tu casa —le digo al oído.

—Me encantaría, pero baila conmigo otra pieza.

Nos volvemos a ir en canción, en una explosión de ritmo y magia donde me es difícil reconocerme. Al terminar compartimos un simple beso. Salimos del club para enfrentarnos al frío de la noche.

—¿Puedo pedirte algo? —le pregunto dejando de lado por completo la seguridad que siempre cargo.

—Depende de cómo sea.

—¿Podemos solo dormir esta noche?

—No es lo que se tiene en la cabeza cuando alguien tan bella como tú me pide ir a mi casa, pero puedo aceptar. —Le tomo la mano. La idea es extraña.

Caminamos por una ciudad dormida y disfrutamos de las luces, del frío que nos recuerda estar vivos, de nuestra compañía. Llegamos a un pequeño departamento y cuando lo abre me doy cuenta de que no me equivoqué: está lleno de libros, se trata de un poeta. Compartimos unos cuantos bailes más, es inevitable no probarnos los labios, pero cuando llega la hora dormir no hay más, y es extraño, por primera vez no regalar el cuerpo a cambio de los sueños.

—Descansa —me dice antes de quedarse dormido.

Cuando su respiración es lo suficientemente pesada pongo mi mano sobre su piel y espero a perderme en las cosas que sueña. Algunos me dirían ladrona, ladrona de sueños, pero no hay que confundirse. Necesito cada noche encontrar una cabeza que me preste su espacio para vivir mientras todos duermen. Me gusta su mundo lleno de música y letras.

A la mañana siguiente estoy segura de algo, acabo de descubrir que además de bailar también me gusta vivir en sus sueños.

Lydia Beatriz Pérez Fierro

EL ANHELO

La manita envuelta en el calor de la de su nana, la lleva caminando por la banqueta de la céntrica calle, Nico para en el mismo punto del tramo. Solo un ratito. Observa a "Bebequita" a través del amplio ventanal. Tiene los ojos abiertos, brillantes, fijos en un punto indeterminado del plafón azul cielo. Hoy está acostada en una bella cunita de madera blanca, con unos conejos rosa pálido, pintados en la cabecera.

Nana espera paciente a que la niña se llene de anhelo por la muñeca. Lleva la manita bien sujeta a su mano derecha, mientras en la otra, carga la bolsa de plástico tejida llena de la compra del día siguiente. Ha entrado en calor a pesar del frío matutino, la caminata semanal al mercado, parte de su rutina.

Nico se pega al vidrio, la manita libre aletea como pájaro sobre el cristal, imaginando que alcanza a mecer la cuna blanca. Traslada la mirada a la nana, transmitiendo su deseo. Quiere al bebé, a ese que se encuentra en la cuna tras el escaparate.

Nana mueve la cabeza de un lado a otro y niega mientras tira suavemente de su mano. Vamos, mi niña, le dice, ya la viste. Nico tira hacia el otro lado. "Bebequita Nana, ¿hoy sí?" Nana vuelve a negar. Vamos Nico, se hace tarde. La niña suspira. "¿Mañana?". La nana la mira con ternura, no puede retrasarse, no puede entrar con la compra en la tienda, y por supuesto, no puede comprar la costosa muñeca-bebé para

Nicolasa. Pero la niña insiste. Cada vez, cada día que pasan por el escaparate.

La semana pasada, al detenerse en el ventanal, Nicolasa posó la mirada a la muñeca. Tenía una linda pijama rosa, con borreguitos color crema; el anuncio de televisión dice que la muñeca se moja, llora y toma biberón. Ella le puede dar al bebé pastel de limón, aunque eso no sale en la tele. La bebé está muy solita en ese lugar. Nico se va con reticencia, alejándose a regañadientes, los pasos adelantados con la carita girada a intervalos hasta doblar la esquina.

El siguiente lunes por la tarde, a la hora de la compra, ansiosa va Nico tirando de Nana por la calle, se para en el mismo punto del trayecto, va sujeta una pequeña mano y la otra vuela como pajarito hacia el escaparate, los ojos abiertos buscan el nuevo atuendo de la bebé, si duerme en su cuna de rosados conejos, o si ve con fijeza al azul diseñado del cielo. Una pequeña silla junto a la cuna es nueva, de madera clara, apariencia pulcra y sin imperfecciones, la lámpara junto a la silla, con los mismos conejos rosados en la base, también novedad. Pasea sus ojos por el espacio, las alas de sus pequeños dedos revoloteando a la par de sus ojos sobre el vidrio. ¿Dónde está?

Los ojos de la Nana siguen a los de la niña. La muñeca no está en su sitio. Estira el cuello alcanzando a ver algún movimiento detrás del escenario de la popular muñeca. Los segundos pasan agrandando los ojos de la pequeña Nico, que van cambiando de la búsqueda juguetona a la incipiente angustia. Se acelera el corazón de ambas. Lo único móvil es la estampa de la banqueta. Llevarse a la niña de ahí será difícil. Además lleva la pesada compra en la otra mano.

Mira de reojo a Nico, calibrando su fortaleza, o su debilidad, o ambas. "Se la llevaron a cambiar de pañal Nico", le miente la Nana. La niña sonríe entonces con alivio, y se aferra con su ligero peso a ese preciso punto en la banqueta. "¿Espero, Nana?". El peso de la bolsa le entumece el brazo; las

calabazas de invierno, el paquete de carne, las verduras sobre la orilla de la bolsa… "Mejor mañana, Nico", tira de ella, tratando de despegarla del sitio, risas infantiles en el interior de la tienda. La manita de Nico, una ventosa de pulpo aferrada al vidrio. "Se tardarán un poco en cambiarla, Nico", vuelve a tirar de ella, esta vez con aprehensión.

La nana, con el brazo entumecido y la mano sudando, se lleva por fin a Nicolasa, caminando aprisa hasta la esquina, alejándose de la puerta de la tienda, por donde sale "Bebequita", envuelta en celofán.

LOS ELEFANTES

Cuando era niña, hubo una plaga de elefantes. ¡Los había por todas partes! En los mercados, en las calles, entre los árboles de los parques. Eran muy curiosos, bonitos y consentidos. Había de todo tipo: rosas y verdes; lisos y arrugaditos; pelones y peluditos como mamut; cabezones, moteados, orejones, unos desnudos y otros llenos de adornos como arbolito de navidad. Se acercaban a las personas cariñosas para que los rascaran un poquito e inmediatamente se subían a sus brazos. Les trepaban por los dedos, y se enroscaban como culebras haciéndoles cosquillas, se movían con su suave piel de elefantito muy despacio hasta quedar instalados en los hombros, o en la espalda para poder ir bien sentados.

A los elefantes les gustaba comer mucho, así que se comían la comida de los adultos, les gustaba dormir mucho, así que iban a dormir con ellos, y les gustaba platicar todo el tiempo, así que los distraían de sus tareas diarias.

Los adultos se veían cansados. Además, durante la plaga de elefantes, andaban por todas, creciendo y engordando, ocupando mucho lugar. Encima de todo, no se bajaban de la espalda de los adultos. Y empezaron a aplastarlos bajo su enorme peso. Nosotros no sabíamos qué hacer, porque los elefantes empezaron a pulular entre nuestras piernas y a distraernos mientras estábamos en clases desde casa.

Pero entonces, un día, inventaron la manera de desinflarlos. Formaron a los adultos en enormes filas, y pincharon a los elefantes. Por supuesto que no cabían todos, ¡los elefantes ocupaban mucho espacio! Cada adulto llevaba un elefante; unos los llevaban encima de los hombros, otros sentados en las piernas, en los brazos, en carritos, en autos. Era imposible caminar con tanto peso.

Así que, uno por uno, los fueron desinflando, haciéndolos chiquitos, y más chiquitos, y más chiquitos. Hasta que fueron pequeñísimos, y dejaron de aplastar a los adultos. Ya en la palma de la mano, se depositaban en una cajita para que los llevaran por fin, al lugar apropiado para elefantes.

Ahora que todo eso pasó, pienso si será conveniente rascar las lindas cabecitas de los cocodrilitos que empiezan a pasearse por las banquetas. Esos tienen dientes.

Susana Mercedes Pérez-Salvatierra

ANCLAS

Roxana entra en la sala de exposición con un semblante espléndido. Sus grandes ojos verdes brillan hoy de una manera especial. Era una joven de extraordinaria belleza. El día empezaba y el sol resplandecía en su alma marinera, aunque una tormenta acechaba con tonalidades oscuras imponiendo su naturaleza. Era su primera exposición de talla. Estaba nerviosa, un lugar como aquel imponía respeto. Su anhelo se hacía realidad, aunque ella necesitaba saber que aquello no era un sueño.

Mauro Dion había ido a recogerla al hotel en donde se hospedaba para dar los últimos retoques a la exposición. La sala del gran Museo Oceanográfica de Mónaco será donde muestre sus fotografías. Roxana no cree del todo lo que está pasando. Con su pantalón vaquero y una sudadera con El Calipso estampado, entra con Dion en aquel "Templo del Mar". Mauro le explica la importancia que ofrece el recinto a exposiciones de arte contemporáneo en donde se envuelve ciencia e historia.

En aquel momento la tormenta se aleja ya de los muros del museo. Roxana se detiene en lo alto de la escalera que precede a la gran sala y observa su perspectiva. Se impresiona. No puede evitar retroceder en el tiempo y a su memoria llega inevitablemente, Jacques Cousteau, el segundo en mos-

trarle los misterios submarinos que tanto la emocionaron en aquel programa que nunca se perdía, *El mundo del silencio*. Sonríe al recordarlo. Mauro la saca de su ensimismamiento.

—¿Preparada, Roxana?

Juntos comienzan su cometido. Roxana piensa de Mauro, que siendo una persona de espíritu abstracto y quizás algo cruel en su percepción del arte, queda claro lo que quiere expresar con sus fotos. Terminan de subir la escalera y en el preámbulo de la sala aparece el panel que presenta su obra. Ambos se detienen en silencio. Es Mauro quien lo rompe y lee en voz alta.

ANCLAS. Roxana Muciño

Anclas, históricas y contemporáneas.
Aún con brillo unas, envejecidas y colonizadas por moluscos otras.
Anclas sencillas para puertos protegidos.
Otras especiales para combatir huracanes.
Anclas de arena, rezones para rocas.
Anclas que luchan entre la necesidad de conservación y el daño terrible que subsiste a su alrededor.
Ancla de viejo galeón pirata y corsario.
Anclas que quedan enterradas en la bahía y nunca dicen adiós.
Hoy todas… cuentan su leyenda.

Son las siete de la tarde. Roxana llega con Mauro al Museo. Su vestido de gasa verde luce, sobre su escote un ancla de oro cuelga en una tierra de terciopelo negra, sobre la que se lee "Bretón". Desprende fugaces destellos cuando es iluminada por la gran lámpara del recinto. Mauro, en su esmoquin negro, la toma del brazo. Ella tiembla, por eso aprieta fuerte entre sus dedos el pequeño bolso en el que apenas cabe el celular. Tras la inauguración llamará a su padre. Fue él quien le

presentó la inmensidad del océano en todo su esplendor y la enamoró. Él ya no recuerda aquel día trágico. La espesura en el mar había sellado en negro y fuego una historia que Roxana jamás pudo contar. La marea los fue olvidando mientras enterraba su tesoro más querido. Hoy desvela por primera vez su más preciado secreto, su hallazgo jamás revelado.

Inéditas sobre las paredes de la sala, sus piezas habían encontrado donde anclarse y contar su historia. Se escucharon las campanadas de un viejo reloj. Se estremeció, levantó la cabeza y miró hacia la ventana. La tormenta había cesado por completo. Dion toma su mano y la tranquiliza. Ella le cuenta que pretende reunir con el mismo resplandor dos fuerzas motrices de la civilización, el arte y la historia. Cree haberlo conseguido. Dion, mirándola a los ojos, le contesta que el artista se convierte en antropólogo cuando cuenta su historia. Roxana sabe lo que un objeto puede narrar. Las anclas, con la simplicidad como elemento esencial en un navío, contrastan con las complejas historias que relatan. Evitan dejar el barco a la deriva.

Hoy solo hay una pieza en el museo que no cuenta su historia en un texto. Va inscrita en ella. Custodiada por una antorcha encendida, un pequeño prefacio reza:

Entre las aguas navegarás por siempre,
Anclada a tu estirpe marinera
Y adornarán las sirenas tu silueta
Con corales y anémonas.
De nuevo surcaras libre
Entre las aguas someras.
Bretón será tu navío
Y tu estandarte, una estrella.

Ni Dion, el afamado artista científico, ni los príncipes monegascos, son hoy los protagonistas en el museo. Ni siquiera Roxana lo es. Hoy es la historia contada por cada una

de sus piezas, sus anclas, las que toman el timón de la embarcación y le dan el protagonismo que merecen.

Roxana se detiene frente a la única pieza que se exhibe sola en la sala, "Ancla Bretón", y su mano acaricia la joya que cuelga de su cuello. Cierra por un momento sus ojos. Cuando los abre, el recinto queda iluminado con una penumbra de oro y miel en las que relucen expectantes las anclas ya cautivas, dando atributo a los navíos que alguna vez anclaron en puertos lejanos.

Roxana, con sus ojos anegados, toma su móvil y llama a su padre.

—Ella navega libre, papá, sin ancla, a la deriva.

SUEÑO INTERMINABLE

Termina agosto de 1991. El Sol danza derramando sables de luz que se clavan como encrucijadas mágicas, hilando sombras que despacio se dibujan anunciando mi partida. Había dejado de llover de pronto. El Astro secó las lágrimas caídas y apenas unos charcos reflejan el camino. La tormenta había esperado inquieta dando paso a una sensación extraña que flotaba en el aire. Los magnolios majestuosos, movían inquietos sus follajes incitando al alba. El estanque vacío, anunciaba su rotundo silencio.

Nerviosa abro mis ojos con ese primer haz de luz que se cuela por la contraventana y me obliga a blandir mi mejor sonrisa. Todavía en la cama. Estruendo entre silbidos, tintineos del viento, imprecisión de pensamientos. Se deslizan las notas que bailan al vaivén de aquel sonido que imaginario me susurra al oído tonos en Do menor. Mis células se agolpan y construyen formas y contornos dejando su espacio en aquel pentagrama en el que aún no se acomodan. Me doy cuenta. ¡Hoy dejo España!

Me esfuerzo en esbozar mi próximo futuro. Sinfonías de un siroco lejano tocan mi ventana, arden ya con promesas de colores nuevos. Algarabía en mi pecho. Gira mi cabeza entre azules y grises, aún sin dejarme despertar, y aprovecha la luna vieja para dibujar su silueta de cristal. Mordisqueo mis

sueños que se van descolgando, arañando el rostro de las nubes bajas y ya en vigilia me siento casi al otro lado del mar.

Desciendo la vieja escalera, despidiéndome despacio. Paso frente al piano que tantas veces recitó sus melodías. Veo a la Virgen Inmaculada dándome paso y siento a mi madre rezándole con el vendaval que se aproxima. Me convierto de pronto en una pieza más. Abajo, San Jerónimo me observa con su tenue mirada y al final de la escalera los dos guerreros de madera me dan su último adiós.

Mis héroes, los que más quiero, lucen sus medallas conteniendo el llanto disfrazado en una sonrisa, hacen juegos malabares en la mesa blanca de la cocina. Y frente a los grandes ventanales con el café humeante que tomamos con prisa pero muy despacio, nos miramos con ternura, sin nostalgia todavía.

Ruidos, taconeos, movimientos de abrazos y besos. Lágrimas que resbalan, risas y alboroto. Olor a madera vieja, a tierra mojada que hace prisionera la hiedra junto a la muralla. Cruce de miradas que van dando inicio al camino. Se repiten los interminables cantos del adiós en aquellas voces tónicas como siempre hacíamos y todo en mí se hace barullo, se agolpa y me ahoga irremediablemente.

Me elevo entre el mar de nubes furtivas, sosteniendo la mirada sobre el paisaje verde que voy dejando atrás y es entonces cuando mis propias lágrimas esgrimen su tristeza. Mientras pasan los minutos me veo huir con pasos invisibles. Ya el viento me arrastra, me dejo flotar agazapada como cristal de hielo.

Buenos días, luz de ocre movimiento. Cactus, arena, desierto. ¡Océano bravío, sin nombre apropiado! Columpio que mece todas mis emociones. Recupero el aliento con mis alas abiertas. Cielo, gaviotas, pelícanos, puerto marinero. Mi primer día. Mi primera nueva sonrisa al amanecer. Guardo mis lágrimas en el azul profundo de la bahía.

Es primero de septiembre, mes patrio. Banderitas por doquier. ¡Pásele, señorita! Compro la mía pensando lo cara que

es, hasta que me doy cuenta de que los pesos arrastran muchos ceros. ¡Hey, güera, *fish tacos*! Me recibe un sol espléndido. Luces y colores y ninguna papelera en donde tirar el plástico que envuelve mi tarjeta de larga distancia.

Preguntas y respuestas de cortesía. En la calle me insisten que compre un gran sombrero verde con destellos dorados. Opto por uno de paja muy bien elaborado. Es bonito y me servirá. Un mariachi toca una vieja melodía en una cantina cercana al salón de té en donde me siento, *El Rey*. Me trae recuerdos de mi patria, a mi padre le gustaba. Solíamos acabar las fiestas con ella. El camarero muy amable me pregunta de qué quiero el té. Simplemente un té, gracias, a lo que él responde de nuevo: "¿Un té de qué, señorita?". Nos miramos un momento y sonreímos. Al cabo de un rato de investigación, y contra todo pronóstico, saboreo un delicioso té negro a la orilla de la calle más popular de mi nueva residencia.

Saco mi libreta y reseño una breve memoria tratando de hilvanar las palabras descubiertas que quedan tintadas en las hojas para siempre.

Sé que fueron años generosos. Sé que el viaje no tuvo retorno. Es… un sueño interminable.

José Carlos Rodríguez Kélez

LAZY SATURDAY MORNING

My eyes open thirty minutes after noon. A few seconds pass before I gain consciousness. I experience the first seconds of my weekend as I listen to the silence that permeates my room. I explore the house, no one in sight. I proceed by cooking an elaborate breakfast. It consists of a delicious mixture of marshmallows and grain swimming in milk. Generally, silence soothes me, but today I felt like eating while I enjoyed my favorite show. Ross, Chandler, Joey, Rachel, Monica, and Phoebe accompany me through my meal. The episode begins with a familiar scene: the gang is sitting at the coffee shop while they immerse in conversation. Monica and Chandler waltz into the room and they announce that they will be hosting a Halloween party. I have seen this episode before. I have seen it enough times that I can recite the words. I ask myself: How many times have I watched this episode? How many minutes have I wasted watching the same events? Why do I enjoy watching it if I know how the episode is going to turn out? My mind wanders away as the sitcom progresses in the background. What started as a simple question morphed into an existential crisis. I slept all morning while people were working for their future. While I lay on my couch eating cereal, people are realizing their goals, they are fighting adversity, and growing as human beings. I spend

hours watching sitcoms that fail to contribute anything to my growth. I am wasting the most expensive feature of life: time.

Time is fleeting, time runs fast, time does not stop for anyone. I have spent countless hours in front of a screen, mesmerized by the entertainment it displays. These are precious hours that will not come back. These hours are specifically important because I am amidst the prime of my physical attributes. As I grow older, my knowledge extends while my youth decays. It is imperative for my success that I take advantage of these few years when my youth and my knowledge are at their peak together. This fifteen-year stretch will decide the outcome of my life. I have always been aware of this, and I feel the pressure on my shoulders. I have a myriad of decisions to make and infinite paths to take. Despite giving it years of thought, I still do not know which profession is the one I want to practice when I tackle my years of labor. I am in the midst of completing a four-year major, but I don't know if that is what I was born to do. I am lost, trying to find the meaning of life. I want to find something that I am passionate about to dedicate all my time and energy to it. I am balancing my hunger for success with my need for peace and happiness. I feel the burden of expectations on my shoulders. I am an astute and talented individual who has the gifts to take over the world. The only factor stopping me is my inadequate work ethic and an insufficient amount of confidence. I know that with the right mindset, I will lead a life that people will remember. I must start now. Our days are numbered, and our time here on earth is priceless. I can hear the clock ticking and I must act quickly. Every day presents an opportunity to be special. I will give it my all, leaving nothing behind. As I am ready to run through a thick wall, the screen asks me if I want to proceed with the next episode. I ponder couple of seconds, I grab the remote, and I accept. I lay back and watch the next one. My conquest of the world will have to wait twenty-two minutes.

Martín Tirado Medina

TIEMPO DE FRÍO

Exageradamente abrigado bajó del camión. El camino a su lugar de trabajo seguía marcado y siguió pisando la fina escarcha que se había acumulado, abriéndose paso entre los visitantes que se tomaban fotos en el letrero de bienvenida al parque y los niños jugando con las hojas regadas en el suelo. Nada como ejercitar los músculos después de unas largas vacaciones. La cabaña de madera, construida siguiendo una arquitectura rústica, albergaba decenas de turistas esperando visitar las montañas. Compactados por el pequeño espacio y con su aliento opacando las ventanas, el recepcionista tenía que estar pasando una mala mañana.

—¡Antonio! ¡Cuánto tiempo sin verte! —dijo, olvidando por unos segundos que los clientes esperaban en el mostrador.

—Se siente bien estar de vuelta. Oí que se acercan días helados.

—Ya sabes. La gente ama el frío.

Una vez más de vuelta. Estaba tan familiarizado con el terreno, el clima, la flora y la fauna que el parque se había convertido en su segundo hogar. Había estado ahí desde que fue construido y fundado, y a pesar de su corta vida, tenía muchas historias que contar.

Entró a su oficina y preparó una taza de café. Subió las escaleras para colocarse en la torre de observación número 14.

Desde ahí el relieve arrugado, eterno y lleno de pinos, abarcaba todo. De arriba a abajo, de izquierda a derecha. El hecho de que, dentro de unas horas, el mundo entero se pintaría de blanco, parecía imposible. Pero los pronósticos del clima jamás se equivocaban.

El trabajo demandaba más que mirar el paisaje. Acabó con las últimas gotas de su taza y bajó a la base de la cabaña. Descolgó su chaqueta de guardabosques, ajustó sus botas y echó a la cajuela de la cuatrimoto todo el resto del equipo. Arrancó y echó una última mirada a la recepción. Un nuevo camión cargado de turistas se estaba preparando para alargar la fila.

Cada segundo en el parque era valorado por los visitantes. Después de todo, habían recorrido una gran distancia para llegar a su destino. Su experiencia le había dotado de una habilidad para reconocer a los tipos de turistas: estaba la gente que visitaba por unos días para ver la nieve por primera vez y después desilusionarse por el frío intenso y volver a casa. Había quienes se emocionaban tanto al ver el paisaje blanco que olvidaban que sus dedos se estaban congelando bajo sus botas y guantes húmedos. Otros se hospedaban por meses en las cabañas de las montañas, buscando una vida que jamás pudieron tener, lejos de la civilización y rodeados del paisaje natural. También estaban los investigadores que aprovechaban las condiciones únicas del parque para estudiar cómo se había adaptado la vida en aquel entorno, para mantener el ecosistema estable o para introducir mejoras a las condiciones del ambiente.

Recorrió la estrecha carretera que serpenteaba la montaña, más alta que cualquier zona de esquí o de alpinismo. Era una forma barata y discreta de mantener las regiones técnicas del parque, alejadas de los visitantes. A aquellas alturas, el frío era más notable, así como la intensidad del sol. La montaña más alta del parque no tenía una cima que pudiera ser escalada por un turista, pues el acceso estaba es-

trictamente prohibido. En más de una ocasión tuvo que interceptar por helicóptero a alpinistas intrépidos que, o bien ignoraban el propósito de aquella montaña o pensaban que era una meta más.

La carretera concluyó en un pequeño estacionamiento frente al edificio que reflejaba la luz de la misma forma que lo hacía la nieve. Otra forma sencilla de camuflar aquellas instalaciones. El choque de temperatura al abrir la puerta y el olor de la cafetería lo invitaron a sentarse a comer; su día ya estaba lleno con tantas actividades. A diferencia de su cabaña, las instalaciones se mantenían templadas con calefacción eléctrica, en vez de chimeneas y leña que impregnaba la ropa de humo. Tomó un desayuno empaquetado y caminó por los pasillos hasta llegar al departamento de clima.

Las oficinas habían sido construidas con concreto y metal para poder subsistir allá arriba por el mayor tiempo posible. No tenía sentido construirlas de madera, pues no formaban parte de la vista diaria de los turistas. En cambio, servía para muchos de los empleados del parque, quienes se reunían cada semana para discutir distintos aspectos de su cuidado.

La encargada de monitoreo de clima estaba sentada en su escritorio, mirando hacia una pantalla que mostraba el avance de la tormenta.

—¿Qué tan grande será? —preguntó Antonio.

—Oh, nada que no podamos manejar —dijo mientras giraba su silla.

—No habíamos tenido nada de esta magnitud en mucho tiempo.

La pantalla reportaba grandes niveles de nieve, temperaturas récord y ráfagas de viento que amenazaban con aniquilar a los jóvenes pinos que habían plantado en las regiones más despejadas del parque. A pesar de todo eso, los turistas no dejaban de llegar.

—Precisamente. Nos aseguramos de que todo estuviera en orden en cuanto nos enteramos.

—De igual forma. Regresé en cuanto me enteré del evento.

El evento le daría más trabajo a los guardabosques de lo usual. Los camiones apenas habían terminado de repartir y abastecer a las villas de provisiones para que nadie tuviera que arriesgarse a salir.

Cuando descendió hasta la carretera principal, la caldera artificial había producido una columna de nubes oscuras que no dejaba de crecer en lo más alto de la montaña, de la misma forma que en el norte y en el sur. Dentro de unas horas cubriría todo el parque y las temperaturas se desplomarían.

Los sensores de viento de los puestos de monitoreo ya estaban registrando ráfagas más altas de lo usual, pero no necesitaba mirar la pantalla de la cuatrimoto para darse cuenta. El viento arrastraba hojas y ramas, y sacudía el equilibrio de las personas. Los árboles se doblaban de un lado a otro y no había ninguna ave a la vista. Todo y todos esperaban con emoción la llegada del meteoro.

Era, probablemente, ese estado de alerta el que emocionaba a las personas. El no saber qué iba a pasar una vez que todo se oscureciera y el viento y la nieve comenzaran a atacar el paisaje. Era un cambio sano en el ritmo de vida de muchas personas, una oportunidad de experimentar riesgos después de años de vivir en un clima ideal, donde todo se mantenía en orden. Pero el parque era diferente. Era un orden que provenía del caos controlado que los ingenieros habían creado para convertir el clima de las montañas en algo impredecible, pero no caótico. Pizcas de nieve aquí, lluvia por acá. Un poco de sol en primavera, seguido de una sequía que duraba meses. A pesar de aquellos estados de emergencia temporales, la vida en el parque no dejaba de prosperar. Hace unas décadas nadie pensaría que un ecosistema tan complejo cabría dentro de un espacio tan pequeño y mucho menos si estaba flotando en el espacio. Pero ahora era la norma en vez de una fantasía.

Encendió su cuatrimoto para comenzar el patrullaje por las cabañas de una ladera peligrosa. Durante su tra-

yecto los primeros signos de nieve comenzaron en su visor y luego en los pinos. Podía tomar el metro que siempre estaba en servicio a pesar del mal clima, pero perdería la oportunidad de ver el paisaje. Además, su uso estaba ahora relegado a transportar materiales y suministros a los puntos clave del parque.

El mundo debajo del mundo. A algunos metros bajo el suelo estaba el laberinto de máquinas, circuitos y mecanismos que mantenían la biosfera del parque estable. No estaba seguro si conocía a todas las personas que, a diferencia de él, recorrían los fríos pasillos de mantenimiento a diario. Después de todo su trabajo se limitaba a cuidar tanto el parque como a los visitantes. No necesitaba saber cómo el agua de los ríos era circulada, ni cómo el suelo se mantenía fértil, ni cómo el aire era purificado. Más abajo de ese laberinto tan prístino como el bosque nevado estaba la gruesa pared metálica. Un cascarón que abrazaba el mundo entero, un escudo que los protegía del oscuro y gélido vacío.

Se detuvo en medio de la villa. El teleférico para esquiadores estaba detenido, sus cables sacudiéndose, apenas visibles entre la nieve. Una pareja estaba al borde de la ladera tomándose fotografías, la cámara apuntaba al paisaje que cada vez se volvía más nebuloso. A lo lejos se miraban las lucecitas ámbar provenientes de las chimeneas que calentaban los dormitorios y de las lámparas que iluminaban las calles.

—¿Primera vez aquí? —no pudo evitar quedarse callado.

—Sí, nunca habíamos visto la nieve.

—La tormenta sólo empeorará. Tomen todas las fotos que puedan. Les recomiendo que permanezcan en la cabaña hasta que termine.

—¿Cuánto tiempo durará?

—De dos a cuatro días. No estamos completamente seguros.

—¿No están seguros? ¿Qué clase de hábitat no tiene control total sobre su clima? No queremos desperdiciar nuestro tiempo encerrados.

También estaba el turista que exige que el parque funcione de la forma en que él quiere. Antonio no podía hacer nada por detener el ritmo de la tormenta, pero tenía que soportar las quejas y, a veces, insultos de ese tipo de personas.

—Tenemos total control sobre él. Pero las tormentas que generamos son, muchas veces, impredecibles.

No podía culparlos. Los climas de la mayoría de los hábitats espaciales estaban totalmente controlados. Las temperaturas planificadas para cada día y hora del año, pero en el parque, las cosas se hacían de manera distinta. Era esa característica la que le daba su reputación y fama. El problema es que había gente que le molestaba eso. El hecho de no tener un clima estable incomodaba a muchos.

Antonio aceleró, dejándolos solos, y continuaron tomando fotografías un poco molestos. Era su primer día de trabajo después de unas vacaciones y el parque decidió recibirlo con la tormenta más grande en años. Era una tormenta que causaría conmoción, las noticias propagándose por el espacio, atrayendo a más turistas, curiosos por conocer el parque que, aparentemente, decide su propio clima. El parque había tenido días lluviosos, días soleados y días nublados. Pero hoy era tiempo de frío.

Héctor Torres García

ROSALIA

Abro los ojos y me despierto. Agarro las pastillas que están sobre mi mesa y me tomo la dosis de la mañana. Desalojado camino hacia la cocina. Recibo una llamada de mi hermano. De nuevo quiere hablar acerca de mi desempleo. Mi hermano… Siempre buscando el placer de la superioridad en la ayuda a los necesitados. Es un idiota. No sabe nada.

La mayoría de las personas se condenan a sí mismos a prisión. Es un diferente tipo de prisión. Un cubículo, una oficina, un trabajo al que te han hecho pensar que necesitas. Una idea plantada en nuestra cabeza desde el momento en que nacemos. Toda mi vida se me ha formado con la convicción de que también debía vivir condenado a esta prisión; y por mucho tiempo, lo estuve. Hipnotizado por los beneficios superfluos que me otorgaba; acostumbrado desde joven a gozar de la riqueza material que me traía… sin pensar en las áreas en que reflejaba la verdadera pobreza.

Desde pequeño quería escribir. Un sueño que fue aplastado por la cruel realidad del mundo en el que vivimos. Decidí entrar a la universidad y estudiar para ser contador. Y así, mi sueño, como millones de otros sueños, se desvanecieron; disolviéndose en el aire tóxico de la realidad, contaminado por verdades fuertes y difíciles de tragar.

No es hasta que nos damos cuenta, que nuestros sueños valen más que las conformidades de una vida cómoda y que podemos ser liberados de aquella prisión. Asunto que nunca lograré explicarle a mi hermano; la respuesta al porqué de sus llamadas que me acosan a diario y la razón por la cual me marca en estos momentos.

La llamada de mi hermano recorre sus rutas ordinarias de discurso. Al finalizar de darme opinión de porqué debería de regresar a trabajar, se detiene a pedirme un favor. Necesita que cuide a mi sobrina, Rosalia, por el día de hoy. Sabe que no tengo un empleo y, como no tengo una buena excusa, me veo forzado a aceptar.

Acordamos de vernos en un parque que queda a media distancia entre los dos. Decido caminar, en parte para ahorrar gasolina, pero también para encontrar inspiración en mis alrededores. Llego al parque con uno de mis objetivos fracasado. Rosalia se baja del vehículo de mi hermano y camina hacia mí. Parece que ahora tiene casi unos seis años. Saludo desde lejos para despedirlo mientras avanza y gira a la izquierda, fuera de mi vista.

Rosalia se planta enfrente de mí. Ninguno de los dos sabemos qué decir. Hemos interactuado entre nosotros aproximadamente dos veces en toda nuestra vida. Finalmente ella rompe el silencio: —¿Puedo ir a jugar?

Muevo la cabeza señalando que sí. Me siento en una banca donde pueda observar a Rosalia desde una distancia segura. La violencia y el crimen en la ciudad ha aumentado en los últimos años o quizá siempre ha estado igual y apenas se le está dando la atención que merece. Sin importar, no quiero que nada le suceda a Rosalia; pero, en cuanto me siento, mi mente regresa a su objetivo de escribir. Comienzo a escribir un cuento corto en mi libreta, pero por cada dos renglones que escribo en la hoja, elimino uno. No llego a ningún lado y me rindo después de un tiempo. Rosalia se me acerca y se sienta a mi lado. Intenta conversar conmigo.

—¿Estás escribiendo?

—Estaba.

—¿De qué escribías?

Me quedo en silencio ante esta última pregunta, no por ser grosero, pero me hace falta una respuesta. Soy de la mentalidad de que si no tengo nada bueno qué decir, no lo digo. Si no tengo nada bueno qué escribir, no lo escribo.

Rosalía y yo platicamos un poco más. Estaría mintiendo si dijera que no me he encariñado un poco con la niña. Nuestra relación familiar me ayuda a sentirme cómodo en su presencia. Es de las pocas personas con las que me he sentido así en un largo tiempo. Es fácil platicar con ella. Nuestra relación, más el hecho que solamente tiene seis años, me ayudan a llevar una conversación fluida. No nota mis momentos extraños, aunque estos son pocos. No he hablado con alguien de esta manera desde que empecé a tomar mis pastillas. Mis pastillas… tampoco he podido escribir desde que fui diagnosticado.

Regreso junto con Rosalia a mi casa, contemplando mi hipótesis de las pastillas. Le agarro la mano para asegurarme de que nada le suceda. He creado un lazo emocional con esta niña. Al llegar, le doy de comer de lo poco que tengo, pero ella felizmente lo acepta y conversamos hasta que la recoge su padre alrededor de las tres de la tarde.

Continúo pensando en los efectos de mis pastillas. Estas tienen un claro impacto en mi personalidad, eso me lo dijeron los doctores. ¿Será posible que también estuvieran actuando como un drenaje creativo? ¿Será que son un obstáculo para el logro de mis sueños?

Me duermo con todos estos pensamientos en mi cabeza.

Los rayos de sol mojan mis párpados y me veo forzado a despertar e iniciar el día. Me levanto, tomo mis pastillas, sigo pensando en mi hipótesis de ayer, y me preparo desayuno. Recibo una llamada de mi hermano, de nuevo necesita que cuide a Rosalia. Esta vez acepto de buena manera y contento. Cojo mi libreta, y me dirijo de nuevo al parque.

La rutina parece la misma de ayer, pero esta vez la cuido de manera atenta la mayoría del tiempo y me acerco a jugar con ella. El día avanza de maravilla, hasta que veo a un hombre acercarse al área de juegos. No tiene a ningún niño con él y no parece ser padre de ninguno de los juegan en el parque. Me da una vibra extraña y rápidamente agarro a Rosalia de la mano para dirigimos hacia mi casa.

Cuidar a Rosalia se vuelve algo rutinario y mi hermano me ofrece dinero por brindarle este servicio, pero lo rechazo. Rosalia se vuelve una parte importante de mi vida.

Mientras tanto, mis dudas acerca de los efectos de mis pastillas no se han borrado de mi mente. Es un pensamiento que me ha atormentado durante días, pero encuentro verdad en él. Mi escritura carece de originalidad, de un toque que antes era mío, de pasión, de sentimiento.

Recuerdo los versos que escribía en esos tiempos. ¡Cómo fluía mi pluma al escribir cada uno, cada concepto cargado de sentimiento, de emoción! Poemas y cuentos perfectamente estructurados, palabras con un significado, un propósito. El escrito no pensado ni contemplado fluía a través de mí de manera natural. La idea viajaba de mi entendimiento a mi mano, quien plasmaba en el papel el producto de mi ingenio y creatividad.

Esto fue antes de esas malditas pastillas. Disminuyen mi locura, pero mi creatividad también con ella. La pasión por crear quema dentro de mí. Para eso vivo. Entiendo ahora que, sin escribir, mi vida carece de sentido. Puedo estar vivo, pero no estoy viviendo. Decido dejar las pastillas, aceptando las consecuencias que puedan venir porque sé que una vida sin escribir no es la que quiero.

Camino por la casa de manera desesperada. Busco un lugar dónde aventar las pastillas, algún lugar donde se borren de mi memoria y queden en el olvido. Mis ojos se fijan en la puerta de mi sótano. La abro y se revela completa oscuridad. No puedo ver ni un metro enfrente de mí. Arrojo las pastillas

y desaparecen entre la sombra. Soy libre. Me voy a dormir esperando un día mejor.

Amanece. Abro los ojos, me levanto de mi cama e instintivamente extiendo mi brazo para alcanzar mis pastillas, pero mi mano, impulsada por la familiaridad del movimiento, se cierra y sostengo nada más que aire. Ahora recuerdo la decisión de anoche. Comienzo mi día sin barreras que impidan cumplir mis sueños y las posibilidades parecen infinitas.

Me siento en mi escritorio, saco mi pluma y comienzo a escribir. Mi mano fluye a través del lienzo, escribiendo hermosos versos, como antes solía hacerlo. Toda mi experiencia de vida, mi trabajo, mi gran revelación, todas fuentes de creatividad. Escribo todo el día sin parar. Tengo que decirle a mi hermano que hoy no puedo cuidar a Rosalia. Al final del día, tengo una libreta llena de obras maestras. Mi imaginación al fin danza liberada.

Los siguientes días escribo y escribo sin descanso. Después de cancelarle a mi hermano, en varias ocasiones, me deja de llamar para pedirme que cuide a Rosalia; aunque la extraño, me encuentro demasiado concentrado como para perder tiempo cuidándola. Tengo suficientes poemas para publicar tres libros. Hasta mis pensamientos son poéticos. Pero mi situación comienza a turnarse hacia un lugar más lóbrego.

Tengo pesadillas. Escucho gritos y voces que llenan la cabeza de ideas, ideas horribles. Lloro la mayoría de las noches abrazado a mi almohada.

Al amanecer, las voces cesan. El día es hermoso de nuevo, llega la inspiración e ingenio. De nuevo lleno mis hojas y encuentro la inspiración en todos lados. Pero al caer la noche, vuelvo a escuchar los gritos. Sé que están en mi cabeza. Sabía que dejar mis pastillas tendría consecuencias.

Las voces no parecen venir de mi cabeza. Se escuchan por toda la casa, la recorren como un aire maligno, como una peste de sufrimiento que golpea contra mi puerta. Parece que los gritos cobran vida dentro y por más que trato de

convencerme que están en mi cabeza, no podrían sentirse más reales. Acostado en mi cama pienso que los gritos vienen desde el sótano y que escucho golpes contra la puerta, como alguien tratando de salir. Compro una cerradura.

Me siento cansado. Los días parecen fundirse unos a otros. Pierdo noción del tiempo. Por el día mi cabeza fluye con ideas hermosas. Un lienzo que pinta libremente palabras que retratan belleza; pero por la noche me acosan, arrasando con cualquier memoria buena que podía haber dejado el día.

Pero mis escritos permanecen.

Decido mandar una recopilación de mis poemas a una editorial. Pronto sabré si consideran que soy lo suficientemente bueno para publicar.

Mi hermano me llama y dice que se irá de viaje una semana. Me pide de favor que cuide a Rosalia. Me pregunto si debería de estar a cargo de ella mientras me encuentro en este estado, con las voces… aunque la extraño. Tal vez su presencia me ayude a tranquilizarme un poco. Acepto. La deja en mi casa por la noche y ahora estoy a cargo de su vida mientras mi hermano se dirige al aeropuerto.

Subo la maleta de Rosalia a mi cuarto, donde dormirá ella. Se acuesta en mi cama. Cierro su puerta y la dejo dormir. Me instalo en el sillón con una vista alineada a la puerta de mi sótano. Lloro toda la noche.

El siguiente día la llevo al parque. En el camino menciona mi deteriorado aspecto físico. Le doy una sonrisa y le digo que no he podido dormir bien. Me cuenta que ella, cuando no puede dormir, toma leche caliente. Empieza a hablar y hablar como lo suelen hacer los niños. Llegamos al parque y descubro a un hombre observándonos. Rosalia se adelanta hacia los juegos, pero me quedo mirando, atento, a aquel individuo. Es el mismo que nos vigiló en otras ocasiones. Me siento incómodo con su presencia; agarro de la muñeca de manera agresiva a Rosalía y le digo que nos vamos de regreso a casa. La ciudad está llena de gente peligrosa y jugar en las calles no es lo mis-

mo que solía ser en los tiempos de antaño; pero ella no comprende y llora todo el camino. Llora y llora…

En casa sus llantos no han cesado. Me grita que se quiere escapar, que no desea quedarse conmigo y que he cambiado. Grita que extraña a su papá. Me acuesto en el sillón y me cubro los oídos con una almohada. Los gritos en mi cabeza se unen a los llantos de Rosalia y se mezclan en un remolino de sonidos que no podría llamar gritos humanos. Suena como si mil almas lamentándose fueran mezcladas con la representación auditiva de lo que es el sufrimiento. Me aprieto tanto los oídos tratando de bloquear el sonido que siento que me voy a reventar mi propia cabeza. Me entrego a los sonidos y suelto mis manos; por alguna extraña razón me quedo dormido.

Me levanto en la mañana en el suelo de mi sala, al lado del sillón. No recuerdo haber tenido problemas para dormir después de lo sucedido. A pesar de no haber escuchado más las voces, siento pleno horror cuando no encuentro a Rosalia en mi casa. El pánico inunda mi cuerpo y el miedo se apodera de mí. Marco a emergencias para reportar un secuestro y mandan a un detective. Le cuento todo lo que sucedió ayer y que sospecho del hombre que vimos en el parque. El detective me dice que también existe la posibilidad de que se haya escapado y no haya sido capaz de encontrar el camino de regreso. Si hablar con el detective fue difícil, hablar con mi hermano fue mucho peor… nunca podría llegar a verlo a la cara.

Intento escribir para distraer mi mente de Rosalia, pero su imagen ha contaminado mi cabeza. Los gritos y sollozos ahora me acosan durante el día y la noche; pero la parte más escalofriante es que ahora han sido reemplazados con los gritos de ella. El trauma y el dolor de haber perdido a mi sobrina, a mi única amiga, me quebranta el espíritu. Me encuentro ahora encerrado, incapaz de escapar de los gritos de mi Rosalia. Sus llantos parecen radiar de cada centímetro de la casa. Cada pared grita y llora con su voz. Le marco al detective por lo menos una vez al día, esperando cualquier tipo de avance.

Le comparto mis pesadillas, las voces y los gritos que escucho. Le cuento sobre lo que hice con las pastillas y me recomienda que las vuelva a tomar.

—No creo que sea saludable para usted ponerse en esta situación considerando por lo que está pasando. Le recomiendo que vaya con su doctor y vuelva a su medicamento. Le llamaré con cualquier avance que se logre en la investigación.

Lo que él no sabe es que ya lo he hecho. Fui con el doctor y he estado tomándolas de nuevo desde el segundo día en que empecé escucharla; sin embargo, sus llantos no han parado.

Me dedico a intentar escribir, pero no me salen las palabras. Las voces me atormentan día y noche; incapacitan mi creatividad y matan a cualquier verso hermoso que quiera salir de mí. Regresa una carta de la editorial. Dice que están dispuestos a publicar una colección de mis poemas, solo requieren que escriba unos cuantos más que ellos consideren aceptables. Al parecer mi sueño nunca fue tan inalcanzable. En estos momentos los sacrificaría por un instante de paz y silencio.

Cuando los gritos de Rosalia se empezaron a volver menos frecuentes fue como si el mundo me estuviera diciendo que lo había logrado. Sus llantos se convirtieron en nada más que el sonido de una niña llorando, cada vez más bajos, hasta que finalmente, dejo de escucharla llorar.

Puedo descansar y concentrarme en escribir esos últimos poemas que me pidió la editorial. Tengo intenciones de hacer los mejores que haya escrito en toda mi vida. La nueva tranquilidad que me ha otorgado el cesar de los gritos de mi sobrina me hace sumamente feliz. Es gracioso cómo a veces ofrecemos ciertas cosas como nuestra sanidad por menos.

Me encuentro recostado en mi cama cuando veo las luces de un carro de policía. ¡Es el detective! ¡Debe de tener información acerca de Rosalía! Mi casa se encuentra iluminada solo por el potente brillo de la luna y de las luces de su carro. Un brillo fuerte, una noche inolvidablemente hermosa, de tal

manera que no es necesario prender ninguna luz cuando camino hacia mi puerta. Abro y el detective entra a mi hogar. Le pregunto si tiene algún avance.

—Algo así.

Comienza a caminar por la casa sin pedirme mi permiso. Su actitud hacia mí es un poco hostil y es diferente a la manera que me había tratado antes.

Camina examinando toda la casa mientras me hace preguntas acerca de mi relación con Rosalia y mi hermano. Le cuento solamente aspectos buenos, pues es lo único que hay que contar. El detective parece insatisfecho con mis respuestas. Sospecho que duda de mí.

Se detiene enfrente de la puerta al sótano. La mira un segundo, intenta abrirla y luego nota la cerradura. Me pide que por favor la abra.

Como si mil memorias inundaran mi cabeza, el miedo y la comprensión de lo que he hecho se apodera de mi cuerpo. Sé que no puedo. Antes no sabía por qué no podía entrar al sótano, pero ahora la razón es clara para mí. Me pide de nuevo que la abra, esta vez un poco impaciente y más agresivo. En una revelación similar a la que tuve cuando dejé de tomar mis pastillas me doy cuenta de que por nada del mundo debo abrirla.

Ahora soy capaz de recordar todo. Me rehúso a cooperar con el detective. Su cara me lanza una mirada de frustración y enojo. Comienza a gritarme que abra la puerta, pero sé que no puedo. Me sigo negando. Saca su pistola y apunta hacia la cerradura. En un momento de desesperación me aviento a sus brazos y lo jalo, alejando su pistola de la puerta. Se escucha un disparo y una bala choca con la pared. Me da un codazo en la nariz y caigo. Veo manchas negras en la casa ya oscura y trato de recuperarme del golpe. El detective dispara y abre la puerta de una patada. Puedo observar cómo sus ojos se llenan de terror y cómo brillan con lágrimas que se generan después de ver una escena tan espectacularmente horrí-

fica. Repugnado por el olor, se voltea. Veo mi oportunidad de atacar y me levanto, pero él, con un movimiento rápido y fluido me empuja contra la pared y me lleva nuevamente al suelo. Mi cara queda hacia el sótano.

Mientras esposa mis manos detrás de mi espalda, mis ojos observan lo que ya sabía que se encontraba adentro, pero es más espantoso de lo que me pude haber imaginado. Es su cuerpo pudriéndose, boca abierta, gritando desesperadamente por ayuda, pero no se escucha ahora ningún grito.

SOBRE LOS AUTORES

Cristina Acosta Díaz
Tijuana, 2001. Forma parte del taller de Escritura Creativa desde 2019. Estudia Ingeniería en Energías Renovables, en campus Tijuana.

Cristóbal Acosta Villegas
Tiene 20 años de edad y escribe desde la edad de 11. Estudia Ingeniería Cibernética Electrónica. Sus aficiones son la programación, coleccionar música en vinilos y escribir historias que publica en plataformas como Wattpad, WordPress y Blogger. Sus géneros literarios favoritos son la ciencia ficción, el misterio y la fantasía.

Raúl Abel Betancourt Rodríguez
Ensenada, 1994. Estudia la Licenciatura en Psicología Clínica en el campus Tijuana. Es un lector asiduo.

Alfredo Campaña Vázquez
Tijuana, 2002. Estudiante de Bachillerato Internacional de la generación 2017-2020. Ganador del primer lugar en la convocatoria de 2018 con el cuento "La perspectiva del incidental"; y ganador del primer lugar en la convocatoria de 2019 con el cuento "El apetito de la selva". Le gusta la historia y la filosofía, es aficionado a juegos de estrategia y mazmorras. Para él la literatura es un juego entre lo escrito y lo leído, el autor y el lector, piensa que la interpretación le da vida a un texto, y que muchas veces, el autor toma el bando del lector.

Martha Elena Carrillo Pedraza
Nogales, Sonora, 1971. Ha publicado cuentos en la revista *Delatripa*. Lectora de toda la vida. Inició leyendo clásicos como Tolkien, Arthur Conan Doyle y por supuesto Agatha Chistie. Ahora como adulta sigue disfrutando de los géneros de misterio pero también novelas históricas, romances y ciencia ficción.

Adela Chong Lam
Distrito Federal. Trabajó como cronista en el periódico *El Mexicano*. Fue docente por veinte años en el Centro de Estudios Tecnológicos Industrial y de Servicios no. 74. Sus escritores favoritos son quienes han dejado plasmado un legado en su aprendizaje y han tocado cuerdas de su sensibilidad. Actualmente es alumna entusiasta del Taller de Escritura Creativa del Cetys campus Ensenada que, durante esta pandemia, se ha convertido en centro de su universo.

Ángel Corral Vega
Cursa el programa de Ingeniería Industrial y esta es la primera ocasión que publica un texto de su autoría, ya que solo había compartido sus trabajos en redes sociales. Es

aficionado a la lectura, la escritura y a escuchar música. Le gustan los libros policiacos, detectivescos y de suspenso, así que es aficionado a autores como James Dashner, John Katzenbach y Steve Allen, así como a las historias de Arthur Conan Doyle y su personaje Sherlock Holmes, en especial "El problema final".

Karely Gallegos González
Tijuana, 2004. Estudiante de Bachillerato General (generación 2022). Ganadora del primer lugar en la convocatoria de 2020 con el cuento "A una puerta de distancia"; y ganadora del tercer lugar en la convocatoria de 2019 con el cuento "El viejo señor David". Le gusta dibujar retratos y pintar paisajes. Descubrió su pasión por la escritura en secundaria como una manera de expresar sus sentimientos y emociones. Sus grandes motores en la escritura han sido la soledad, la tristeza y el amor. La literatura ha sido una de las razones por las cuales ha seguido adelante en los momentos de gran dificultad en su vida y la considera como una de las artes más sinceras y placenteras.

Ana Sophia García-Cubas Assemat
(Tijuana, 2002). Estudiante de Bachillerato Internacional (generación 2020). Ganadora del segundo lugar en la convocatoria de 2019 con el cuento "Carta de un viejo arrepentido". Le apasiona leer, escribir y bordar.

Carlos González Oronia
National City, Ca., 2005. Estudia el Bachillerato General en el Cetys, campus Tijuana. Forma parte del taller de Escritura Creativa. Escribe cuentos y poemas desde hace dos años y es un asiduo lector de poesía y relatos del género de drama y ciencia ficción.

Lucía Isabel Guerrero Guzmán
Estudiante de Bachillerato en Cetys campus Mexicali. Ganadora del segundo lugar en la convocatoria de 2020 con el cuento "Tinta de sangre".

Alfa Tao Hernández Lucero
Distrito Federal, 1976. Ha publicado un poema en el suplemento cultural de La Jornada Zacatecas. También ha publicado cuentos y poemas en la revista tamaulipeca Delatripa. Licenciada en música por la Universidad Autónoma de Baja California (uabc) y escritora de guiones para conciertos. Algunos de sus escritores favoritos son Jorge Ibargüengoitia, Elías Nandino, María Elena Walsh, Emily Dickinson.

Gustavo Hernández Meza
Alumno de Ingeniería en Mecatrónica y empezó a escribir desde los 15 años. Gusta de pasear por la ciudad y convivir con las personas, a quienes hace preguntas y bromas para conocerlos mejor. Es un apasionado lector, con textos favoritos como "Bestiario" de Juan José Arreola y "Los cuentos de Eva Luna" de Isabel Allende.

Yareli Illan Ipiña
Guadalajara, Jal., 2000. Estudia la Licenciatura en Negocios Internacionales. Ha formado parte del taller de Escritura Creativa del Cetys, desde febrero de 2020, una experiencia que la motivó a publi-

car su primera novela juvenil en la plataforma Wattpad.

Ángela Irais López Herrera
Se forma en Cetys como Psicóloga Infantil. Le gusta leer, escuchar música, escribir historias y ver series. Desde los 12 años empezó a escribir; ha publicado algunas de sus historias en Wattpad. Sus dos autoras favoritas son Virginia Wolf y Jane Austen, así como también "Paula" de Isabel Allende y novelas de Kate Morton como "El jardín olvidado", "La casa de Riverton" y "La hija del relojero".

Isabel de María Martínez Vázquez
Cursa el tercer semestre de Psicología Clínica. Tiene 20 años de edad y es asidua lectora; El alquimista de Paulo Coelho fue una lectura que marcó su formación adolescente. Su hobbie es experimentar con repostería vegana y su receta favorita son los roles de canela.

Sebastián Mendoza Juárez
Tijuana, 2000. Estudiante de Bachillerato General (generación 2019). Ganador del segundo lugar en la convocatoria de 2018 con el cuento "El misterio del doctor Zapata". Le gusta apreciar el arte, principalmente la pintura, arquitectura y literatura. Es también un gran aficionado a los deportes. Considera a la literatura como una de las artes más nobles por la cual se invita al lector a la mente del autor para conocer su forma del ver al mundo y la complemente con su experiencia de vida. Ve en la literatura la herramienta para desahogar sus más profundos sentimientos y materializar ideas.

Rodrigo Ordóñez Silva
Tijuana, 2003. Estudia el Bachillerato General en el campus Tijuana. Forma parte del taller de Escritura Creativa desde hace dos años.

Lilia Mariana Pacheco Llamas
Ensenada, 2002. Egresada de la preparatoria Cetys (2017-2020). Estudiante de la carrera de Estudios Literarios en la Universidad Autónoma de Querétaro. Asidua amante de las letras.

Lydia Beatriz Pérez Fierro
Mexicali, 1965. Ensenadense 92.3%. De formación arquitecta. Lectora desde que tuvo letras al alcance de sus ojos. Forma parte del taller de escritura creativa de Cetys Universidad. Ha publicado dos cuentos en la revista *Delatripa*. Interesada en desarrollar la crónica como género periodístico y literario.

Susana Pérez-Salvatierra Rodríguez
La Coruña, España, 1963. Licenciada en biología con especialidad en biología marina por la Universidad de La Laguna, Tenerife, Islas Acabarías, España. También obtuvo el grado de maestría en Ecología Marina en el cicese. Ha publicado cuentos en la revista literaria *Delatripa*. Siempre ha escrito por placer. Amante de la literatura y la lectura.

José Carlos Rodríguez Kélez
Apasionado de los deportes, en especial el fútbol americano y el béisbol. Escribe desde los 14 años y esta oportunidad es su debut literario en una publicación oficial. Estudia el programa de Ingeniería Industrial Global Program. Una lectura que lo marcó

fue *Matar a un ruiseñor* de la narradora estadounidense Harper Lee.

Sara Sophia Ruiz Saldivar
Ilustradora de la portada de este número. Estudia el séptimo semestre de Ingeniaría en Diseño Grafico Digital, y forma parte del taller de Creación de Cómic, con el maestro Armando Esponda, en campus Mexicali.

Martín Tirado Medina
Tijuana, 1999. Estudia Ingeniaría en Mecatrónica en el campus Tijuana. Le gusta leer y escribir ciencia ficción.

Héctor Torres García
San Diego, 2001. Estudiante de Bachillerato Internacional (generación 2019). Ganador del tercer lugar en la convocatoria de 2018 con el cuento "Rosalia". Disfruta de las series de televisión que están bien escritas, leer libros que tienen un mundo extenso con su propia historia. Uno de sus libros favoritos es *Pedro Páramo*. Considera que la literatura debe ser algo divertido con mensajes profundos que nos hagan pensar, que nos permitan conectar con nuestras emociones. Cree que la literatura, la música y el arte existen simplemente para disfrutar.

Presentando a

Cristina Acosta Díaz • Cristóbal Acosta Villegas
Raúl A. Betancourt Rodríguez • Alfredo Campaña Vázquez
Martha Elena Carrillo Pedraza • Adela Chong Lam
Ángel Corral Vega • Karely Gallegos González
Ana Sophia García-Cubas • Carlos González Oronia
Lucía I. Guerrero Guzmán • Alfa Tao Hernández Lucero
Gustavo Hernández Meza • Yareli Illan Ipiña
Ángela I. López Herrera • Isabel de María Martínez Vázquez
Sebastián Mendoza Juárez • Rodrigo Ordóñez Silva
Lilia Mariana Pacheco Llamas • Lydia B. Pérez Fierro
Susana M. Pérez-Salvatierra • José C. Rodríguez Kélez
Martín Tirado Medina • Héctor Torres García

EDITORIAL
CETYS
UNIVERSIDAD

Ilustración de portada: Sara Sofía Ruiz Saldivar